
MVNDO
HISPÁNICO

ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA
Redacción y Administración: Serrano, 121 :-: MADRID

Sumario del número 53, correspondiente al mes de mayo de 1950

La X Reunión Plenaria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, por *Florentino Pérez Embid.*

ESTUDIOS
Sentido de la «Revolución norteamericana», por *Vicente Rodríguez Casado.*—El hombre y su destino, por *Jaime Bofill.*

NOTAS
Nuevas cuestiones científicas sobre la unidad de España, por *Martín Almagro Basch.*—Sobre América y la poesía, por *José Luis L. Aranguren.*

INFORMACION CULTURAL DEL EXTRANJERO
La población de los Estados Unidos, por *José Ros Jimeno.*—Discusión en torno a Nietzsche, por *Enrique Tierno Galván.*—NOTICIAS BREVES: La enseñanza de las lenguas clásicas en Europa después de la guerra.—Lealtad y seguridad de la ciencia norteamericana.

DEL MUNDO INTELECTUAL
INFORMACION CULTURAL DE ESPAÑA
Crónica cultural española, por *Alfonso Candáu.*—Carta de Granada, por *Antonio Fontán.*

BIBLIOGRAFIA
Comentario: Una visión crítica de nuestra literatura contemporánea, por *Mariano Baquero Goyanes.*—Reseñas de libros españoles y extranjeros.—Libros recibidos.—Revista de revistas.

INFORMACION DEL X PLENO DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
Crónica de las sesiones científicas y otros actos.—Entidades representadas e investigadores extranjeros asistentes.—Coloquios de Genética, Optica y Filología.—Reuniones de las Sociedades de Física y Química, Filosofía, Pedagogía, Microbiólogos, Matemática y Ciencia del Suelo.—Sesión solemne de clausura. Discursos del Excmo. Sr. Presidente del Instituto para la Alta Cultura, del Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de S. E. el Jefe del Estado español.

Suscripción anual, 100 ptas.—Ejemplar suelto, 12 ptas.

De venta en todas las buenas librerías

CORREO LITERARIO

ARTE Y LETRAS DE HISPANOAMERICA

La vida literaria y artística de los pueblos hispánicos será recogida en las páginas de esta revista, que también informará del movimiento literario de Europa y Norteamérica.

Dos páginas estarán habitualmente dedicadas a creación: una en prosa y otra en verso.

Memorias, crítica, ensayo, anécdotas, numerosas secciones fijas, aparecerán en cada número de CORREO LITERARIO.



Dirige la revista LEOPOLDO PANERO

CRITERIO

Un juicio autorizado sobre todos los hechos vivos del mundo: La federación europea, el plan Marshall, los problemas atómicos, la política norteamericana, la estreptomicina, el tren «Talgo», la nueva Alemania, el laborismo inglés, Tierra Santa, la "democracia cristiana" en América, el comunismo en China, el Año Santo... Y también la Medicina, la Música, los últimos libros, la Economía, la Agricultura, la vida católica, la filatelia, los deportes, los hombres del día.

Aparece dos veces cada mes.
Número suelto, cuatro ptas.

Redacción y Administración: Alfonso XI, número 4
MADRID

ADQUIERA USTED TODOS LOS MESES

"MVNDO HISPANICO"

CORRESPONSALES DE VENTA

PAISES	DISTRIBUIDORES
ARGENTINA	**QUEROMON EDITORES, S. R. L.** Oro, 2455. BUENOS AIRES
BOLIVIA	**AGENCIA ESPAÑOLA DE PRENSA** Oficinas: Av. Santa Cruz. Teléfono 4729 Casilla de Correos 1547 LA PAZ
COLOMBIA	**LIBRERIA NACIONAL, Ltda.** Calle 20 de Julio. Apartado 701 BARRANQUILLA **CARLOS CLIMENT** Instituto del Libro POPAYAN (Colombia)
COSTA RICA	**LIBRERIA LOPEZ** Av. Central. SAN JOSE DE COSTA RICA
CUBA	**OSCAR A. MADIEDO** Agencia de Publicaciones Presidente Zayas, 407. LA HABANA
CHILE	**EDMUNDO PIZARRO** Huérfanos, 1372. SANTIAGO
ECUADOR	**Agencia de Publicaciones SELECCIONES** Plaza del Teatro. QUITO Nueve de Octubre, 703. GUAYAQUIL
EL SALVADOR	**EMILIO SIMAN** Librería Hispanoamericana Calle Poniente, 2. SAN SALVADOR
ESPAÑA	**EDICIONES IBEROAMERICANAS, S. A.** Pizarro, 17. MADRID
FILIPINAS	**LIBRERIAS Y QUIOSCOS DE MANILA**
GUATEMALA	**LIBRERIA INTERNACIONAL ORTODOXA** 7.ª Avenida Sur, núm. 12. D. GUATEMALA
HAITI	**LIBRERIAS Y QUIOSCOS DE PUERTO PRINCIPE**
HONDURAS	**AGUSTIN TIJERINO ROJAS** Agencia Selecta Apartado 44. TEGUCIGALPA, D. C.
MARRUECOS ESPAÑOL	**HEREDEROS FRANCISCO MARTINEZ** General Franco, 28. TETUAN
MEJICO	**CARLOS SABAU BERGAMIN** Avenida de los Insurgentes, 206-17. MEJICO
NICARAGUA	**EDITORIAL CATOLICA** 3.ª Avenida S. E., 202. MANAGUA
PANAMA	**JOSE MENENDEZ** Agencia Internacional de Publicaciones PANAMA
PARAGUAY	**CARLOS HENNING. Librería Universal** Catorce de Mayo, 209. ASUNCION
PERU	**EDICIONES IBEROAMERICANAS** Apartado 2.139. LIMA
PUERTO RICO	**LIBRERIA LA MILAGROSA** San Sebastián, 103. SAN JUAN
REPUBLICA DOMINICANA	**LIBRERIA DUARTE** Arzobispo Merino, esquina a Arzobispo Nouel. CIUDAD TRUJILLO
URUGUAY	**GERMAN FERNANDEZ FRAGA** Durazno, 1156. MONTEVIDEO
VENEZUELA	**JOSE AGERO** Edificio Ambos Mundos. Oficina 412. CARACAS

BELGICA	**JUAN BAUTISTA ORTEGA CABRELLES** 42, Rue d'Arenberg. BRUSELLES
BRASIL	**BRAULIO SANCHEZ SAEZ** Rua 7 de Abril, 34, 2.° - Caixa Postal, 9.057 SAO PAULO
DINAMARCA	**PHNING & APPELS** Boghandel Kobmagergade, 7. COPENHAGUE
ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA	**LAS AMERICAS PUBLISHING COMPANY** 30 West. 12 Ph. Street. NEW YORK, 11. N. Y. **Librería La Moderna Poesía PAULINO SANCHEZ** 643 Broadway. SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA **HISPANO AMERICAN BOOKSELLERS COMPANY** 756 South Broadway, Suite 1122. LOS ANGELES (California).
FRANCIA	**L. E. E. Librairie des Editions Espagnoles** 78, Rue Mazarine. PARIS (6.ème) **NOUVELLES MESSAGERIES DE LA PRESSE PARISIENNE.—Réception Etranger** 8, Rue Paul Lelong. PARIS (2.ème)
ITALIA	**LIBRERIA FERIA.** Piazza di Spagna, 56. ROMA
PORTUGAL	**AGENCIA INTERNACIONAL DE LIVRARIA Y PUBLICAÇOES** Rúa San Nicolau, 119. LISBOA
SUIZA	**THOMAS VERLAC** Renweg, 14. ZURICH

Los LECTORES también ESCRIBEN

Matanzas, 3 abril 1950.

Sr. Director de MVNDO HISPANICO:

En mis manos el último número y mi aplauso más cerrado por lo grandioso y colosal del contenido y por la exquisitez de la presentación.

Esa publicación es orgullo de España —Franco, todos los españoles y España inconmovible e invencible—.

Permítame una observación. ¿No ganaría tal vez MVNDO HISPANICO publicando algunas cantigas de las que transmite algunas noches Radio Nacional? ¿O es que los autores esperan editarla?

Dispense esta confianza. Gracias.

Pido en el Santo Sacrificio bendiga a usted y sus trabajos.

Pedro Díaz Cui.

PP. Paúles. Tello Lamar, 48.
Matanzas. Cuba.

Estudiaremos la posibilidad de dar en estas páginas algunos de los trabajos a que se refiere, y que, si no nos equivocamos, son dirigidos por el director de la Real Academia Española de la Lengua, don Ramón Menéndez Pidal, y realizados por su hijo, Gonzalo Menéndez Pidal.

* * *

23 abril 1950.

Sr. Director de MVNDO HISPANICO.

Muy distinguido señor mío: Me alegro mucho de que haya usted publicado el artículo y unas de las fotografías que le mandé en el mes de enero.

Aunque no ha llegado todavía el ejemplar que me manda usted por correo ordinario, pude obtener uno de una librería de Los Angeles (de California).

También he recibido unas cartas de gente española que han leído el artículo y parece que les quedó bastante agradado con ello. ¡Y yo también!, pues cuando llega yo en Madrid tendré uno de los lectores de guía en las verbena (me preguntó si las conozco), y luego en Córdoba, una compañera andaluza cuando voy a los toros. Así nacieron unas amistades entre norteamericanos y españoles, lo que me place muchísimo.

De Vd. muy atto. y s. s.,

Roy W. Nickerson.

Zeta Psi House.
Bowdoin College.
Brunswick, Maine. U. S. A.
EE. UU. de América.

Nuestro comunicante es el estudiante norteamericano autor del trabajo y de las "fotos" que aparecieron en la página 20 de nuestro número 23. La sintaxis de su castellano ha mejorado algo, aunque no mucho. Una nueva vuelta por España o Hispanoamérica y escribirá ya perfectamente.

* * *

Remedios (Cuba), 25 de marzo 1950.

Sr. Director de MVNDO HISPANICO.

Muy señor mío: A la amable generosidad de un español amigo debo el conocer MVNDO HISPANICO en su número de fecha noviembre de 1949, y deseo ahora dar a conocer a usted mi opinión sobre esa publicación y tomar parte a su vez en el «Concurso de Ideas» que allí se anuncia.

Mi opinión de la REVISTA sólo puede ser de elogio por el contenido de sus artículos como por la presentación tipográfica. MVNDO HISPANICO es digna heredera de «La Esfera», de grata recordación para los que fuimos sus lectores. En el ejemplar de vuestra publicación a que antes aludo se inserta un interesante artículo del señor Joaquín Aristigueta sobre La Habana, en el cual se dedican tantas frases amables a nosotros los cubanos, que yo, en mi condición de tal, quiero expresar mi férvida gratitud por ello. Hay, sin embargo, en el artículo de referencia un ligero error que quiero disipar. Se inserta la fotografía de la Universidad de La Habana y debajo de la misma se lee: «La Universidad Central de Cuba, construída en la época colonial.» Me inclino a creer que ha habido un lapsus, y donde se encuentra la palabra «construída» se quiso decir «constituída», ya que es cierto que dicha Universidad fué constituída en el 1728 por los frailes dominicos, pero se instaló en un lugar distinto al en que hoy se encuentra. Los edificios que integran el recinto universitario que aparecen en la fotografía de referencia fueron construídos por la República.

Roberto Nodal Martínez.

Máximo Gómez, 41.
Remedios. Las Villas. Cuba.

Es la tercera errata—menuda también: «constituída», «construída»— que nuestros lectores encuentran en este trabajo. Gracias por su advertencia. De su carta, la parte que se refiere al "Concurso de Ideas" pasa a la respectiva Sección, si bien hemos de advertirle que proyectos parecidos han sido ya expuestos por otros lectores (vea nuestro número de abril) y que en números anteriores al que usted se refiere han aparecido trabajos de esta índole: Rubén Darío, Florencio Sánchez, Gertrudis Gómez de Avellaneda, etc.

* * *

Buenos Aires, 10 de marzo,
Año Santo 1950.

Sr. Director de MVNDO HISPANICO.

Distinguido señor: Me permito saludar a usted desde esta ciudad de Buenos Aires y molestar su atención rogándole, si fuese posible, que para completar los lindos estudios sobre Colón que MVNDO HISPANICO publica—pues tengo coleccionado desde el primer número y sirve muy bien para la enseñanza de la Historia—se publiquen en colores los retratos de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, que pasan por auténticos, que existen en el hospital en Santiago de Compostela. E informaciones, con profusión de datos y fotografías, si posible fuese, sobre el convento franciscano de La Rábida—exterior, interior, el altarcito, el púlpito—, la rendición de Granada y la iglesia donde se halla el suntuoso sepulcro de los Reyes Católicos, para así difundirlos por el mundo americano.

Cuando escriban sobre Juan Díaz de Solís, den su retrato, la iglesia donde fué bautizado, citas legales donde se pueden estudiar documentos sobre la expedición y descubrimiento de la Plata donde se halla su sepulcro y, si existe, algún monumento en la plaza de un pueblo que lo recuerde.

Perdone, señor director, tanta molestia. El amor a la Madre Patria y a las cosas de España y a los altos méritos que adornan a MVNDO HISPANICO es la causa de las presentes líneas.

Affmo. y s. s. en Cristo Nuestro Señor,

Esteban Luis Medina.

Calle Araoz, 2288.
Buenos Aires. R. Argentina.

Comprendemos sus inquietudes eruditas y el bagaje pedagógico que puede proporcionarle la publicación de cuanto nos pide. Sin embargo, para una revista como MVNDO HISPANICO es demasiada historia en total. ¿Pretende usted que nos convirtamos en el Archivo de Indias? No obstante, le complaceremos en lo que podamos.

* * *

Buenos Aires, 8 de marzo de 1950.

Sr. Director de MVNDO HISPANICO.

Distinguido señor: Son mis deseos hacer llegar a usted mis más sinceras felicitaciones por la revista que está bajo su dirección. Esta es una publicación cuya calidad comienza desde la siempre interesante portada hasta la contraportada; la edición es estupenda y la redacción de los artículos, magnífica. Ellos son de los más completos e interesantes; no caen en la pesadez periodística que son casi siempre característicos en esta clase de artículos. Por ello en mi país se agota esta revista con tanta facilidad, y así, no he podido adquirir los siguientes números: 2, 3, 4, 6, 7, 14, 15, 16 y 17. ¿Puede facilitarme la dirección a la que debo dirigirme para conseguirlos?

Además, solicitaría de su bondad la dirección de algún joven español que tenga deseos de mantener correspondencia con una joven argentina de dieciocho años.

Agradecida desde ya y pidiendo disculpas por mi atrevimiento, se despide de usted,

Beby Pardoy

Avda. Olivera, 494.
Buenos Aires. R. Argentina.

Agradecemos los elogios. Nuestra Administración le contestará directamente por lo que se refiere a los números que busca. Algunos están agotados.

* * *

Barcelona, 23 marzo 1950.

Sr. Director de MVNDO HISPANICO.

Mi distinguido amigo: Acuso recibo de su carta 18 corriente para agradecérsela y decirle que no fué mi objeto, al enviarle mi nota sobre «Contracción», que figurara en una nueva Sección de Filología en MVNDO HISPANICO. Fué la mía una carta en la que me permitía hacer una observación como lector, pensando que tal vez podía insertarse como tantas otras. Daba mi modesta opinión sobre el uso de *del* y *de El* y aprovechaba la oportunidad para señalar el abusivo empleo de *discernir* en el sentido de *conceder, otorgar* (como *décerner*, francés).

Si MVNDO HISPANICO, que es exponente de la cultura hispanoamericana e instrumento de difusión de nuestra lengua castellana en su máxima pureza, cree que lo anterior es digno de publicarse en una carta al director, puede usted, con su mejor criterio, hacer los cortes y modificaciones que estime más convenientes.

Es de usted muy atto. s. s. y compañero, q. e. s. m.,

Enrique Díaz-Retg.

¿No le parece que pudo usted ampliar la lista de verbos—constatar, etcétera—non santa, pero más o menos habitual en periódicos y libros hispanoamericanos y, lo que es aún peor, españoles?

ESTAFETA

SOLICITAN CORRESPONDENCIA:

La señorita Beby Pardoy, de Buenos Aires, R. Argentina (Avda. Olivera, 494), con algún joven español.

Don Alfonso Noriega F., de Buenos Aires (Rodríguez Peña, 1390).

Don Rafael Gómez Escandell, de Valencia (En-Sans, 10, 3.º), con jóvenes de Hispanoamérica.

Don Armando Pérez Muñío, de Zaragoza (Paseo de Teruel, 25, 3.º), con jóvenes hispanoamericanas.

Sabemos que algunos de nuestros lectores, amantes del arte por supuesto, se han quedado sorprendidos ante el reportaje con que en el número de abril, y con el título «Amplia Historia de la Academia Breve», dábamos cuenta de los últimos «ismos» pictóricos expuestos en España. Comprendemos la sorpresa y hasta cierta desazón en las personas cuya sensibilidad está formada en el culto estético a nuestras escuelas de pintura clásica. Claro que lo comprendemos. Pero invitamos a estas personas a la siguiente reflexión, que de seguro les calmará el espíritu. Cuando don Francisco, el de Fuendetodos, presentó en Madrid sus primeras obras de madurez, aquellas que tanto contrastaban con las repulidas escuelas del rococó francés tan en boga, también produjeron desazón y hasta indignación entre los aficionados y doctos de la época, cuya sensibilidad estaba hecha por el academicismo. El escándalo no fué menor que el que hoy pueden producir el «Apocalipsis» onírico de Ponc, «Los ojos del follaje» de Tapies o las «Composiciones abstractas» de Cuixat, pongamos por ejemplo.

* * *

De Roma, de América, de otros países y de España también nos llegan cartas de felicitación por el número dedicado al Año Santo de Roma. Agradecemos la sinceridad de estas manifestaciones, sobre todo por lo que tienen de espontáneo reconocimiento de nuestro esfuerzo, y las trasladamos a todas aquellas personas que, en lo espiritual o en lo técnico, nos han prestado su colaboración.

* * *

En el número de MVNDO HISPANICO correspondiente al mes de julio próximo se publicará el reportaje galardonado con el primer premio de nuestro concurso, titulado «La fiesta de Santiago de Loíza». Intencionadamente hemos retrasado la publicación de este trabajo, que hace referencia a una fiesta de gran arraigo popular en una localidad de Puerto Rico, para que aparezca en el mes en que la Cristiandad celebra la fiesta del apóstol Santiago y España su especial patronazgo celestial.

* * *

Otra leve errata a cargo del número del Año Santo. En la página 27, al pie de una escultura de San Pedro, dice: «Tu estPetrus...», y, según los latinistas, debe decir: «Tu es Petrus...»

SEGUNDO FALLO DEL "CONCURSO DE IDEAS", DE "MVNDO HISPANICO"

Durante el mes de enero último se recibieron en MVNDO HISPANICO ciento veinticinco cartas destinadas al "Concurso de Ideas". Como, de acuerdo con el artículo 2.º de las bases, los fallos han de darse de mes a mes, hoy toca seleccionar las cartas correspondientes al mes inicial del año, puesto que en nuestro número anterior fueron calificadas las "ideas" recibidas en diciembre.

Antes de dar la selección queremos señalar que de las ciento veinticinco cartas que corresponden a enero, setenta y dos coinciden en la misma "idea": la de que MVNDO HISPANICO publique en cada número la biografía de un gran hombre hispanoamericano o español. Las cartas ofrecen diversas variaciones sobre el mismo tema: algunas nos proponen que comencemos con la Reina Isabel, para seguir con Juana I de Castilla...; otras, que demos al par la biografía de un hombre y la de una mujer; otras, que sigamos un orden de naciones, y hasta hay alguna que nos propone un orden cronológico a partir del año 1400. (Este vaticinio sobre la longevidad de MVNDO HISPANICO nos ha llenado de optimismo.) Los autores de estas propuestas nos perdonarán si no seleccionamos sus cartas. Nosotros también seguimos un orden cronológico, y la primera de las cartas con "ideas" que seleccionamos entre las recibidas en diciembre —firmada por don Eugenio Ibarburu— ya proponía la creación de esta sección. Por otra parte, MVNDO HISPANICO ha publicado ya biografías de Rubén Darío, Florencio Sánchez, Gertrudis Gómez de Avellaneda... Y dará en el próximo número la de don Santiago Ramón y Cajal. En este sentido, atendiendo preferentemente a lo contemporáneo, procurará dar una biografa en cada número. No olvidará a los personajes de siglos más lejanos, de los que también, a modo de historietas ilustradas, se ha ocupado; recuérdense las páginas sobre Elcano, las del traslado de la vacuna antivariólica, etcétera.

La selección de enero es ésta:

Don Lope Alberdi Olivé (avenida Príncipe de Asturias, 10. Barcelona) propone: Dedicar una página de cada número a filatelia, consultorio, direcciones de coleccionistas, correo, etc.

Don Pedro de Ausa (Rocafort, 135, 1.º Barcelona) propone: Crear un «Consultorio masculino». «He podido observar—dice el señor De Ausa—que la casi totalidad de las revistas dedican una sección a consultorio femenino, y no sé por qué razones parece privativo de las damas ese privilegio de poder satisfacer la curiosidad, crearse una cultura o hallar solución a un sinfín de problemas que presenta la vida cotidiana. También los hombres—añade—tenemos problemas que resolver.»

Don Máximo San Juan Arranz (Menéndez y Pelayo, 6. Valladolid—España—) propone: Publicar un cupón recortable con estas preguntas: ¿Qué es lo que más le gusta de la revista? ¿Cuál lo que menos? ¿Qué secciones se deberían crear? ¿Qué aumentar? ¿Qué disminuir? ¿Qué suprimir? ¿Qué clase de artículos le gusta más? ¿Qué firmas le gustaría ver de nuevo en la revista? ¿Qué autores no le han gustado? ¿Qué autores le agradaría que colaborasen en la revista?

El premio mensual de enero corresponde a don Máximo San Juan Arranz, de Valladolid (España). Enhorabuena. Para su gobierno reproducimos la base cuarta del concurso: «El premio mensual consistirá en un lote de libros por importe de 500 pesetas. El comunicante premiado podrá seleccionar estos volúmenes de los catálogos de las librerías españolas. MVNDO HISPANICO adquirirá los libros que se le indiquen, si no estuviesen agotados, y los remitirá a la dirección postal del interesado.»

DE NUEVO LAS 23 PREGUNTAS

POR

JAVIER OLAVIDE

Dieciséis respuestas correctas prueban una envidiable preparación acerca de temas hispánicos. Responder bien a diez, demuestra que casi puede usted ser licenciado en estas cosas. Si contesta a menos de cinco..., ¡no se atreva, por ahora, a presentarse al examen de ingreso!

1 PARA RESOLVER EL PROBLEMA DEL PARO, EL GOBIERNO DE UN PAIS HISPANOAMERICANO DESTINO HACE AÑOS CIEN MIL OBREROS A CRIBAR LA ARENA DE LOS RIOS AURIFEROS QUE DESCIENDEN DE LOS ANDES. ¿SABE USTED EN QUE PAIS FUE?

2 LA LLAMADA «CONSERVA DE TONTO», HECHA DE CASCARAS DE NARANJA AGRIA, HACE LAS DELICIAS DE CHICOS Y GRANDES EN UN PAIS DE HISPANOAMERICA. ¿CUAL?

3 ¿QUE FAMOSO EDIFICIO DE NUEVA YORK DECORARON LOS PINTORES DIEGO RIVERA, MEXICANO, Y JOSE MARIA SERT, ESPAÑOL?

4 ¿SABE USTED EN QUE AÑO FALLECIO, A LOS CINCUENTA Y NUEVE DE SU EDAD, EL FAMOSO AVIADOR BRASILEÑO ALBERTO SANTOS DUMONT?

5 POR POCO AFICIONADO QUE SEA USTED A LA FILATELIA, DEBE SABER QUE UNA EMISION DE SELLOS CONMEMORATIVOS DE LA ZONA FRANCA DEL PUERTO MATANZAS NO PUDO SER HECHA EN OTRO PAIS QUE... ¿EN CUAL?

6 UN ACTA RELATIVA A LA SOBERANIA DE PUERTO RICO FUE APROBADA POR EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS EN 5 DE AGOSTO DE 1948. ¿QUE SE ACORDO EN ELLA?

7 LOS QUIMBAYAS, INDIGENAS ESPECIALIZADOS EN TRABAJAR EL ORO, HACIENDO CON GRAN PERFECCION VASOS, COLLARES E IDOLOS, ¿EN QUE PAIS DE HISPANOAMERICA HABITABAN?

8 LAS FLORES DE LA KANTUTA, CAMPANULAS BLANCAS, ROJAS O AMARILLAS, QUE ENTRE LOS INCAS ERAN EMBLEMA DE LA REALEZA, SON LAS FLORES SIMBOLICAS DE UN PAIS DE AMERICA. ¿CUAL?

9 ¿DE QUE PAIS ERA PRESIDENTE DON DOMINGO DIAZ AROSAMENA, RECIENTEMENTE FALLECIDO?

10 ¿SABE USTED A QUE SE COMPROMETIERON LOS INGLESES, A CAMBIO DE BELICE, POR LA CONVENCION DE 1859 CON GUATEMALA?

11 EL PALACIO DE TORRE TAGLE ES LA SEDE DE LA CANCILLERIA... ¿EN QUE CAPITAL DE HISPANOAMERICA?

12 DEL POETA ESPAÑOL MANUEL JOSE QUINTANA ES EL TAN REPETIDO VERSO:

«¡ Ay, infeliz de la que nace hermosa !»

¿PERO SABE USTED COMO SE TITULA LA COMPOSICION EN QUE ESE VERSO FIGURA?

13 ¿A QUE PAIS DE HABLA ESPAÑOLA REFERIRA USTED LA ISLA DE BILIRAN?

14 «LA MAS EXQUISITA FLOR INTELECTUAL DE SU PAIS» SE HA LLAMADO A LA GRAN ESCRITORA TERESA DE LA PARRA. DIGANOS USTED SU NACIONALIDAD.

15 VICENTE MARTINEZ CUITIÑO, UNO DE LOS ACTUALES VALORES DESTACADOS DEL TEATRO ARGENTINO, NACIO EN OTRO PAIS DE AMERICA DEL SUR. ¿CUAL?

16 PARAGUAY ES EL PAIS HISPANOAMERICANO CUYA BANDERA TIENE MAS FRANJAS. SON ALTERNADAMENTE BLANCAS Y AZULES. ¿PERO CUANTAS?

17 DIGANOS EN QUE PAIS HISPANOAMERICANO HAY UN DEPARTAMENTO LLAMADO «SANTANDER DEL NORTE».

18 EL «MERENGUE» SE LLAMA UNA DE LAS DANZAS TIPICAS MAS POPULARES... ¿DE QUE PAIS?

19 ¿Y COMO SE LLAMA LA MONEDA NACIONAL DE NICARAGUA?

20 UNA BULA DEL PAPA ALEJANDRO VI SEÑALABA LA LINEA DE DEMARCACION DE LAS POSESIONES ESPAÑOLAS Y PORTUGUESAS. ¿RECUERDA USTED EL AÑO DE SU PROMULGACION?

21 SI EN EL PERU OYE USTED HABLAR DE LA «PIA», ¿DE QUE PENSARA USTED QUE SE TRATA?

22 ¿SABE USTED QUE ERAN LOS «CHASQUIS», ENTRE LOS INCAS?

23 ¿Y CUAL FUE LA PRIMERA CATEDRA UNIVERSITARIA ESPAÑOLA EN QUE SE TRATO SOBRE ASUNTOS HISPANOAMERICANOS?

23 RESPUESTAS

1. Chile.—2. El Salvador.—3. El Rockefeller Center.—4. El 24 de julio de 1932. 5. Cuba.—6. Que los votantes de Puerto Rico elijan su propio Gobernador cada cuatro años.—7. Ecuador.—8. Bolivia.—9. Panamá.—10. A construir, desde el mar hasta Guatemala, una carretera.—11. Lima.—12. «El Panteón de El Escorial».—13. Filipinas.—14. Venezolana.—15. Uruguay.—16. Nueve.—17. Colombia. 18. República Dominicana.—19. El córdoba.—20. En 1493.—21. De una Compañía de líneas aéreas.—22. Correos a pie.—23. La de Francisco de Vitoria, en Salamanca.—En 1532, el P. Vitoria profesó en ella sus inmortales lecciones «De Indis».

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

MEXICO — BUENOS AIRES — MADRID

NÚM. 26 ☆ MAYO, 1950 ☆ AÑO III ☆ 12 Ptas.

En la página 50, "EL MONASTERIO DE EL ESCORIAL SE QUITA AÑOS DE ENCIMA", tercer premio del Concurso de Reportajes de MVNDO HISPANICO



La «foto» de nuestra portada recoge una graciosa escena de danza popular guipuzcoana, en que destacan los colores vibrantes de los trajes típicos vascos. Esta danza forma parte del repertorio que los Coros y Danzas de la Sección Femenina llevaron con tanto éxito a los países de Hispanoamérica.

Colaboración artística: F. Sáez, Liébana, Lara, Lorenzo Goñi, Zaragüeta, Luis y Daniel del Solar.

Colaboración gráfica: Lara, Campúa, Ortiz, Müller, Portillo, Cerezo Carrasco, Cifra Gráfica, Moreno, Agencia Amunco, Luque, Víctor de la Serna (hijo), Urech, Sección Naval, de Madrid; Linares, de La Paz; Chas W. Miller, de Manila; Ortiz Bilbao, de Quito; Rob. Gerstmann, de Santiago de Chile.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:
MADRID — ALCALA GALIANO, 4 — TELEFONO 23-05-26 — APARTADO 245
DIRECCION TELEGRAFICA: MUNISCO

EMPRESA EDITORA:
EDICIONES «MVNDO HISPANICO» — ALCALA GALIANO, 4 — MADRID

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.) — PIZARRO, 17 — MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, EDITORIAL MAGISTERIO ESPAÑOL, S. A. (MADRID) HUECOGRABADO, HIJOS DE HERACLIO FOURNIER, S. L. (VITORIA) — OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIAN) — FOTOGRABADO, LANGE Y FUGUET

Cuando el NOMBRE suena...



El Congreso Guadalupano en Madrid

La Virgen Morena de Guadalupe se ha convertido durante los últimos siglos en la advocación mariana que llena de espiritualidad el continente americano. No menos de una docena de localidades correspondientes a otros tantos países hispanoamericanos ostentan el nombre de Guadalupe, en memoria de Nuestra Señora. Pero entre todos los países americanos fué Méjico el que de un modo especial recibió los favores de la Virgen Morena, ya que, desde el cerro del Tepeyac, donde ella dispusó ser especialmente adorada, irradia hacia todo el país la devoción fervorosa y derrama sus favores celestiales.

Esta primavera la Virgen de Guadalupe, la Reina de América, tuvo en Madrid y en otras localidades españolas una actualidad especial para españoles e hispanoamericanos.

Ninguna coyuntura mejor para celebrar este Congreso Guadalupano en España que la del Año Santo, en que Madrid es estación de descanso de cuantos peregrinos hispanoamericanos, desde Méjico hasta la Argentina, se dirigen a Roma. Y esta coyuntura fué aprovechada por numerosas jerarquías de la Iglesia española e hispanoamericana, que se reunieron en Madrid para honrar a la Virgen de todos: Nuestra Señora de Guadalupe.

Estamos seguros del agrado con que todos los hispanoamericanos, y muy especialmente los mejicanos, que llevan más cálida y vigorosa la devoción del Tepeyac, al asistir a este Congreso Guadalupano precisamente en la capital de España.

Estos peregrinos mejicanos que, acompañados de sus sacerdotes, pasan por Madrid hacia Roma, trajeron, para dejarlas en España, varias imágenes de Nuestra Señora de Guadalupe. Una de ellas está destinada a la iglesia de Llanes (Asturias). Es la de Llanes una de las más numerosas colonias españolas en tierras mejicanas, y la envía a su villa asturiana.

Otra de estas imágenes ha sido llevada procesionalmente al Monasterio de Guadalupe, solar de conquista y de misión. El traslado de la imagen se realizó a hombros de mozos de España, en una verdadera romería de rezos y plegarias, que noche y día cruzó las tierras de Castilla y Extremadura.

Pero el más solemne e inolvidable de los actos ha sido la solemne coronación en Madrid de la imagen que se venera en la iglesia de San Jerónimo el Real, tan visitada por cuantos mejicanos arriban a España. El acto solemne se ha celebrado en la plaza de la Armería, con todo el esplendor que le prestaron las numerosas jerarquías eclesiásticas del mundo hispánico y las autoridades españolas.

Los demás actos del Congreso Guadalupano fueron integrados por sesiones académicas, romerías piadosas y exhibiciones populares en honor de la Virgen Morena. En este verdadero campeonato en alabanza de la Reina de los Cielos, bajo la advocación hispánica de Guadalupe, tomaron parte pensadores y poetas de España y América, que pusieron a prueba su ingenio y su sabiduría. Toledo, Guadalupe, el Cerro de los Angeles, los rincones madrileños popularizados por la devoción a la Virgen de Atocha, de la Paloma, la Almudena y la Catedral de San Isidro, fueron escenarios que recogieron el clamor unánime de todos los pueblos hispánicos.

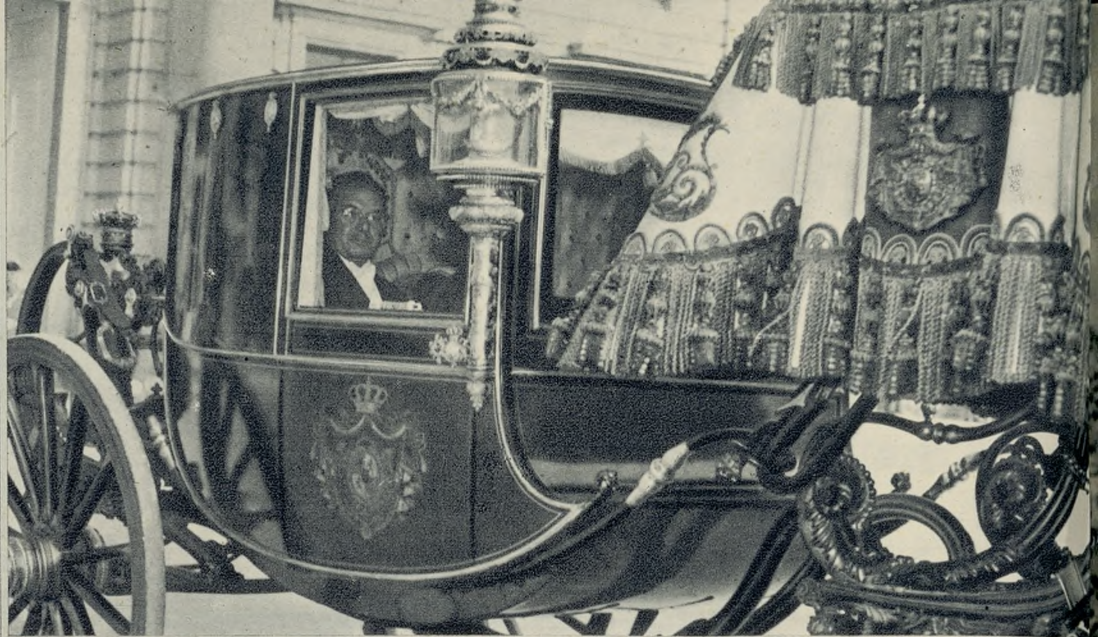
Cuando el mundo vive roto y en recelos, es grato sentirnos todos hermanos, en la unánime ilusión de la esperanza y olvidar amarguras cantando.

EMBAJADORES EN CARROZA

DESPUES de casi veinte años de permanecer retiradas y relegadas a la condición de piezas de museo, desde los primeros tiempos de la República, las suntuosas carrozas de la Corte española, perfectamente restauradas, han salido de nuevo al sol y al aire de las calles de Madrid, para lucir toda la gracia caprichosa del rococó. Fué una feliz coincidencia que las carrozas reales, al ser de nuevo utilizadas, llevasen hasta el Palacio de Oriente, de Madrid, con todo un suntuoso y serio ceremonial, a los tres embajadores de las tres naciones del continente americano—Perú, Bolivia, Brasil—que últimamente han enviado sus representantes a Madrid.









Arriba, a la izquierda: El embajador del Perú, mariscal Eloy G. Ureta, abandona el Palacio de Oriente, después de presentar sus cartas credenciales.—Arriba: El Dr. Enrique Hertzog Garaizábal, embajador de Bolivia, en el interior de la carroza real.—Debajo: El embajador del Brasil, Dr. Ferreira de Melo, desciende de la histórica carroza.—Foto inferior: El paso de la comitiva, seguida en escolta por la caballería mora, a su paso por la madrileña plaza de la Cibeles. A la derecha, el Palacio de Comunicaciones.



CUENCA (*España*)

Cuenca, esta vieja ciudad castellana de las casas subidas sobre rocas para mirarse en los espejos del río Júcar, cantados por Gerardo Diego, es una de las ciudades más características y singulares de las tierras altas de Castilla. Cuenca, «encrespada entre las hoces de sus dos ríos», en decir de Unamuno, duerme tranquila y confiada su sueño milenario sobre esos cimientos de sólida y accidentada geología rupestre y despierta cada mañana de su encantamiento, quizá para sentirse más dulcemente encantada—«ciudad encantada» la llaman—por los arrullos de agua verde y verdes álamos de sus dos ríos, amantes y fieles enamorados: el Júcar y el Huécar. Un poeta conquense, que ya pertenece a esta generación universal de la actual poesía española—Federico Muelas—, ha dicho de su bellísima ciudad estas palabras aladas y gentiles: «... Las casas, yedra urbana de las rocas, modeladas humanamente por las aguas; los chopos delgados, guardas nobles dignos de Cuenca, tan esbeltos, que el viento en vano se esfuerza por rendir su galanía al soplar colérico contra el filo verde que el árbol inscribe en el aire; las aguas, completando en su limpio reflejo el milagro de la ciudad engarzada en puro espacio.» Poco más puede decirse de Cuenca—fusión de arquitectura y paisaje—, en que apenas puede perfeccionarse su caprichosa geología.

EL SUR DE CHILE

BOSQUES, LAGOS Y VOLCANES

Por SERGIO DE LOS REYES IBARRA



La laguna Esmeralda, circuida de bosques, en Tolhuaca.

ESTO es lo dominante en el país: su configuración originalísima y peculiar. Una larga faja de más de 4.500 kilómetros de largo, desde el paralelo 18, latitud sur, hasta el 56. Y sólo con una anchura media de 200 kilómetros.

Se diría que la naturaleza quiso obsequiar a este trozo meridional de la América Hispana con una síntesis de todos los climas y paisajes del Viejo y Nuevo Mundo.

Sin embargo, de este abigarrado y alocado conjunto geográfico se destaca, con nítida personalidad, la región Sur, la de los ríos de cauce profundo, de lagos extensos, de bosques abundantes y de volcanes nevados. Es una región privilegiada, probablemente una de las más pintorescas y magníficas del mundo, un paraíso para el turista que busca belleza y placer.

Ocupa en Chile esta región poco más de 90.000 kilómetros cuadrados, desde los 38 grados latitud sur hasta los 44, comprendiendo, por tanto, las provincias de Cautín, Valdivia, Osorno, Llanquihue y Chiloé; tiene prósperas industrias y contiene mucha población germana e indígena sin mezcla.

Su clima es húmedo y templado; llueve mucho aun en verano. Las precipitaciones alcanzan seis metros en la base de los Andes y cinco metros en los cerros de la costa. El promedio en el valle es de dos metros y medio. Cuando no llueve hay neblina con frecuencia. La temperatura media queda comprendida entre los 12 grados en el Norte y 10 en el Sur.

Chiloé, separada de las provincias continentales por el canal de Chacao, tiene aún más exagerada la nubosidad, mas no la pluviosidad.

Pero el rasgo distintivo de esta zona, su característica esencial, es *el paisaje*, integrado por tres elementos: el bosque, los lagos y los volcanes.

Es ésta la región del país donde los bosques llegan a su mayor esplendor. Los árboles, apretados unos con otros, se elevan verticales y extienden sus ramas a una gran altura, hasta donde pueden recibir la luz necesaria. Debajo de este basto techo de hojas, donde nunca penetran los rayos del sol, crecen plantas delicadas que no podrían resistir la acción directa del sol. En este suelo, enteramente formado de despojos vegetales, se extienden los musgos y crecen los helechos más hermosos, cuyas hojas llegan a tener tres metros de largo. Algunas plantas, más ansiosas de luz, atan sus tallos sueltos al tronco de los árboles, desde los cuales dejan caer sus flores color púrpura; tal es el copihue. En fin, en los límites del bosque, la quila ocupa todo el espacio libre y forma un matorral impenetrable, como para preservar el bosque de los ataques de los vientos y animales.

Además de los numerosos árboles útiles por sus maderas, comunes a todo el país, como el roble, el coigue, la luma, el lingue, etc., famoso este último por su cáscara para curtidurías y su madera para muebles, hay otros que son peculiares de esta zona y son por eso árboles distintivos de los mayores bosques chilenos, entre ellos tres coníferas, que proporcionan maderas muy buscadas: *el alerce, el mañío* y *el ciprés de las Guaitecas*, llamado así por ser distinto del de la cordillera y porque sólo crece en la región de los canales. Su madera no sirve para tablas, por ser muy nudosa; pero para rodrigones y durmientes no tiene rival, por ser casi imputrecible.

Penetrar en este bosque, donde los árboles crecen enredados entre las lianas y sepultados por los quilantales, los helechos y los musgos, es algo más difícil de lo que uno piensa. Es necesario abrir picas con equipos de hacheros y orientarse en la maraña inextricable, por medio de la brújula o del instinto del nativo. Hasta 1832, fecha en que por primera vez se cruzó la lengua de tierra que separa el Seno de Reloncaví del lago Llanquihue, sólo se tenían noticias legendarias de este lago, y aun su primer explorador por el sur, *don Bernardo Eunom Philippi*, no creyó que el lago Llanquihue fueran las mismas aguas que se alcanzaban desde la ciudad de Osorno. Dibujó en consecuencia dos lagos en el sitio en donde no hay más que uno. En este sentido, es esta región una de las pocas en las cuales, al designarla con el nombre de la formación vegetal que la cubre (región de los bosques), no se violentan realidades geográficas.

La suerte del bosque virgen, hermoso nombre que los chilenos dan a la selva, es casi siempre triste, ya sea que se le corte para aserrar sus troncos, se le utilice para leña o se le deje pudrir hasta que una nueva generación cubra sus restos. Esta no muy hermosa suerte es, sin embargo, la mejor. El colono que ha adquirido un pedazo de bosque y quiere desmontarlo procede de manera aun más sumaria: le pega fuego al bosque y durante muchas semanas cubre los alrededores una capa de humo blanquecino; pero los árboles más acuosos y de follaje siempre verde resisten a la destrucción total. El sol mira con enojo este trabajo de destrucción: se le ve rojo a través de la humareda, y una luz opaca, como la de un eclipse de sol, cubre el paisaje. En el sitio libre se siembra trigo, sin darse el trabajo de quitar los troncos, y el suelo, abonado con la ceniza de una vegetación centenaria, da cosechas sorprendentes, a veces de 60 a 80 por 1. Hoy, el Gobierno ha tomado cartas en el asunto, prohibiendo los roces e iniciando una activa política de repoblación forestal, orientada principalmente a una futura explotación de la industria de la celulosa.

Los lagos comienzan al pie mismo de los Andes; son, por lo general, redondeados y profundos, originados por la erosión de antiguos ventisqueros.

En primer lugar se nos presenta el *Colico*, seguido del *lago Villarrica*; es aquí donde todo el embrujo del paisaje se descarga súbitamente sobre el visitante. Aquí es donde se alcanza una de las excelsitudes de la región en lo que se refiere a su belleza. En rápida



El transparente y profundo lago Sproule, en Quillehue.

El lago Todos Santos
y el volcán Puntiagudo.

La isla Bertrand, en
la Tierra del Fuego.

sucesión se escalonan *el Panquipulli, el Ranco, el Pilmaiquen, el Poyehue, el Llanquihue*, con sus 800 kilómetros cuadrados de superficie, *el lago Todos Santos* y muchísimos otros. Estos lagos, establecidos a veces en las oquedades de las montañas, otras asomándose a la planicie, rodeados siempre de colinas amables o de serranías adustas, con sus aureolas de bosques tupidos, los nevados de las cumbres andinas, los graciosos contornos de los volcanes, confieren a estos rincones lacustres una belleza incomparable. Es verdad que cuando han pasado algunos días en medio de este marco de belleza, en medio del ajetreo de los viajes, de los malos ratos que procuran las cuentas de hotel o la insuficiencia del confort, uno se siente un poco aburrido de esta belleza aplastante y sobrehumana. Pero también es cierto que pocas cosas llegan más al fondo del alma que el alumbramiento de una mañana transparente, cuando la luz cambiante del día va confiriendo todo su esplendor al paisaje y deteniéndose a jugar con cada uno de los picachos de las rinconadas, delectación de caricia, de visión o de ensueño.

De todos estos lagos el más interesante, sin duda alguna, es el *lago Todos Santos;* a los turistas y visitantes los maravilla, sobre todo a los extranjeros. Teodoro Roosevelt afirmó que era el más hermoso del mundo. Tal vez es una exageración—no he visto suficiente para juzgarlo—, pero es ciertamente magnífico. Está rodeado por escarpes de variada altura y carácter; aquí, altas colinas cubiertas de bosques; allí, masas colosales de granito, desnudas y dentadas; de vez en cuando, una angostura quebrada por donde corre un torrente espumoso o un alto bastión del cual salta la más linda catarata, en un golfo oscuro y profundo, o una serie de terrazas de las que caen sonoras cascadas de la más rara belleza, o valles cubiertos de bosques y caletas. Situado en plena cordillera, entre el lago Llanquihue y el límite, la naturaleza ha dotado al *lago Todos Santos* de un fondo majestuoso: *los volcanes Osorno, Galbuco, el Techado* y *el Puntiagudo.*

Bailey Willis, en su obra *El Norte de Patagonia*, se refería en los siguientes términos a esta zona: «La región de los lagos andinos es una de las más notables del mundo, tanto por su extensión como por el número de sus lagos y la belleza de sus paisajes. Los del occidente de la cordillera reposan principalmente en el gran llano de Chile, en una región de colinas bajas, densamente arboladas, y al sur del grado 41 se hallan representados por los canales y fiordos de la costa. Al oriente de los Andes ocurren lagos en casi todos los valles al sur del grado 38. Varias veintenas son comparables a los famosos de Suiza y varias centenas serían notables si estuvieran en Europa o en los Estados Unidos.»

Para completar la belleza de estos parajes, la cordillera de los Andes se ha encargado de colocar unos cuantos volcanes, adornando justamente estos rincones privilegiados. Por allí están diseminados *el Villarrica, el Quetrupillán, el Shoshuenco, el Peyehue, el Puntiagudo, el Osorno, el Calbuco, el Yate*, unos en el corazón de la cordillera, otros asomándose al valle y dominando con sus estructuras todo el panorama. Forman el espectáculo obligado cuando cesan las lluvias y la transparencia del aire permite ver hasta los últimos resquicios de la montaña.

Los volcanes más contemplados por su posición y belleza son: el *Villarrica*, de 2.800 metros de altura, situado junto al lago y el pueblo del mismo nombre. Es un admirable cono geométrico, con sus flancos siempre cubiertos de nieve, dando a la montaña el aspecto de una colosal punta de diamante; de esta floración de nieve emerge continuamente un suntuoso penacho de humo blanco, que sube al cielo en remolinos de cambiantes tintes. Es un volcán en actividad; con frecuencia tiene erupciones; las últimas fueron en enero de 1949; la lava arrojada en aquella ocasión arruinó grandes extensiones dedicadas a la agricultura. Por estos perjuicios los comarcanos miran con poca simpatía a su imponente vecino.

Menos peligroso, pero no menos bello, es el *volcán Osorno*, de 2.700 metros de altura. Es el más conocido de todos los chilenos porque se le divisa desde los sitios más poblados y más bellos, adonde acuden anualmente miles de turistas. Se ha formado en épocas recientes y al nacer separó por completo a los lagos *Llanquihue* y *Todos Santos*, que anteriormente formaban uno solo. Su cono, perfectamente formado, aunque no tan grande como el *Cotopaxi* o el *Misti*, es igualmente imponente.

Es digno de mencionarse también el volcán *Tronador*, de 3.500 metros de altura: está situado al este del lago *Todos Santos;* se le llama así por el estrépito que forman los hielos al rodar por sus laderas.

Con justa razón Coubertin decía de esta zona: «He visitado a Valdivia y a Corral, los lagos Llanquihue y Todos Santos y parte de los canales, donde hay una combinación, única en el mundo, de la suiza y la noruega. Pero en Chile hay elementos que dan al paisaje una majestad, una atracción amable, una belleza misteriosa y seductora que no existe en otra parte. El espectáculo de los volcanes nevados, símbolos de las más terribles fuerzas de la naturaleza, alzándose sobre lagos de aguas dormidas y sobre las selvas con el misterio de lo desconocido, no tiene comparación posible. Contemplar esa naturaleza todavía en su estado primitivo, tal como salió de las manos del Creador, sin tropezar, como ocurre en Europa, con la habitación humana a cada paso, es un privilegio que todos debieran gozar.»

Ocupan un lugar destacado en el paisaje y en la economía de la región los grandes ríos navegables, como el Bueno, el Imperial y el Valdivia, que, junto con los numerosos lagos que desaguan y otros ríos menores, forman utilísimas vías de transporte, haciendo que esta zona sea donde el comercio fluvial y marítimo tiene más tráfico.

Los canales marítimos son atendidos por grandes vapores, que líneas particulares y la empresa fiscal de los ferrocarriles del Estado han establecido, y por otros más pequeños que no salen de ellos; pero lo que da mayor animación a los canales son las embarcaciones de vela y remo.

Estamos, en realidad, en una comarca en donde la sangre germánica se ha infiltrado poderosamente y forma la clase acomodada. Estas regiones fueron durante muchos años dominio de los indios huilliches, que comenzaban al sur del río Toltén y suplantaban a los araucanos en el dominio del territorio, a medida que la colonización española avanzaba hacia el sur. Con ser díscolos no alcanzaban de ninguna manera el empuje guerrero de los araucanos, y desde muy temprano, el español pudo recorrer estas regiones, aunque los establecimientos humanos que fundaban no tuvieron larga vida. Villarrica y Osorno datan desde los tiempos de don García Hurtado de Mendoza; pero fueron destruídas por el alzamiento general de los indios de 1600 y permanecieron abandonadas durante toda la colonia. Fué don Ambrosio O'Higgins, gobernador de Chile hacia 1778, quien trató de repoblar esas regiones y afincar sólidamente algunos centros de dominio. Así, en 1779, se vuelven a echar las bases de la ciudad de Osorno, que iba a servir de avanzada y a conectar la administración española a través de una región prácticamente desconocida, con los recientes establecimientos españoles de la isla de Chiloé. La única ciudad vieja que perdura a través de toda la colonia es Valdivia, que, por lo demás, constituyó durante cuatro siglos una especie de ínsula sometida a los desmanes de los indios y de los corsarios en una comarca que no alcanzaba a incorporarse definitivamente en la vida de la nación.

Atención preferente tuvieron estas regiones de parte de los primeros Gobiernos independientes, y Osorno vió acrecida su importancia al mismo tiempo que una primera colonización alemana se establecía en Valdivia y alrededores, marcando la ruta que iba a seguir la comarca en el futuro. Don Bernardo E. Philippi, un viajero alemán con estudios de náutica, sería el primer agente de colonización que tuvo el país para importar sangre alemana destinada a ocupar estas regiones hasta entonces dominio de los indios y de algunos aventureros internacionales. Le sucede en el cargo don Vicente Pérez Rosales, quien dirigió su atención principalmente a la región situada inmediatamente al sur de Osorno y al lago Llanquihue. El funda Puerto Montt, en el sitio donde los chilotes tenían un astillero denominado Mellipulli; abre la primera ruta hacia el lago Llanquihue y echa las bases de Puerto Montt, con lo cual se afirma definitivamente la colonización extranjera en la región.

En esta tierra virgen los alemanes iban a encontrar un medio geográfico muy semejante al que dejaban tras sus espaldas en la Europa convulsionada de esos tiempos. Habían fracasado las intentonas liberales de 1848 y muchos de los emigrados eran gentes de ideas avanzadas y de recursos económicos. Entre ellos se contaban aún hombres que tenían un sitio de honor en el mundo de la ciencia europea, como fueron don Rodulfo Armando Philippi, Carl von Pchsenius, etc. En el fondo, tal vez, gracias a estos hechos, ella ha conquistado la prosperidad de que hoy día goza.


Uno de los muelles del navegable canal de Tenglén.


Al fondo, la cumbre nevada del volcán Villarrica.


Fértiles estribaciones del volcán Lonquimay.


El volcán Antuco, en la provincia de Bío-Bío.


El amplio, remansado y bello canal de Tenglén.


El lago Cochamó, rodeado de iglesias y caseríos.

SINTESIS DEL LIBRO:

PINTURAS NEGRAS Y APOCALIPTICAS DE GOYA



Por AGUSTIN DE LA HERRAN

SOBRADAMENTE conocido es Goya como pintor de paradoja; volteriano o lleno de fe ortodoxa; afrancesado o genial hispánico; visionario o equilibrado; verdadero o desatinado; sensato o loco.

¿Es el Miguel de Unamuno del pincel? ¿O su Quijote? ¿O su Pedro de Alcántara?

La mayor paradoja de Goya está en haber sembrado con sus obras la confusión, enfrentando las apariencias con las esencias intrínsecas de su arte.

El pintor mismo tenía que deshacer las contradicciones, como deshechas están en sus obras, bien interpretadas, y más que en ninguna en las que sintetizan todo su arte, las catorce Pinturas Negras de la «Quinta del Sordo», aquellas que elaboró para sí tras de la guerra de la Independencia, tras de la revolución, cuando Razón, la diosa, lo iluminaba todo, redimiendo a España de tradición; cuando su nueva luz cegaba al mundo y Goya pintaba negra la iluminación.

Sólo la luz de la luna, luz interior de las sombras, podía prestarnos su virtud para recorrer las claridades en el seno de las pinturas de la Quinta, descifrándonos su misterioso enigma; como con un candil hemos ido alumbrando oscuridades, deshaciendo las negruras materiales de las luces del sol.

Bajo el título que encabeza estas líneas, acabamos de publicar un extenso trabajo, en el que se enseñan dos grandes descubrimientos hechos en el arte de Goya: la pintura soterrada y el impresionismo estructural.

Con la pintura soterrada el artista escondía en siluetas masivas, en veladuras, en perfiles, con aquilatamiento de miniatura o con manchas de color, de múltiples maneras, las figuras simbólicas que han escapado hasta ahora a la contemplación consciente del espectador.

Por el impresionismo estructural superponía al tema plástico, sin dibujarlo, otro tema distinto, visible por la contemplación a distancia, por fusión de líneas y colores en la retina del espectador; es éste como un arte de magia.

Y así escondía sus pensamientos; así hablaba el pintor ceñudo y sordo en sus Pinturas Negras y en toda su obra; soterraba el misterio de la naturaleza, el del hombre y su pensamiento y el valor verdadero de la expresión, como en la vida se esconden, porque toda la verdad está recubierta y disfrazada con el exterior atuendo; así adquieren en sus lienzos el perfecto equilibrio las conjugaciones de la mente y los hechos, por encima de su contradicción, la paradoja del hombre, fluctuante entre dudas, entre el bien y el mal de sus acciones; retratar las realidades de otra manera hubiese sido faltar a la verdad.

Y lo decía y expresaba con toda exactitud, en todos los idiomas, traducido a la lengua de todos los pueblos, para que sus obras fuesen leídas por el mundo entero, como él mismo lo dijo cuando publicó sus *Caprichos*; su «idioma universal» es el idioma de los símbolos.

Todo esto lo conocía Moratín, el volteriano; pero, por razón de amistad, no pudo publicarlo; la verdad de Goya hería a las reales personas, a los nobles, a los políticos, a los artistas...; era tan tajante, sus dicterios tan dignos y tan francos, tan nacidos de su sangre caliente aragonesa, que Goya hubiese sucumbido si su amigo le hubiese traicionado. Se conformó el poeta con decirnos que lo sabía:

...En la edad futura,
al mirar de tus manos los primores,
voz sonará que al cielo te levante,
con debidos honores,
venciendo de los años el desvío...

Y esto es lo que hemos podido hacer: admirar los primores, para corregir los desvíos. Leyéndole, nos dice Goya cuánto piensa y cuánto vale; su españolismo encendido, su fe ardiente, su equilibrada mente y su sabiduría. Nada de brujerías, que es atuendo y disfraz de la masonería; ni de delirios, que encubren siempre profundos e ingeniosos pensamientos; ni de locuras, en una mente serena como pocas, pletórica de valores humanos y de afanes de superior destino; ni de volterianismo ni gustos extranjeros, incompatibles con su raigambre hispánica, con las puras esencias de su alma.

Fué más bien un místico español, el más grande de los pintores de todos los tiempos.

Apenas hemos de poder resumir en este artículo periodístico algo de lo mucho que hemos visto; encierran las pinturas de la Quinta toda la creación, el mundo, la iglesia, el hombre y su historia, los valores hispánicos, los tiempos y la vida de Goya...; todo, tomando a Dios por eje, como origen y centro de movimientos, desde el principio hasta el fin de todos los tiempos; y todo comprendido en el cerebro y el pensamiento del hombre y del artista.

Con esta pretensión, luego alcanzada, Goya levantó un templo en acto de adoración a Dios, en un alarde gigantesco de anhelo místico.

Obedeció al Señor:

«Me mandaste edificar el templo en tu Santo nombre» (Libro de la Sabiduría, de Salomón).

Y cumplió el mandato de David:

«Cantad al Señor un cántico nuevo» (Salmo 149).

Los grupos humanos de las catorce Pinturas integran sus elementos arquitectónicos: el ancho cuadro de la romería de San Isidro es el solar; las cuatro columnas del templo, Saturno, Judith, el Sordo y la Manola; la bóveda está en el Aquelarre de las brujas, que tiene el campanil del macho cabrío; el cuadro de la cabeza de perro representa la gárgola; y las otras siete pinturas, otros tantos ventanales de variada silueta románica.

Por sus complejos simbolismos, en los que juegan el tamaño y la colocación de las pinturas, los colores, las superposiciones mentales de sus temas polifacéticos, su descomposición en fragmentos simbólicos, las proyecciones espirituales de cuadro a cuadro, sus valores en movimientos de rotación y traslación, etc., se integra la armonía perfecta de la creación en la unidad de Dios, cantada por los coros y la orquesta de la plástica, integrados por música y por instrumentos nuevos; de su armonía parte el origen de todo lo creado, y a ella retorna al fin de los tiempos, interpretándose toda la historia de los misterios que se encierra en el Apocalipsis de San Juan.

En la unidad arquitectónica se superponen siete templos distintos: el de Dios, el del Cosmos, el del mundo, el de la Iglesia, el del arte, el del alma y el templo funerario de la duquesa Cayetana.

En la misma unidad se encierran siete vidas: la de Dios, la del Cosmos, la de las naciones, la de las generaciones, la de la Iglesia, la del hombre y la del alma.

Y en ella, siete lámparas iluminan el templo con sus destellos: la de Dios Padre, la del Verbo, la del Espíritu Santo, la de la luz material del sol, la de la luz de la gracia de la luna, la de la luz de la razón y la de la luz de la fe.

Mas están presentes los siete sacramentos.

Los templos son piedras; las vidas, fuegos; las luces, vientos; y los sacramentos, aguas, pastos y alimentos; es decir, todos los elementos integrantes de la materia y del espíritu.

No es posible explicar en este lugar, ni siquiera someramente, lo que tiene interpretaciones insondables, que han exigido cerca de quinientas páginas de texto apretado y sintético. Pero con lo dicho ya se advierte el alcance de las invenciones del coloso, el valor único de su genio y la mística sabiduría de su mente; también se advierte que los arcos y las ojivas del templo están hechos con el pensamiento, hasta alcanzar las emociones unitivas, la fusión de los nervios en el centro de todos los movimientos, el eje de Dios. Así se llega a comprobar cómo Goya, para fijar cada pincelada en el haz de romeros, que tocan la guitarra y entonan sus cantos populares, tuvo presentes más de mil pensamientos superpuestos.

Realización nueva, única e insuperable para las posibilidades plásticas del genio del hombre; cuanto luego se intente carecerá ya de la originalidad de la idea que presidió a su realización.

Mas nos creemos obligados a ofrecer al lector, para su mejor comprensión, la interpretación parcial de un solo cuadro: el de Saturno, el Coloso, la Bestia, el Titán de la contradicción que es el hombre, peregrino que camina hacia Dios o brujo que declina hacia el abismo.

Saturno se integra exclusivamente de negro, rojo y ocre, que son representaciones del pecado, del sacrificio y de la carne.

En Saturno no existen valores espirituales, denotado por la ausencia del blanco, que es la virtud; el sacrificio, el rojo, está en su hijo inocente; todo es en él materia, todo tierra, ausencia total de Dios en quien se proclamó dios.

Saturno, que es una columna por su silueta, y es la maldad, el error y el pecado por su color, es por su descomposición vitral un conjunto de monstruos que se devoran entre sí; todos, girando alrededor del símbolo pagano de la fecundidad y de la vida, el torso del hijo, el príapo, punto luminoso y presidencial del materialismo de todos los tiempos.

Saturno pone de manifiesto que alrededor de este símbolo giran los monstruos del mundo material, que se devoran entre sí: asnos, osos, cerdos, simios, toros, leones, serpientes...

La parte más clara del brazo erecto del hijo que se introduce en las fauces del dios, en paralelo con la parte más clara del lado lateral izquierdo de su barba, son los dos cuernos de la cabeza del monstruo bovino que muerde al propio dios en la parte interna de la articulación de su brazo y antebrazo derecho; la expresión del dios denuncia en este momento el dolor de la mordedura.

Al otro lado de su cara, la melena se extiende hacia abajo y hacia la derecha, recostándose sobre el torso del hijo; esta melena es la cabeza del monstruo equino, que utiliza los hombros y los propios brazos y manos del dios para alcanzar por las entrañas a la víctima sacrificada.

El hombro más alto es la cabeza de oso, cuyo brazo izquierdo es el propio brazo del dios, clavado en el hijo, y cuya pata del mismo lado se introduce, iluminada, entre las piernas del dios; el hocico del oso se apoya en la parte central de la cabeza del burro.

Toda la masa ocre y negra que se sitúa entre el torso del hijo y ese brazo del dios, integra la parte superior de una gran cabeza de león, que tiene entre sus fauces el antebrazo del dios, la mandíbula superior encima y la inferior debajo.

La parte superior derecha de esa masa es cabeza de simio, que mira hacia el frente y hacia afuera.

La mandíbula inferior del león, bajo el antebrazo del dios, es, a su vez, cabeza de cerdo, que apoya su hocico en la parte superior de las piernas del hijo del dios.

Y la pata del oso que se introduce entre las piernas del dios es cabeza de perro; un monstruo negro está devorando a esta cabeza; su perfil sigue el contorno de la parte oscura del antebrazo derecho del dios y ocupa todo lo negro entre sus piernas y bajo el vientre; tiene su ojo claro triangular junto a la cadera del hijo, a la izquierda; prolongando el hocico hasta morder la cabeza del perro con sus negras mandíbulas.

La pierna derecha del dios se hunde en el torrente por donde camina, al propio tiempo que del abismo surge una serpiente, que le muerde en la parte interna de la rodilla.

Y en todo el fondo de la composición, puntos y líneas, unidos a matices distintos de la propia negrura, componen otras figuras monstruosas, que completan la total descomposición vitral del cuadro en figuras simbólicas.

¿Hasta dónde llega la maldad de Saturno? Nos dice el Dante en su *Divina Comedia* que, acompañado de Virgilio, llegó a la puerta en cuyo dintel se lee esta inscripción: «Por mí se va a la ciudad del llanto; por mí se va al dolor eterno; por mí se va a la condenada raza; la Justicia animó a mi Sublime Arquitecto; me levantó la Divina Potestad, la Suprema Sabiduría y el Primer Amor. Antes de mí no hubo nada creado, a excepción de lo inmortal, y yo duro eternamente. ¡Oh, vosotros, los que entráis, abandonad toda esperanza!» Y penetraron los poetas en el lugar eternamente oscuro, como transitorios y excepcionales vistantes, y llegaron a la orilla del Aqueronte, y lo cruzaron en la barca de Caron, para luego ir descendiendo por los nueve círculos en que se divide el infierno; en el centro del círculo final, coincidente con el centro de la tierra, encontraron a Lucifer, con su monstruosa figura sumergida en las aguas heladas, teniendo cogido a Judas, con los dientes, por la cabeza; sueltas las agitadas piernas entre las sombras; a imagen y semejanza de Saturno.

Porque Saturno, que lleva en sí el camino del infierno, simboliza también el pagano placer: tiene entre sus manos un trozo de arcilla, de la «celeste carne», que dijo Rubén; está estrujando el «cuerpo divino de la maja; como en ascuas de lujuria arden todos los tactos y contactos de cuerpos y sentidos, los dientes, lengua y labios que comen la manzana, los ojos cual estrellas que saltan de sus órbitas, las narices infladas y los garfios de los dedos de las manos hundiéndose en la arcilla, amasando la maravilla del pagano placer; lo prohibido, el palo botalón invertido en el seno de la misma maravilla; el «solitario» pensamiento del pecado, que le tiene a Saturno más que inquieto y que turbado.

Pero al propio tiempo Saturno lleva en sí la paradoja, porque es Dios: la segunda persona de la Trinidad, fundida con el Sordo, que es el Padre, de cabellos blancos como la nieve, cubierto de ropa talar, y fundida con Judith, que es el Espíritu Santo, con su espada flamígera, en que centellean los destellos de las siete estrellas de las luces del templo. Dice el Apocalipsis de San Juan: «Y vuelto vi siete candeleros de oro: y en medio de los siete

candeleros de oro vi a uno parecido al Hijo del Hombre o a Jesucristo, vestido de ropa talar, ceñido a los pechos con una faja de oro; su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca, y como la nieve; sus ojos parecían llamas de fuego; sus pies, semejantes a bronce fino cuando está fundido en horno ardiente, y su voz, como el ruido de muchas aguas; y tenía en su mano derecha siete estrellas; y de su boca salía una espada de dos filos; y su rostro era resplandeciente como el sol de mediodía.»

Y como Saturno es Dios, en él están los místicos amores de que son símbolo la carne y la sangre del Hijo del Hombre: la mente del Verbo de Dios está en él, en el seno del hombre, que tiene su carne ennegrecida, y el pensamiento del humano puesto en el cuerpo y la sangre del Señor, con la expresión apasionada: «¡Sangre purísima de Cristo, lávame, purifícame, confórtame, embriágame!»

Por el camino del placer el hombre es brujo o Bestia.

Por el camino del amor el hombre es peregrino o coloso.

Y fluctuando, al vaivén de las atracciones de los gustos dispares de las cátedras, el hombre es el Titán de la contradicción. Sus crímenes se han de trocar en misterio de amor, cuando llegue a fundirse en Dios, en comunión. Así el hombre, la obra suprema de la creación, se hace tabernáculo del Señor. Lo dice David: «Puso Dios especialmente en el sol su tabernáculo; y a manera de un esposo que sale de su tálamo, salta como gigante a correr su carrera» (Salmo XVIII).

Ante el tabernáculo, el hombre, indigno ministro del altar, consagra el pan y el vino, el cuerpo y la sangre del Señor, celebrando el divino sacrificio.

Y, una vez consagrada la hostia pura, la eleva hacia los cielos con sus manos, para que sea por todos adorada.

Y luego eleva el cáliz con el vino, ofreciendo la misma adoración.

Y después consume las especies, salvando las distancias de las separaciones insondables.

Goya se ha convertido al husmear el rastro; se ha invertido la luz en sus pupilas; ya es negra la del sol; ya se ven las claridades de la luz de la luna.

Poned el cuadro en posición horizontal, descansando sobre el lado derecho, y recordad que en el que Goya pintó para la catedral de Valencia, despedida del mundo de San Francisco de Borja, hay un infante con traje medieval, calzas muy altas, pantalón abullolado, que descansa su brazo izquierdo sobre la balaustrada; suprimid la escalera y poned en su mano un capote torero; esto hecho, volved al cuadro de Saturno y separaos de él, fijando la atención en las manos del dios; pronto veréis que en ellas se forma el pantalón de aquel infante medieval, hijo de cortesano, que soporta en su mano izquierda el místico capote y que tiene la derecha inclinada hacia el suelo, en actitud de portar el estoque.

Recordad que en el mismo cuadro de Valencia el santo está besando a un familiar; volved al cuadro de Saturno, fijando la atención en el brazo del hijo; a adecuada distancia el brazo es oreja de una cabeza de hombre cuyo rostro en perfil queda hacia arriba, encima de ella; a la derecha, la cabellera peinada con raya, y a la izquierda, la boca que besa al niño místico, el que soporta el capote de la gracia, cruzando su figura con la carne y la sangre del Señor.

Ha vencido la gracia del capote; por eso el hijo del cortesano tiene un gorro picudo que cubre su cabeza, por eso está este infante sólidamente plantado sobre sus pies, delante de un gigante derrotado, caído sobre el suelo, y por eso el Coloso, que se ha hecho niño, ha conquistado la fortaleza de la roca, haciendo su figura inconmovible; todos los gigantes son exterminables con la honda de David; separaos a mayor distancia de la pintura y llegará un momento en que veréis que los ojos y la frente de Saturno son cintura y posadera de un atleta que extiende sus brazos hacia el niño, para agarrar su cabeza, y que apoya sus plantas sobre las piernas del infante, para ejercer sobre él el imperio de la fuerza; el atleta arqueado pone sus pies sobre aquello que quiere desplazar, quebrantando su cálculo, frente a la fortaleza espiritual.

Goya es el símbolo de España, negados sus valores esenciales, desconocido. Como España, arrojada de todas las uniones, por el cálculo de las naciones, con la honda de David entre las manos.

«Saturno devorando a su hijo», por Goya.



LAS TALLAS DE SAN FRANCISCO, DE LA PAZ

Por RAUL CALDERON SORIA

En el corazón de la cuatro veces centenaria ciudad de La Paz, envuelta por el torbellino cosmopolita, se yergue la mole adusta y recia de San Francisco, que en medio de las líneas escuetas y frías de la arquitectura moderna, muestra su noble perfil evocativo y encierra verdaderos tesoros en madera tallada, de un gracioso neobarroquismo.

Igual que antaño, de su ancha torre vuelan todavía sobre la ciudad los bronces sonoros de las campanas de San Francisco. Son las mismas que conmovieron los corazones cristianos que en los primeros siglos de la fundación de la ciudad acudieron a rendir culto en la Casa de Dios. Igual que antaño, los fieles que hoy asisten a los oficios divinos en San Francisco, de La Paz, observan con gran admiración el abigarrado encaje de madera dorada que constituye las tallas de sus altares y retablos. Pero pocos habrán penetrado en el misterioso mundo que las gubias de los tallistas indígenas han encerrado en cada curva, en cada rizo, en cada figura humana o zoológica, en cada pájaro aprisionado por

Dios y de sus fieles». Quedaban entonces por hacerse las torres, una de las cuales se levantó un siglo más tarde, y resultó un añadido desproporcionado y fuera de estilo.

El Obispado de La Paz había creado un tipo de construcciones religiosas más o menos uniformes, en cuyas líneas fundamentales se deja ver el concepto tradicionalista de la arquitectura. Bajo esa influencia, un poco contaminada de las innovaciones que llegaban de la Península y se desarrollaban en los asientos de los virreinatos, se construyeron también las iglesias del Altiplano. Sobre la base de esos conceptos generales: sobrias de línea y de claro sabor hispánico, los artistas nativos dejaron en estos templos americanos huellas de su propia emoción plástica. Así nace una nueva estética, que no es puramente americana, pero que tiene mucho del alma y la sensibilidad indígenas. La existencia de esta manifestación artística propia, dentro de la historia de la arquitectura universal, es debida a varios factores que han contribuido a su formación. La primera y principal es la razón geográfica: La Paz, aunque situada entre el Virreinato de Lima y la Real Audiencia de Charcas, no era, sin embargo, el nexo entre ambas; se encontraba aislada de las corrientes de moda, que aquellos centros recibían de las Cortes de España. Así, mientras en Lima y Chuquisaca una forma señorial y esbelta dominaba su arquitectura,

el tallista. La iglesia comenzó a construirse en el año de 1743, con dineros que el minero Diego Baena, descubridor de yacimientos del río Orco, donara en cumplimiento de religiosa promesa. Para su realización se usó la piedra roja parduzca de Viacha, pueblo cercano a la ciudad, por ser fácil para la talla. Los alarifes fueron escogidos entre los más destacados, y una infinidad de obreros indígenas fueron utilizados por su habilidad en la construcción. Asimismo fueron reclutados los mejores tallistas, que formaron un conjunto de verdaderos artistas, a los que se deben las tallas de San Francisco, consideradas como una verdadera joya.

Las bóvedas se cerraron el año de 1768, y, cuatro años más tarde, el Prelado don Gregorio Francisco de Campos hizo entrega del templo «para el servicio de las cosas de



en La Paz se expresaba con más vigor el nacimiento de un arte de conjunción, con un sello nativo fuerte y personal.

A esta razón fundamental se añade el proceso que a través del tiempo había sufrido el criollo, quien en su maduración imponía modificaciones en el gusto hispano. Puede explicarse este proceso curioso, que se plantea en algunos elementos de la arquitectura de esa época, como en los de la casa de los marqueses de Villaverde. Hay otras obras igualmente desconcertantes. Pero como rotunda expresión, en la que parecen converger todos los estilos y las facultades de su tiempo, puede considerarse la creación de una obra magna: el templo de San Francisco. Entre las grandes obras que legó la época española al Alto Perú, es ésta la de más claro significado, por su esfuerzo creador, digno de la influencia hispana y de la meritoria labor del obrero americano.

El templo está construído sobre una planta tradicional tipo basílica, con crucería, ábside y cimborrio. Sus líneas, escuetas y sencillas, en que la mano indígena enriqueció, labrando la piedra a su manera, con elementos decorativos que le eran familiares, imprimiéndole así el sello plástico de su raza milenaria. Es curioso cómo el conquistador, condescendiente, permitió al indígena esa libre expresión de su arte, para lograr de ese modo una mejor convivencia y quizá una mayor devoción religiosa.

Cuando se está ante la fachada principal, parecer surgir, de los paramentos lisos, maravillosos encajes de piedra, ricamente tallada, que forman las portadas. El estilo es plateresco en su esencia, pero complementado por un abigarrado conjunto, en el que las columnas, capiteles, coronamientos, estilobatos, etc., tienen un aspecto nuevo poco común en las obras de este estilo.

El interior del templo es sobrio y grandioso. Reina allí un ambiente místico que lo inunda todo. A este ambiente contribuye la luz, que la piedra de «berenguela», especie de alabastro, deja penetrar por los ventanales abiertos a manera de vitrales. La piedra, desnuda y sin tallas ni molduras, muestra las claras venas de sus junturas en la mampostería oscura. Robustas columnas dan sensación de seguridad, en las que se apoyan bóvedas de gran luz, y la pechina y cimborrio, bien construídos.

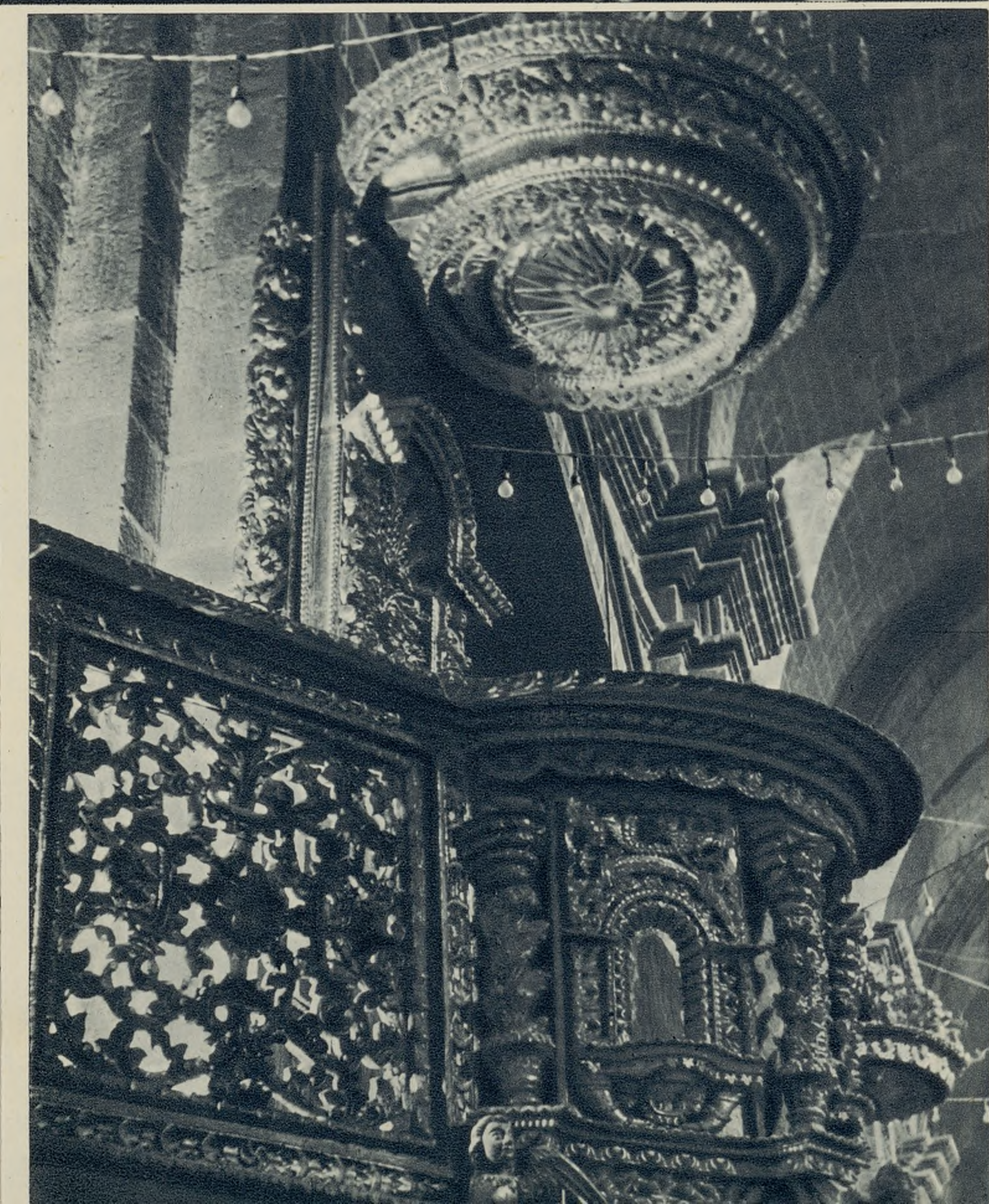
Contrastando con tanta sobriedad, se levantan los retablos y el púlpito, como un reproche a tanta rudeza pétrea. Es en el Altar Mayor donde la fuerza imaginativa del indio artífice hace la gran proeza de recargar, sobre la forma clásica, tallas que expresan su propio sentimiento. Ese fué el instante en que el creador indígena nacía y se liberaba, en una orgía de mazorcas, «kantutas», cholas, pájaros, ramas y flores, como queriendo ocultar en las sombras y hacer pasar inadvertido a la vista el contenido de una enorme borrachera de formas. Al penetrar en ese mundo misterioso del indígena, nos imaginamos a un niño que ocultó sus objetos más queridos para jugarle una mala pasada al tiempo.

En esta pesadilla de formas sobre formas, la columna salomónica es más y más retorcida, y del tirabuzón de su fuste surgen nuevos tirabuzones cargados de flores, pájaros y frutas, sin perder por eso la línea primitiva. Al igual, capiteles y entablamentos llevan el rico sello de la mano indígena, que, en incansable labor acumuladora, sobrepasan lo creado.

Pero no es tan sólo el Altar Mayor escondite de estos tesoros. Cada uno de los retablos y las puertas se hallan igualmente enriquecidos por la obra de anónimos artistas. Por doquier encontramos cariátides monstruosas, híbridas divinidades paganas mezcladas con animales o con ángeles de caras sonrientes. Entre los animales abundan los de uso doméstico del indio: vacas, llamas, etc. Querían de esta forma rendir tributo con sus propias obras al Dios hecho Hombre.

También se destaca, por su laboriosidad y belleza de líneas, el púlpito. Verdadera filigrana de madera con delicados toques, en la que los escoplos y las gubias eran manejados por manos maestras.

Al ir dejando este recinto queda en nuestro ánimo una sensación admirativa por los alarifes y albañiles que aprendieron el oficio de sus abuelos de Tihuanacu y el Cuzco y que parecen mirarnos desde cada piedra, desafiando el ultraje de los siglos.









LOS RETRATOS DE CORTÉS

LOS retratos del conquistador que reproducimos en esta ocasión forman parte de los que se conservan tradicionalmente en el Hospital de Jesús, de México, una de las fundaciones que hizo el mismo Hernán Cortés. No se puede afirmar que sean contemporáneos del célebre héroe, pero sí que están hechos los tres en vista de las narraciones más autorizadas y de los recuerdos más precisos. Se puede adelantar la hipótesis de que son copias de otros más an-



Retrato de la colección del marqués de Salamanca. (Apócrifo.)



Escultura de Enrique Pérez Comendador (Madrid, 1947).

tiguos, tal como lo indica el eminente historiador don Lucas Alamán.

Pero nos interesa señalar que los tres forman los vértices de esa trilogía que fué don Fernando de Cortés: el conquistador, el galante hombre de mundo, el religioso.

El delicioso cronista de la Conquista, el capitán Bernal Díaz del Castillo, tiene en su historia los retratos de los principales jefes y soldados que en ella participaron. Yo he leído muchas veces los encantadores capítulos de esa descripción biográfica, y, entre ellos, con respeto, admiración y cariño, está el retrato del jefe que los llevó a la victoria. Lo más curioso es que no sólo hace el escritor-soldado una descripción del físico de esos compañeros suyos, sino que procura siempre encontrar, con finura psicológica, algunas de sus características espirituales que los hacen inconfundibles: si eran tristes o alegres, si galanos o encogidos, si valerosos en la lucha o sólo jactanciosos a la hora de la victoria; sabemos por esos inmortales capítulos quiénes cantaban, quiénes tocaban la guitarra, quiénes eran codiciosos; el nombre del que perdió la mano por justicia, el del que entró al convento, el del que regresó a España; quién murió de muerte natural—«de su muerte»—, quién fué atrapado por los indios y sacrificado a los dioses; quién se perdió en el recuerdo de sus compañeros de hazaña. Estos son los bellos capítulos de Bernal Díaz.

Así es como el capitán cronista describe al Conquistador: «Fué de buena estatura e cuerpo, e bien proporcionado e membrudo, e la color de la cara tiraba algo a cenicienta..., e si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera, e era en los ojos en el mirar algo amorosos, e por otra parte graves; las barbas tenía algo prietas e pocas e ralas, e el cabello, que en aquel tiempo se usaba, de la misma manera que las barbas, e tenía el pecho alto e la espalda de buena manera, e era cenceño e de poca barriga e algo estevado, y las piernas e muslos bien sentados...» Por cierto —sigue el mismo Bernal Díaz—que, al regresar de la expedición de Hibueras, «engordó mucho e de gran barriga, e también vi que separaba la barba prieta, siendo de antes que blanqueaba». Pero esto fué pasajero. Con la descripción coincide extraordinariamente el retrato que publicamos, de cuerpo entero y armadura. Ese es el conquistador don Fernando de Cortés, «buen jinete e diestro de todas armas, ansí a pie como a caballo, e sabía muy bien menearlas, e, sobre todo, corazón e ánimo, que es lo que hace al caso».



Lápida de la sepultura en que reposan los restos de Cortés. Iglesia de Jesús (Méjico).

Ese don Fernando era, además, un hombre de mundo en toda la extensión de la palabra, que es como lo representa el retrato que reproducimos, en postura que nos atreveríamos a llamar magnífica. Y Bernal Díaz nos dice para completar la imagen: «Oí decir que cuando mancebo, en la isla Española, fué algo travieso sobre mujeres, e que se acuchilló algunas veces con hombres esforzados e diestros, e siempre salió con victoria; e tenía una señal de cuchillada cerca de un bezo de abajo, que si miraban bien en ello se le parecía; mas cubríasela con las barbas; la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas quistiones. En todo lo que mostraba, ansí en su presencia como en pláticas e conversación, e en el comer e en el vestir, en todo daba señales de gran señor. Los vestidos que se ponía eran según el tiempo e usanza, e no se le daba nada de traer muchas sedas e damascos, ni rasos, sino llanamente e muy pulido...; servíase ricamente como gran señor con dos maestresalas e mayordomos e muchos pajes, e todo el servicio de su casa, muy cumplido, en grandes vajillas de plata e de oro...; era algo poeta; hacía coplas en metros e en prosas, y en lo que platicaba lo decía muy apacible e con muy buena retórica...» Dice más este excelente retratista, que tan cerca estuvo de su jefe; pero lo transcrito es lo fundamental.

En cambio, el retrato arrodillado, el de don Fernando en oración, el religioso, algo me recuerda a uno de don Juan de Austria que se conserva en las galerías de arte colonial mejicano: «Don Juan de Austria da las gracias por el triunfo en Lepanto», tengo entendido que se llama. Aquí volvemos a encontrarnos con Díaz del Castillo, que dice: «e rezaba por las mañanas en unas horas e oía misa con devoción. Tenía por su muy abogada a la Virgen María, Nuestra Señora, la cual todo fiel cristiano la debemos tener por nuestra intercesora e abogada, e también tenía a señor San Pedro e Santiago, e a señor San Juan Bautista, e era limosnero».

Este era el señor don Fernando de Cortés, al que tanto queremos en México, porque se propuso, dentro de la idea de un imperio católico, formar una nueva nacionalidad. Parece que nunca se han publicado sus tres retratos juntos, que resumen su vida tan perfectamente como la excelente crónica del narrador y testigo de la epopeya de la Nueva España.

LOS DIOSES van al Modisto

por

ARACELI DE SILVA, DUQUESA DE ALMAZAN



ESPLENDIDO caos el que reinaba en el Olimpo cuando comenzó la gran batuda mitológica del nacimiento de los dioses grandes y chicos, y cuántas preocupaciones las del padre Zeus, Jove o Júpiter, como quiera llamársele, cuando hubo de darles a todos misión, atributos y vestidos con que cumplir su vida decentemente. ¡No fué menor el jaleo que el de las viejas casas de vecindad, de corredor y patio, por no ser menos el ruido y los líos que todos ocasionaban!

Desde el primer momento, los tres vastaguitos del matrimonio Rea-Saturno: Júpiter, Neptuno, Plutón, tuvieron que ser escondidos en la isla de Creta en compañía de los Coribantes, acróbatas ruidosos y jaraneros, y de la cabra Amaltea, que los amamantaba. No pasaron mucho frío sus cuerpecillos desnudos porque la cabra les prestaba calor y les procuraba buena leche para engordarlos, y en esa desnudez paradisíaca que siempre recordarían y tratarían después de evitar en todos, por «mor de la moral y la decencia», crecieron y crecieron hasta que, dueños del Universo, se lo repartieron fraternalmente, sin contar para nada con papá Saturno. Neptuno obtuvo el imperio de los mares; Plutón, los infiernos, y Júpiter, el promotor de la rebelión, se instaló como dueño en el Olimpo, apoderándose del palacio de los dioses.

Pero las soledades de aquellas alturas tenían que ser habitadas por semejantes suyos con el fin de conseguir vida apacible y días entretenidos. Júpiter, con su manojo de rayos a disposición del primer contratiempo, una vez arreglado y en limpio su pasado, sentóse majestuoso en su trono de marfil, con el cetro de oro en la diestra y el águila gigante a sus pies, y pensó en tomar esposa. Fijáronse sus ojos en la altiva Juno y le ofreció compartir su grandeza y poderío. Preparóse la boda, de acuerdo con los suyos, y fué ésta la vez primera que tuvo que acudir, solemne y bien repleta la cartera, a las modistas del Olimpo para preparar el «trousseau» a la bella prometida.

¡Difícil cometido! La tela, la modista..., las primeras preocupaciones. El «Bianchini» y el «Rodier» del Olimpo eran tres hermanitas poco agraciadas que se pasaban la vida tejiendo e hilando, mientras la última de ellas cortaba los trajes y los cosía. Las señoritas Cloton, Laquesis y Atropos hilaron y tejieron la tela con que cubrir las desnudeces marmóreas de la divina Juno, y las tres, en unión de Minerva, cosieron el vestido, digno de un Schiaparelli. En la plenitud de su edad, con porte altivo, hermosa frente y rasgados ojos, apareció en el día de su desposorio con una túnica plisada, larga y ceñida, de gasa púrpura, sutil como tejido de araña, sin mangas y con un escote más que respetable, envuelta en un académico y muy estudiado peplo, adornados los cabellos con una diadema de oro, que copiaba los suyos. Sostenía en su mano el largo cetro real, y a su lado, el inseparable pavo real de cola abierta, con los mil ojos de Argos, abanico de plumas que después hubo de poner de moda en los salones olímpicos y terrenales.

El novio cubría sus robustas desnudeces con un gran manto de oro y sus pies iban calzados con sandalias de piedras preciosas. Sobre su abundante cabellera descansaba una corona de hojas de olivo y su luenga barba ondulada fué perfumada con verbena y con nardos.

Las «demoiselles d'honneur» que los acompañaban fueron las seis deliciosas bellezas, hijas del novio en primitivas correrías, que



ofrecían a todos donaires y dulzuras: las Horas y las Gracias, asistiendo como testigos de relumbrón y calidad los dos hermanos del novio, señores Neptuno y Plutón, engalonados para tal ceremonia. Presentóse el primero coronado de plantas marinas, barba abundante, sosteniendo en su salada mano el tridente y las riendas de una cuadriga de bípedos con cola de pescado. Le acompañaba su adorada Anfitrite. Plutón mostraba su feroz fisonomía y su opulenta cabellera, cubierta con corona de ébano. Apareció en su carro de dos ruedas, tirado por dos caballos negros, apoyado en su cetro-tridente, y a la vera feliz de Proserpina.

La solemne boda presagiaba felicidad eterna: la novia, dada la elevada posición del novio, pensaba poseerlo todo, mandarlo todo, dirigir a capricho hombres y dioses, toda la real familia. Mas, ¡ay!, sus ilusiones no duraron mucho. Apenas se calmaron las primeras efusiones, Júpiter empezó a encontrar la vida celeste monótona y triste. La diaria contemplación de las divinidades, siempre las mismas y vestidas y tocadas como el primer día, sin renovar el clásico guardarropa, llegó a fastidiarle. Juno no cambiaba de traje ni de modista y ya estaba harto de la túnica roja y de las plumas de pavo real. Quería otras mujeres y otros animales; tuvo ansias de viajar y pensó que una excursión por la Tierra no le iría mal, procurándole diversiones variadas, conocimiento de las nuevas colecciones y, tal vez, el encuentro, en una buena casa de modas, de una mortal de rango.

Marchó, pues, a la Tierra vestido como iría cualquier simple mortal, más o menos turista, con sus kickers griegos y sus maletas de «Hermes». Si era menester hacer el animal, lo haría gustoso, pues así acrecía la dispar y variada mitología. El primer desliz fué (como cualquier norteamericano) con Europa, la seductora hija de Agenor, rey de Fenicia. La contempló, recién llegado en su águila-bimotor, con sus amiguitas, a la orilla del mar, en traje que bien necesitaba de buena modista, y por temor a asustarla y porque así creía no ser vigilado por los ojos celosos de la esposa lejana, se convirtió en toro, y la raptó en su lomo. De allí a poco hubo que ensanchar la túnica de Europa y nació Minos, el futuro juez de los infiernos.

El segundo devaneo ocurrió con la pobre prisionera Dánae, hija del rey de Argos, a la que llegó, cuando estaba desnuda, en apariencia de lluvia de oro, de cuyo tesoro, de valor superior a los dólares, nació después Perseo. Júpiter comprobó que no eran muy nuevos los vestidos que se usaban en la Tierra.

El tercer coqueteo fué aún más poético. Leda, hija de Tescio, rey de Etolia, esposa de Tindaro, sentía todas las mañanas la tentación de refugiarse para su descanso, a los primeros fulgores de la aurora, a las orillas del río Eurotas, el de los laureles rosas, cuajado de plátanos, adonde acudían a refugiarse los blancos cisnes después de sus fluviales paseos bajo la alegre luz del sol. Solía ir vestida únicamente con unos ligeros velos diáfanos, sujetos por un buen broche en los hombros, que dejaban entrever la perfección de su divino cuerpo desnudo. A Júpiter, acostumbrado a las modas rancias, no le cayó en saco roto el modelito, y a contemplarlo, con el fin de copiarlo para su amada esposa, marchó al encuentro de Leda como perseguido por el «águila» Venus, celestina de sus devaneos. El pobre cisnecillo, casi desvanecido, vino a caer tembloroso sobre las rodillas de la pobre dama, quien lo besaba, lo acariciaba y lo reconfortaba en su seno. Apenas vuelto en sí de sus emociones de cisne, Júpiter abandonó a su protectora para regresar a la celeste bóveda, dejando en el prado, testigo de su terror, dos huevos de dimensiones extraordinarias, modelo de canastillas, sin lazos ni encajes, que encerraba a Cástor y Pólux, uno, y el otro, a Elena y Clitemnestra.

La pobre Juno, enterada de todo, con su eterno modelito rojo, que no había renovado el viaje a Europa de su donjuanesco marido, pasaba por tener un carácter desagradable e irascible; por eso los partidarios de Júpiter se aprovecharon de ello para justificar las fugas aventureras del esposo. De regreso de la Tierra trae muchas novedades al Olimpo, por lo que hace habitar en él a los retoños de sus devaneos amorosos, a los que viste y prepara para que puedan servir de modelo después a todos los pintores del mundo.

De la unión de Juno y Júpiter nació un chiquillo muy feo que sus padres trajeron a la Tierra. Quedóse cojo de la caída, y aunque intelectualmente era listillo, se resignó a su condición de productor y aprendió el oficio de fundidor en el taller de un enano. Fué él quien hizo como regalos a sus parientes todos los cachivaches de bisutería moderna que se han hecho célebres: el carcaj de Diana, el cetro de Júpiter, la hoz de Ceres, la coraza de Hércules y el escudo de Aquiles. Lo casaron con la hermosísima Venus, para dar que hablar en el Olimpo. Llegó ésta a su casa mecida por el céfiro perfumado de los cielos. Había surgido de una concha marina bogando por las azules aguas del Mediterráneo, con unas cuantas flores por adorno; en sus cabellos de oro incomparable, una corona de rosas y mirtos y el misterioso cinturón que haría irresistibles sus atractivos.

También Júpiter trajo a Minerva, nacida de su propia cabeza, representación de la prudencia y justicia, la sabiduría y la fuerza. La vistió con una túnica simple de

tonos verdosos, sin mangas, pero tocada con casco guerrero y una égida en medio del pecho. En una mano, la lanza, y en la otra, el escudo, y como acompañante le señaló al sesudo buho. Fué muy experta en el arte de los bordados y en la tapicería, y ella solita confeccionó la puntilla para el vestido de boda de su madrastra, Juno. Acudieron igualmente los dos hijos de Júpiter y Latona, Diana y Apolo. Vistió a la primera con una blanca clámide que le apretaba la cintura, cabellos hacia atrás, adornando la cabeza con una diadema, desnudas las piernas hasta la rodilla y pies calzados con sandalias, sujetas con lazos a las piernas. Como bolsillo, el carcaj a la espalda que le hizo Vulcano. Como diosa que era de la Luna, dióle para las noches un vestido largo de terciopelo, cubriendo su cabeza con un velo de estrellas, mientras hacía brillar en su frente la media luna que ilumina las noches azules.

A Apolo dejóle con su clámide sencilla, su coronita de laurel y su lira, y le regaló un coche moderno, que fué la cuadriga con que veloz recorría el Zodíaco. Como buen hermano mayor, se trajo para casa a los nueve descuidos que Júpiter tuvo con Mnemosina, y a los que llamaron Musas. ¡Buena tarea para vestir a las nueve! De acuerdo los papás, y acudiendo a Minerva y a Apolo, especialistas los dos en trapos, y en unión de las tres Parcas, les hicieron trajes baratitos y cómodos, especie de mañaneros, con los que aparecieron en el Olimpo. Calíope, musa de la elocuencia y la poesía heroica, coronada de laurel y adornada de guirnaldas, de porte majestuoso, llevando en la mano derecha un libro y en la otra un estilo. A Melpómene, musa de la tragedia, de porte rígido, vistiósela con gran riqueza, coronada de pámpanos y calzada de alto coturno, llevando en la mano una careta trágica y un puñal. A Talía, musa de la comedia, una túnica corriente, coronándola de yedra y dándole para llevar en la mano, a guisa de pañuelito, una careta cómica, y calzada con borceguíes. Polimnia, musa de la retórica, vestida de blanco y coronada de perlas. Clío, musa de la Historia, coronada de laurel, con un rollo de papel en la mano. Urania, musa de la Astronomía, vestida de azul, coronada de estrellas, llevando en sus manos un compás y una esfera celeste. Erato, de la poesía lírica, coronada de mirto y rosas, sosteniendo en sus manos un plectro y una lira. Euterpe, musa de la música, coronada de flores y cargada de partituras, y, finalmente, Terpsícore, musa de la danza, la más joven, alegre y vivaracha, con túnica suelta, coronada de guirnaldas y tocando el arpa.

Más, muchos más dioses subieron a hacer compañía al matrimonio ilustre, y sus nombres harían interminable este relato. Citaremos, para terminar, a Mercurio y a Hércules, a Proserpina y a Anfitrite, como parientes ricos del señor de la casa. Mercurio, hijo también de Júpiter, fué vestido con el modelito ideal para viajes. Agil y esbelto, le sentaba muy bien la túnica corta y la capita de lana, a la que daba aire con su caduceo. Cubriéronle con un sombrerito de paja de Italia, adornado con dos alitas, y sus pies los calzaron con altos borceguíes terminados en alas en forma de lengüetas. Hércules, de la misma procedencia, hombre robusto, de cabellos rizados, barba espesa y miembros vigorosos, tapaba sus desnudeces con la piel del león de Nimea. Cuando quiso usar la túnica de Neso, clavósele en la piel y su veneno le hizo morir, igual que muchas facturas de trajes costosos al marido avariento. Proserpina, triste siempre, vestida de negro, es la mujer «tabarra» para el marido ocupado; por eso Júpiter le dió como flor la adormidera. Anfitrite, mujer gordota y pescadera, solamente subía con su esposo en su carro de concha rodeada de Tritones y Nereidas.

El broche de esta modistería olímpica lo ponían siempre las tres Gracias: Eufrosina, Talía y Aglaya, pues eran tan bellas, que el señor del Olimpo permitió que fueran sin vestidos, formando un grupo, con los brazos entrelazados, como representantes del desnudismo; únicamente, para preservarlas de los curiosos, les autorizó para que usaran como velo o disimulo una rama de mirto, la rosa y los dados.

Después de este duro ajetreo modisteril, Júpiter sentó un poco la cabeza en el seno ampuloso de Juno, como quien duerme en blanco y blando colchón...

* * *

Tales fueron las modas que se usaron en el Olimpo. Después, cada época, los fué vistiendo a su manera. Con las desnudeces griegas y los rígidos trajes de la Edad Media, con las pomposas telas del Renacimiento y las complicaciones barrocas, posteriores, hasta llegar a las frialdades académicas del siglo XIX y a los modernismos de los actuales tiempos. Escultores geniales griegos con Praxiteles y Fidias, copistas romanos; iluminadores ingenuos de la Edad Media o de los ricos libros de horas y entretenimientos; Signorelli, Mantegna y Boticelli, que llevaron a sus lienzos Venus y Primaveras; Miguel Angel con la Leda; Rafael con su Parnaso; Ticiano, Veronés y Tintoreto con sus diosas y bacanales; Velázquez, satirizándolos con la máxima dignidad; Rubens con sus gracias y leyendas mitológicas; los pintores franceses, acaramelados, como Poussin, Largillière, Nattier; la moda revolucionaria con David e Ingres, etc., etc., nos ofrecieron los mejores figurines y proyectos que mujer alguna pudo soñar. Túnicas, clámides, peplos de los dioses, fueron patrón de los trajes de bailes, de ceremonia, de los de baño en playas adelantadas, de abrigos y capas, que hoy cuestan tanto como un cuadro de firma.

Los trajecitos que se le ocurrieran al buen padre Zeus han servido también para las mujeres modernas. Muchas de nuestras Venus, Dianas, Proserpinas, Minervas y Junos se han vestido con trajes parecidos a los de aquéllas, en una Vionnet con sus prendidos, en un Chanel con sus túnicas, en un Poiret con sus clámides, en un Doucet con sus recogidos, en un Callot con sus drapeados, en un Christian Dior con sus metros de tela y en un Maggy Rouff con sus trajes de «sport», o han usado diademas de Boucheron y Cartier, o unas sandalias zapatos de Greco, o unos peinados de Emile o Antoine, o deliciosos perfumes de Houbigan, Guerlain o Coty.

Todo ello me lleva a la consideración de que el pintor, igual que el modisto, ha de ser hombre de su tiempo y de sus necesidades. Le basta un tema cualquiera que le dé prestado la tradición poética y mitológica de la antigüedad para que su gusto y estilo salgan a la superficie para satisfacer una perentoria necesidad. Que haya siempre los suficientes de ambos para que nunca podamos llegar otra vez al estado de olímpica desnudez que obligó a papá Júpiter a llevar a su prole... de modistas.



EDICIONES

CULTURA  HISPANICA

COLECCION DE FUENTES DEL DERECHO INDIANO

Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias. (Tres volúmenes, 150 pesetas.)

Notas a la recopilación de Indias, por Manuel Josef de Ayala. (Dos volúmenes, 100 pesetas. La obra constará de cinco volúmenes.)

Cedulario Indiano, por Diego de Encinas. (Cuatro volúmenes, 400 pesetas.)

La incorporación de las Indias a la Corona de Castilla, por Juan Manzano Manzano. (Un volumen, 70 pesetas.)

COLECCION DE INCUNABLES AMERICANOS

Doctrina cristiana en lengua española y mejicana, por los Religiosos de la Orden de Santo Domingo. Prólogo de D. Ramón Menéndez Pidal. (Un volumen, 50 pesetas.)

Dialéctica resolutio cum textu Aristótelis, por el P. Alfonso de la Vera-Cruz. (Un volumen, 40 pesetas.)

Previsiones, cédulas, instrucciones para el Gobierno de la Nueva España, por el doctor Vasco de Puga. (Un volumen, 50 pesetas.)

Vocabulario en lengua castellana y mejicana, por fray Alonso de Molina. (Un volumen, 40 pesetas.)

Ordenanzas y Compilación, por D. Antonio de Mendoza. (Un volumen, 40 pesetas.)

Arte de la lengua mejicana y castellana, por Fr. Alonso de Molina. (Un volumen, 40 pesetas.)

Diálogos militares, por Diego García del Palacio. (Un volumen, 40 pesetas.)

Instrucción náutica para navegar, por Diego García del Palacio. (Un volumen, 40 pesetas.)

Problemas y secretos maravillosos de las Indias, por Juan de Cárdenas. (Un volumen, 40 pesetas.)

Tratado breve de medicina, por Fr. Agustín Farfán. (Un volumen, 70 pesetas.)

Arauco domado, por Pedro de Oña. (Un volumen, 60 pesetas.)

COLECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA

Imagen del mundo hacia 1570, según noticias del Consejo de Indias y de los tratadistas españoles, por Gonzalo Menéndez Pidal. (Un volumen, 60 pesetas.)

Semblanza espiritual de Isabel la Católica, por el P. Feliciano Cereceda, S. J. (Un volumen, 30 pesetas.)

Diego Laínez en la Europa religiosa de su tiempo, por el P. Feliciano Cereceda, S. J. (Dos volúmenes, 100 pesetas.)

Hernán Cortés: estampas de su vida, por Santiago Magariños. (Un volumen, 80 pesetas.)

Expediciones españolas (siglo XIX), por el General Esteban Infantes. (Un volumen, 65 pesetas.)

COLECCION DE VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

Relación que escribió Fr. Gaspar Carvajal, fraile de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, del famoso Río Grande, que descubrió por muy gran ventura el Capitán Francisco de Orellana, desde su nacimiento hasta salir a la mar, por José Toribio Medina. Prólogo de D. Antonio Ballesteros. (Un volumen, edición limitada, 75 pesetas.)

COLECCION AMBOS MUNDOS

Las huellas de los Conquistadores, por D. Carlos Pereyra. (Un volumen, 8 pesetas.)

El dorado fantasma, por el P. Constantino Bayle, S. J. (Un tomo, 15 pesetas.)

Historia de la Leyenda Negra hispanoamericana, por Rómulo D. Carbia. (Un volumen, 15 pesetas.)

El sentido misional de la conquista de América, por Vicente D. Sierra. (Un volumen, 20 pesetas.)

La aportación extranjera a las misiones del patronato Regio, por Lázaro de Aspurz, O. F. M. (Un volumen, 15 pesetas.)

Problemas de las migraciones internacionales, por Teodoro de la Torre Recio. (Un volumen, 35 pesetas.)

Manual de dialectología española, por Vicente García de Diego. (Un volumen, 30 pesetas.)

Viaje a Nueva Castilla, por Juan Bernia. (Un volumen, 12 pesetas.)

El inca Garcilaso, por Aurelio Miró Quesada. (Un volumen, 30 pesetas.)

Un caudillo: El General Fructuoso Rivera, prócer del Uruguay, por José G. Antuña. (Un volumen, 25 pesetas.)

Cuando los dioses nacían en Extremadura, por Rafael García Serrano. (Un volumen, 50 pesetas.)

México en la Hispanidad, por José Fuentes Mares. (Un volumen, 30 pesetas.)

El Occidente y la Hispanidad, por Bernardo María Monsegú, C. P. (Un volumen, 40 pesetas.)

SECCION JURIDICA

Relaciones económicas entre España y los Estados Unidos, por José Miguel Ruiz Morales. (Un volumen, 15 pesetas.)

Los principios del Derecho Público en Francisco de Vitoria. Selección con introducción y notas, por Antonio Truyol Serra. (Ediciones en francés e inglés. Un volumen, 15 pesetas.)

El Estado según Francisco de Vitoria, por el P. Emilio Naszalyi, O. C. (Un volumen, 45 pesetas.)

COLECCION PUEBLOS HISPANICOS

Uruguay, el Benjamín de España, por Ernesto La Orden Miracle. (Un volumen, 70 pesetas.)

COLECCION HOMBRES E IDEAS

El africanismo en la cultura hispánica contemporánea, por José María Cordero Torres. (Un volumen, 20 pesetas.)

La cultura española en los últimos veinte años: el teatro, por Nicolás González Ruiz. (Un volumen, 15 pesetas.)

Vida de la Avellaneda, por Mercedes Ballesteros. (Un volumen, 20 pesetas.)

Emoción y recuerdo de España en Filipinas, por el doctor D. Carlos Blanco Soler. (Un volumen, 30 pesetas.)

Breve historia del Brasil, por Renato de Mendonça. (Un volumen, 25 pesetas.)

Razas y racismos en Norteamérica, por Manuel Fraga Iribarne. (Un volumen, 25 pesetas.)

Política española y política de Balmes, por José María García Escudero. (Un volumen, 25 pesetas.)

CUADERNOS DE ARTE

SERIE A:

La ruta de Colón y las torres del Condado de Niebla. (Un volumen, 65 pesetas en rústica, y 85 encuadernado.)

Jerez y los puertos. (Un volumen, 65 pesetas en rústica, y 85 pesetas encuadernado.)

Trujillo. (Un volumen, 100 pesetas en rústica.)

SERIE B:

Elogio de Quito, por Ernesto La Orden. (Un volumen.)

PUBLICACIONES DEL SEMINARIO DE PROBLEMAS HISPANOAMERICANOS

COLECCIÓN DE MONOGRAFÍAS

Misión de los pueblos hispánicos, por Juan Ramón Sepich. (Un volumen, 15 pesetas.)

La independencia de América en la Prensa española, por Jaime Delgado. (Un volumen, 25 pesetas.)

Visión política de Quevedo, por Osvaldo Lira, SS. CC. (Un volumen, 25 pesetas.)

España como problema, por Pedro Laín Entralgo. (Un volumen, 15 pesetas.)

El Seguro social en Hispanoamérica, por Carlos Martí Bufill. (Un volumen, 25 pesetas.)

Amor a México, por Ernesto Giménez Caballero. (Un volumen, 15 pesetas.)

Directrices cristianas de ordenación social, por Fr. Albino G. Menéndez Reigada, Obispo de Córdoba. (Un volumen, 25 pesetas.)

Sociología de la política hispanoamericana, por Julio Icaza Tijerino. (Un volumen, 25 pesetas.)

Orientaciones internacionales del Cinema, por el Congreso del O. C. I. C., de Bruselas. (Un volumen, 40 pesetas.)

Amor a Portugal, por Ernesto Giménez Caballero. (Un volumen, 25 pesetas.)

COLECCION SANTO Y SEÑA

Viaje a Suramérica, por Pedro Laín Entralgo. (Un volumen, 12 pesetas.)

Pasado, presente y porvenir de la Gran Argentina, por J. Evaristo Casariego. (Un volumen, 12 pesetas.)

Las doctrinas políticas de Eugenio María de Hostos, por Francisco Elías de Tejada. (Un volumen, 20 pesetas.)

Perfil cultural de Hispanoamérica, por Angel Alvarez de Miranda. (Un volumen, 12 pesetas.) Premio MVNDO HISPANICO 1949.

Mensajes de Hispanidad, 1949. Discursos de los Excelentísimos e Ilmos. Sres. Sánchez Bella, Raffo de La Reta, Marín Balmaceda, Belaunde y Martín Artajo. (Un volumen, 12 pesetas.)

COLECCION LA ENCINA Y EL MAR

Escrito a cada instante, por Leopoldo Panero. (Un volumen, 30 pesetas.)

Antología tierra, por Manuel del Cabral. (Un volumen, 30 pesetas.)

La espera, por José María Valverde. Premio Nacional de Literatura 1949. (Un volumen, 30 pesetas.)

La casa encendida, por Luis Rosales. (Un volumen, 30 pesetas.)

COLECCION DE ANTOLOGIAS POETICAS

Nueva poesía nicaragüense. Introducción de Ernesto Cardenal; selección y notas de Orlando Cuadra Downing. (Un volumen, 50 pesetas.)

Panorama y antología de la poesía americana. Estudio y traducción de José Coronel Urtecho. (Un volumen, 50 pesetas.)

OFICINA IBEROAMERICANA DE INFORMACION ECONOMICA

Industria algodonera en el mundo hispánico, por E. Conos. (Un volumen.)

VARIOS

Catálogo de revistas españolas. (Un volumen, 100 pesetas.)

OBRAS EN PREPARACION

El Romancero, por D. Ramón Menéndez Pidal.

La Crónica general de 1344, por D. Ramón Menéndez Pidal.

Reliquias de la poesía épica española, por D. Ramón Menéndez Pidal.

Los caminos en la Historia de España, por Gonzalo Menéndez Pidal.

Tablas cronológicas de la Literatura Española, por Gonzalo Menéndez Pidal,

Alabanzas de España, por Santiago Magariños.

Mapa de Juan de la Cosa.

Manual del investigador hispanoamericano, por Joaquín de Entrambasaguas.

Bibliografía científica del Ecuador, por C. M. Larrea.

Centros de investigación hispánica en los Estados Unidos, por Ronald Hilton.

Cuatro clásicos americanos, por Gonzalo Zaldumbide.

El Salvador, país de lagos y volcanes, por Alberto de Mestas.

El chapín de raso, por Paul Claudel.

Cervantes en el país de Fausto, por J. J. A. Bertrand.

Vindicación de España, por Maurice Legéndre.

Vecindad histórica (españoles y franceses), por François Pietri.

Antología de elogios de la lengua española, por Germán Bleiberg.

Coros y danzas de España en América, por Rafael García Serrano.

Antologías poéticas de Argentina, Puerto Rico, Perú, Cuba, Colombia, Brasil, Ecuador, Méjico, Chile, Santo Domingo, y *Poesía indígena precolombina americana.*

EL FOLKLORE NICARAGÜENSE

Por FRANCISCO PEREZ ESTRADA

EN el folklore hispanoamericano se encuentran las raíces de su personalidad más íntima. Este producto mestizo que resulta del cruce entre los indígenas y los hispanos tiene sus caracteres peculiares dentro de la comunidad hispana en cada sector regional americano.

La fusión de los diferentes elementos populares que forman el auténtico caudal cultural se pueden apreciar en el teatro como en la canción, en la superstición como en la fe.

Nuestro clásico drama folklórico, *El Güegüense*, es una equilibrada mezcla de socarrona burla indígena y de picaresca chanza española. Las canciones hispanas, al aclimatarse en nuestro suelo, tomaron nuevas modalidades, pero conservaron su carácter original hispano. Ello ha sucedido con los romances y las coplas. Igual cosa ha pasado con los cuentos, las supersticiones y el refrán.

Para tener una visión panorámica completa, aunque general, es preciso observar cómo y cuándo se desarrolla y manifiesta el folklore en Nicaragua. Al decir nicaragüense, no lo hago con intenciones chauvinistas, puesto que en el folklore no cabe nacionalismo, como no sea el de una simple modalidad, ya que es básica y sencillamente universal.

Por esta razón profundamente humana, la cultura hispana encontró semejanzas y cauces por donde desplazarse. Fray Bernardino de Sahagún hace notar la dirección y proximidad de los ritos indígenas con el católico. Artificios diabólicos, exclama fray Bernardino; pero, en el fondo, los indios respondían psíquicamente a una misma ansia y sentido humano.

¿Hasta dónde tomaron en cuenta esta circunstancia los misioneros españoles? No es posible precisar con exactitud la respuesta a esta pregunta; pero el misionero labró la sabia pedagogía que convirtió al indio por estos mismos cauces. Por él debía desplazarse la cultura española.

Derribados los ídolos, se instaló la cruz sobre los antiguos altares. Después de esta sumisión espiritual siguieron instalándose los nuevos aportes culturales hispanos para que se diera el fruto de mestizaje que es Hispanoamérica.

Una continua e íntima observación del pueblo campesino nicaragüense a través de siete años me ha llevado a la convicción de que la vida social del pueblo nicaragüense gira alrededor de la Iglesia, es decir de sus devociones. Por eso un mapa del folklore nicaragüense es arbitrario y convencional si se hace atendiendo a demarcaciones políticas o geográficas.

El campesino que forma las tres cuartas partes del pueblo nicaragüense dirige su mentalidad hacia las devociones, sus actividades agrícolas, sus mayores manifestaciones populares. Las siembras llevan nombres de santos. La siembra de San Antonio, de San Pedro. Igual cosa sucede con las cosechas. El maíz que se cosecha en junio ha dado origen a este refrán:

Llueva bien o llueva mal,
por Santiago, yoltamal.

Yoltamal es pan de maíz tierno.

Esta actitud espiritual tiene sus mejores manifestaciones en las fiestas patronales. Ellas llenan los límites del país, de norte a sur y de este a oeste. Así, se puede oír el relato de un milagro en el lugar más distante de donde sucedió. A las fiestas de San Jerónimo en Masaya, de la Virgen del Viejo en Chinandega, de Jesús del *Resgate* en Rivas, concurren promesanos de todo el país.

En estas ocasiones el pueblo de Nicaragua hace sus más típicas manifestaciones. Meses antes de la celebración de cada fiesta se inician *los ensayos de bailes*. Domingo a domingo, la guitarra y la marimba tejerán sobre el patio barrido y limpio la ingenua pero graciosa y hábil coreografía popular.

Meses antes también se dedicarán cerdos, gallinas, vacas, para pagar la limosna al santo festejado.



Durante estas fiestas se representan piezas teatrales de auténtico sabor colonial hispano. Yo he visto representar *El Güegüense*, *El gigante Golíar* (lucha de moros y cristianos), lo mismo que bailes donde la máscara representa al conquistador y la misma danza es una remembranza de épocas antiguas. El día de San Juan, por ejemplo, se puede ver una curiosa mezcla de baile español con sabor indígena. Como detalle importante, se puede notar una semejanza no probada todavía con el baile que en España se llama *caballets*.

Es pintoresca y reveladora la deformación que hace el pueblo de sus devociones. Un ejemplo bastará. En Juigalpa, pueblo del Departamento de Chontales, se celebra pomposamente a San Sebastián. La fuerte fe popular no vacila en sacrificar su economía ni en ofrecer una promesa como la de caminar de rodillas largas distancias; pero a la hora de cantar le dirá al mismo santo de su devoción:

San Sebastián «de Milán»
no murió por santo,
sino por enamorado.

Pero, fuera de la devoción religiosa, en su vida social, el pueblo nicaragüense es profundamente creyente. Sus actividades, siempre elementales, se desarrollan alrededor de la iglesia. Cuando la esposa declara estar en cinta, busca al que ha de ser compadre, quien desde el momento es un miembro respetable de la familia. Bautizo, casamiento, muerte, corrida del muerto, vela del velo, para del madero.

Todas estas «costumbres», como las llaman ellas, tienen un ritual pintoresco con intenciones de la más severa etiqueta. Ello no obsta para que la guitarra y la marimba estén siempre presentes y se canten bellas y finas coplas como ésta:

Aquí me tenes parado
como garcita en laguna,
como querés que me vaya
sin esperanza ninguna.



CANTOS DE ESPAÑA EN AMÉRICA



La otra noche escuchaba cantar alegremente a un grupo de cancioneros «jarochos» una canción muy viva, que más tarde se bailaría por una pareja. Era, como se llama por estos rumbos, un «son», y su letra me intrigó y me hizo sonreír. El primer verso dice:

Balajú se fué a la guerra...

«Balajú», pensaba yo en medio de la algarabía musical característica de los veracruzanos; «Balajú»..., y me imaginaba que los «jarochos» pensarían que ese «Balajú» era un negrito o mulato, de esos que abundan como descendientes de los esclavos que llegaron de Africa a la colonia; un negrito alegre que un día, como muchos otros negritos, le dió por irse a pelear a alguna parte del mundo. Porque hay que hacer notar que los mulatos y negritos de la costa de Veracruz, en México—La Villa Rica de la Vera-Cruz se llamó originalmente—, al contrario de la fama de los negritos y mulatos de los Estados Unidos, que la tienen de ser poco aptos para las hazañas de la guerra, tienen prestigio como el de cualquier hombre, que es, por sí, naturalmente capaz de combatir. Y las notas subían y bajaban en ese conjunto de guitarristas, de arpa, de voces agudas, y volvía a recordar el nombre del no digamos héroe, sino personaje principal de la narración:

Balajú se fué a la guerra...
y no me quiso llevar...

Yo me sonreía porque estaba ante un originalísimo caso de supervivencia de un romance francés del siglo XVIII, pero que aquí no se conoció por la influencia de los franceses, sino porque asturianos y andaluces lo trajeron hace muchos años, asturianos y andaluces que ellos sí lo habían aprendido de franceses—pues se trata de la canción francesa de Malborough—, que, al llegar a México, se transformó no sólo en el conocido «Mambrú», sino en el «Balajú» que oíamos la noche que hemos referido, o hasta en un «Mauro», héroe, biznieto del mismo inglés Malborough, cantado en francés, viajero en navíos españoles y adoptado en nuestro país con tales variaciones, que el original apenas se reconocería a sí mismo, ora por diferencias de color, o de idioma, o de sentimiento y actitud; que bastante distancia hay entre el caballero británico y el alegre mulato de la costa veracruzana.

Este «Balajú» es, de seguro, uno de los parientes más extraños del duque de Malborough o, con mayor precisión, uno de los parientes más extravagantes que adoptó el distinguido guerrero del siglo XVIII; en el mismo México, sin embargo, se le conoce con otras vestiduras. Por ejemplo, hay un «Mambrú» que es casi traducción literal del dieciochesco, como se podrá ver por la siguiente estrofa, canción de carácter español popular y que ocupa un sitio muy bien ganado entre los cantos populares. La estrofa que se canta en México dice así:

Mambrú se fué a la guerra,
mirondón, mirondón, mirondela;
Mambrú se fué a la guerra;
no sé cuándo vendrá...
Mirondón, mirondón, mirondela;
si vendrá por la Pascua
o por la Trinidad;
«hache», «i», «jota», «ka»,
o por la Trinidad.

Y dice la canción francesa:

Malbrough s'en vate en guerre,
mironton, mironton, mirontaine;
Malbrough s'en vate en guerre;
ne sait quand reviendra,
ne sait quand reviendra.
Il reviendra z'à Pâques
ou à la Trinité, ou à la Trinité.

La canción intermedia entre el original francés y la versión mexicana es una canción asturiana, cuya estrofa relativa dice:

«Mambruno fué a la guerra;
no sé cuándo vendrá;
si vendrá por la Pascua;
mira, amor; mira, amor, y ¡qué pena!;
si vendrá por la Pascua
o por la Trinidad.

Podríamos seguir en las comparaciones, pero ya dejaremos en paz al noble inglés, de seguro olvidado en Francia, pero que sirve en México para que los niños jueguen, recordando que llevaba un pajarito en su féretro; o los «jarochos» bailen, imaginándose que era un negrito. Dejémosle en paz, porque aquí, muy cerca de donde escribo, la mujer del servicio canta una canción que también tiene un mensaje de supervivencia para los eruditos y de comprensión y recuerdo para los que sabemos la profunda unidad transoceánica de nuestros espíritus.

Ya la mujer de servicio está por terminar la canción. El tema de toda ella es muy sencillo: un hijo que está peleando a puñaladas y cuyo padre quiere ponerlo en paz; el hijo se irrita, amenaza al padre y éste predice un castigo de muerte. Hay unas estrofas que sirven para introducir el canto del hijo moribundo, que dice, al sentir que se le escapa la vida:

El caballo colorado
hace un año que nació;



¡ay!, se lo dejo a mi padre
por la crianza que me dió;
de tres caballos que tengo,
¡ay!, se los dejo a los «probes»
para que siquiera digan:
—Felipe, Dios te perdone.
Lo que le pido a mi padre
que no me entierre en sagrado;
que me entierre en tierra bruta,
donde me trille el ganado,
con una mano de «juera»
y un papel sobredorado
con un letrero que diga:
«Felipe «jué» desgraciado.»

La mujer de servicio ha terminado de cantar una canción actual, que se llama «El hijo desobediente». Pero esa canción tiene en el mismo México antecedentes que revelan que tanto el tema como la forma son muy predilectos del gusto popular, pues que ha podido remozarse muchas veces, conservando sus características fundamentales. Así, en las inmensas y ricas llanuras del Norte, en Coahuila, corre el mismo tema, aunque con ciertas variaciones: el hijo no muere en riña, sino que lo mata un toro prieto «que nunca lo habían bajado», y en cuanto al lugar del entierro, ha de ser en «campo verde» y no en «tierra bruta»; por más que en ambos casos es para que el ganado lo trille. Pero el maestro Menéndez Pidal—al que admiramos en todos los círculos intelectuales mexicanos y mencionamos en todas las cátedras de letras con verdadera devoción, como a su pariente Menéndez y Pelayo—tiene en su hermoso libro *Flor nueva de romances viejos* un romance, el del *Pastor desesperado*, que tiene los siguientes versos:

¡Adiós, adiós, compañeros;
las alegrías de antaño!
Si me muero «deste» mal,
no me enterréis en sagrado;
no quiero paz de la muerte,
pues nunca fuí bien amado;
enterréisme en prado verde,
donde paste mi ganado,
con una piedra que diga:
«Aquí murió un desdichado;
murió del mal del amor,
que es un mal desesperado.»

¿Alguien tendrá duda de que la citada canción mexicana tiene su fuente de inspiración en el romance español? Desde luego que hay modificaciones profundas, diferencias de sentimiento entre una y otro, diversa finalidad; la música de la pieza mexicana es sombría, solemne, con un aire trascendental y trágico; la causa de la muerte es la maldición del padre y no el amor; el colorido es profundamente nacional; se habla del «papel sobredorado», que vemos con abundancia en los altares más devotos del país, y no hay que olvidar que con banderas de papel se adornaban ya los altares de los cultos prehispánicos, del culto a Huitzilopoxtli y a Tlaloc más concretamente; ni la «tierra bruta» ni el «campo verde» de las dos versiones mexicanas tienen el sentido pastoril del «prado verde,—donde paste mi ganado», de la versión española, sino que son algo destructor: se trata de que las pezuñas de las bestias «trillen» el cuerpo del hijo desobediente y lo confundan con la tierra. Pero todas estas diferencias, unidas a la similitud de la fuente, sirven un poco para conocer mejor el perfil del mexicano en su canción.

Casi puede comentarse: canciones de España en América, ¿cómo sois tan diversas con tantos elementos formales que os identifican?

LUIS ISLAS GARCIA

UN MILAGRO PARA PRONTO

POR

RAFAEL GARCIA SERRANO

UNO, de verdad, nada serio tiene que oponerle al tabladillo. Lo que ya comienza a ser más lamentable es que el tabladillo flamenco—flamencón las más de las veces—sea considerado por ahí algo como el escudo de España, como el trono de una España bailarina y de «tronío». Todo un estilo para la interpretación del hecho nacional gira en torno de los toros y el baile flamenco, como si los toros y las costumbres andaluzas fuesen más hispanamente significativas que la pelota y la ezpatadantza, que la sardana y la barra, que los bolos y la Baila de Ibio. Para asomarse al hecho nacional español es preciso elegir una muy alta ventana, abrirla de par en par y sumirse en la contemplación serena y total del vario panorama de la Patria, de norte a sur, de este a oeste: en la era, en la cancha, en el prado, en el cortijo, en la ría, en la capea y la plaza, en el soportal y en el atrio de la iglesia, en la romería, en el trabajo, en la feria y en la fiesta. En la procesión y en las campanas.

Claro que resulta bonito y fácil agarrarse a los tópicos de la España negra—que también tienen su honorable y triste parcela de autenticidad—, adentrarse por callejuelas literarias bien conocidas y no preguntar a un guardia por esas anchas avenidas, por esas espaciosas comarcas del folklore—excelentes observatorios para el ensayo—, absolutamente inexploradas de puertas afuera. Carlos Reyles, en «El embrujo de Sevilla», consigue una estupenda novela de toros, junto a «Los bestiarios», de Montherlant, la mejor que yo conozca. Pero su partitura de cante y baile parece traducida del francés. Es cierto que durante muchas décadas, y siguiendo amorosa y filialmente el ejemplo de los caballeritos de la Madre Patria, nuestra América tradujo del francés, aunque vitalmente se expresase en español. En estos años hemos vuelto todos, unos y otros, la vista hacia nuestra común, propia e inalienable tradición. Y en esto del cante y baile unas mujeres de España van en vanguardia.

Son, claro, las chicas de la Sección Femenina.

LA CALLE DE LAS SIETE DAMAS

Siete damas del Virrey don Diego Colón llevaron las primeras, hasta el alcázar de la Hispaniola, toda la gracia de los viejos bailes españoles. Canciones ya se habían oído, ya, para entonces. ¡Y qué canciones! Aparte las populares, quizá las de marcha del Gran Capitán, las de los remeros del Mediterráneo—en el «papiamento» especial de los corsarios—, las de algara, romance y correría por tierras de moros. ¿Qué villancico entonaron, casi como un réquiem, los del Fuerte de Navidad? ¿Con qué canción en las gargantas se los tragó la avalancha imparable de la selva? Tañedores de guitarra los hubo, y bien buenos. Vihuelas, laúdes y guitarras no faltaron entre los pioneros del Descubrimiento y la Conquista. Va bien.

Pero la primera ronda de amor fué con motivo de la llegada de las siete damas. Uno de los rondadores, con voz de mando y verso a punto, se llamaba Hernando Cortés. Se danzó de lo lindo en el Belén de América, como gusta de llamar a Santo Domingo nuestro embajador y maestro, don Manuel Aznar. Así, sencillamente, en una fiesta de corte silvestre, llegaron a las Américas los coros y danzas de España. Con una ronda de amor. Igual han vuelto.

La ronda de amor es imprescindible a la hora de caminar por las praderas folklóricas. Amor y humor, batalla, muerte, religiosidad: he aquí las firmes bases de nuestro arte popular. Es decir, lo personal, lo nacional—la suma de todas las diversidades regionales—y lo universal.

Fué en Ciudad Trujillo, junto a las nobles ruinas españolas, hoy cercadas de palomas, rosas y laurel; de palomas por arriba y de los huesos de Ojeda por abajo; fué allí donde pude comprobar el perfecto encaje de nuestro folklore en las tierras de América. Tenía a mi favor los públicos de los teatros, la mirada de las gentes en la calle, la popularidad de nuestros bailes y nuestras canciones el impulso cordial de las colonias. Tenía a mi favor las calles virreinales de Lima, el señorío de Santiago, el ponderado cosmopolitismo de Buenos Aires—hecho mansedumbre municipal en la plaza de Mayo—, el fabuloso paisaje arquitectónico de Quito, aquella Compostela tropical y leñosa de Guayaquil, y las piedras de Panamá la Vieja, y la austera comprensión de Colombia, y la plaza de Bolívar en Caracas. Pero hasta que no vi, en la luz cruda de un mediodía tropical, los trajes catalanes y vascos, andaluces y castellanos, baleares y murcianos, gallegos y montañeses, enmarcados por el paisaje de América—nada menos que del «Belén de América»—, no entendí, lisa y llanamente, cómo cada uno de ellos parecía estar en su propio paisaje. Las gentes miraban con cariño y sin asombro. Su sangre había visto antes todo aquello, su sangre adivinaba la fuerte participación que tenían en todo aquello. Y el gesto, la canción y el paso de baile se ajustaban milimétricamente a la más ortodoxa romería. La gaita, amigos, remontaba el vuelo sobre la ceiba de Colón y se hacía lira allí, entre aquellas viejas y nuevas piedras. En aquel paisaje con fondo de siglos y lanzado a un venturoso porvenir.



Cuando llegaron las siete damas, las mismas que dan nombre a la primera calle del Nuevo Mundo, a una calle que estaba al revolver la esquina, los caballeros tendieron sus capas en ademán galante. Los caballeros de hoy no suelen llevar capa, al menos en América. Pero los hispanoamericanos de Santo Domingo se inventaron, muy a la americana, el gesto correspondiente. Cogieron sus estupendos reflectores antiaéreos—siete mil metros de alcance—y los echaron a los pies de ciento veintiocho damiselas españolas. ¡Madre mía, qué piropo español para españolas!

FRAGMENTOS DE UN DIARIO DE VIAJE

En la puerta del teatro Municipal de Lima montaban los «cholitos una guardia permanente. Querían ver a las chicas españolas. A veces yo llegaba tarde al teatro. Bajaba del «taxi» con esa impertinencia propia del que tiene entrada libre por la puerta de un escenario. Me chistaban reclamando silencio. Estaba cantando el coro. Irrumpiendo por entre telares, un pasadizo y dos o tres puertas cerradas a cal y canto, el coro ganaba la calle y los «cholitos» escuchaban el «Duérmete, fiu del alma». La nana de Asturias les llegaba hasta los ojos. Había en todos un reposado ademán paterno. Algo muy importante se arrullaba allí. Yo entraba en el teatro de puntillas.

Se le quebró el corazón viendo y oyendo a las chicas de la S. F. Fué un español cualquiera. Primero en Valparaíso No dió mayor importancia a la cosa y siguió adelante. Por la tarde, en los jardines sobrenaturales de Viña del Mar, en la quinta Vergara. Allí murió, sobre el campo. Y comentaba un chileno: «No tiene la menor importancia que un español se muera de emoción con los coros y danzas. En cierto modo entra en los deberes de la colectividad que alguno de sus miembros pague este tremendo precio por el retorno de España a América. Lo bueno es que yo, chileno, me siento nacer con esta música; siento que toda la vida viene a mí con estos bailes, porque me reconozco en ellos, porque todos me tiran a peso del corazón.»

Estuvieron veintitrés horas vestidas con el traje regional. Bailaron hasta doce veces en teatros, plazas, calles. En el campo. Había pequeños y frecuentes calvarios. Uno de esos habituales bien enterados. que nunca están enterados de nada, me dijo que los calvarios eran enterramientos familiares. Yo desbarraba pensando en las cerezas del cementerio, en el sabor hogareño de la hortaliza, en el aroma de las rosas—que olerían a los dieciocho años de la abuela—, en todo esto. Claro que el «enterado» bien pudiera haber sido un guasón que explotaba mi curiosidad profesional, según me dijo un colega de «El Caribe». Pero de todos modos, los calvarios eran como el jugoso y fructífero enterramiento de una época española, y los coros y danzas, en el paisaje de la Vega Real, como la resurrección de la carne. Como la romería de la Hispanidad. Porque metidos hondamente en la fiesta estábamos españoles y dominicanos, gentes del mundo hispánico.

Por aquello de las veintitrés horas de baile y camino en traje regional, y bajo el sol del trópico, me he acordado del juicio deportivo que expresó un periodista santiagueño: «Amigo—me dijo—, esto es un «record» olímpico de resistencia. Se ve que las chicas son españolitas de casta.» Esto trae de la mano otra frase: «Vea usted—y señalaba al coro, desplegado en el escenario con toda la pompa florida de los mayos—: lo mejor que España nos ha enviado desde el tiempo de los conquistadores.»

Si en el Brasil se escribió: «los volantes de las faldas de estas chicas hacen por España más que las casacas diplomáticas», Jaime Eyzaguirre me dijo en la despedida, así, naturalmente: «Vengan con más frecuencia. Están en su casa.»

TRACA FINAL DE ESTA ROMERIA NOSTALGICA

Fueron reconocidas como de casa en cada uno de los países que visitaron a lo largo de dos viajes: Argentina, Brasil, Perú, Chile, Ecuador, Panamá, Colombia, Venezuela, Santo Domingo, Haití y Puerto Rico. Las gentes hispánicas—de casta le viene al galgo—no saben separar las diversas circunstancias que puedan rodear a una persona. O todo o nada parece el lema de la estirpe. Todo, en este caso. Cuanto hubo de dulce—mucho—y cuanto hubo de amargo—poco—fué debido a un reconocimiento de lo español, a una fusión con todos y cada uno de los problemas españoles, los grandes y los chicos. España, en América, en nuestra América, es vista desde una alta ventana, justamente porque si nosotros decimos «nuestra América», ellos dicen «nuestra España». Y bien siento esto de que una pura necesidad gramatical me obligue al uso de estas dos palabras: «ellos» y «nosotros». Todos somos nosotros.

Uno y hermoso es el gran baile hispánico, el gran coro hispánico. Necesario será un día—que quiero profetizar próximo—montar, para lo bueno y lo malo de la existencia, los coros y danzas de la Hispanidad. Cuando, junto a las coplas serranas y a los cantos de rondadores, se vean las danzas del Cuzco, o los zapateados de espuela, o salte la fragante «cueca», o la cuadrilla décimonónica de Santo Domingo, o ese ritmo procesional—con incitaciones de «merengue»—, habremos dado un buen paso en el camino del entendimiento. Después ya será más fácil caminar, cantar y bailar a coro. Será tan sencillo, que, como somos así, diremos: «¡Milagro!»

Y es muy posible que tengamos razón.


SEGOVIA


PALENCIA


CÓRDOBA


VALLADOLID



HUESCA



GUIPÚZCOA

LA ISLA MISTERIOSA

Por Claudio DE LA TORRE

No es la de Julio Verne, sino la de Pierre Loti. Conocemos de ella, además de la abundante iconografía que nos ofrece el libro del doctor Stefen-Chauvet, en su lujosa edición chilena, la acuarela en que el joven marino Julien Viaud recoge su primera impresión de la isla, el 7 de enero de 1872, hacia las cinco de la mañana. Esta acuarela, dedicada más tarde a Sara Bernhardt, porque el marino Julien Viaud se convirtió con el tiempo en el escritor Pierre Loti, nos muestra un conjunto abigarrado de hombres y piedras, como apretada síntesis de la fabulosa isla de Pascua.

Perdida en el mar, con sus pájaros sagrados, justo a mitad de camino entre las costas de Chile y las suaves playas de Tahití, la isla de Pascua, llamada de San Carlos por los españoles en los años del virreinato del Perú, sigue guardando hoy un misterio indescifrable para los ojos atónitos del viajero que la visita. Es para los sabios una incógnita etnológica y arqueológica. Para los profanos, un mundo fantasmal.



Cuando el holandés Roggeween la descubre, el día de Pascua de Resurrección de 1772, y aun en los años inmediatos que siguieron, se hubiera tal vez podido aclarar el misterio, si los piratas y balleneros que surcaban entonces el Pacífico hubiesen sido más aficionados a la etnología o, por lo menos, a las Bellas Artes. Pero prefirieron, entre unos y otros, exterminar aquella raza misteriosa, que debió tener sus grandes secretos, razón por la cual monseñor Tepano Jaussen hubo de quedarse seguramente perplejo al ver entre sus manos la primera *tablilla parlante*, escrita con caracteres ideográficos, regalo de los indígenas. A éstos, hasta entonces, se les había tenido por *inmemoriales*, por ignorantes de la escritura, de manera que el hallazgo no podía ser más curioso. Pero a monseñor Jaussen le acompañaba en la ocasión un modesto *sabio* indígena, quizás el último que quedaba en la isla, que apenas pudo explicarle que se trataba de una *madera de hibisco inteligente*. Ni siquiera pudo descifrarla. El pobre *sabio* sabía escribir con dientes de tiburón, pero no le habían enseñado a leer. Los verdaderos sabios habían sido exterminados.

Traducidas poco tiempo después por los lingüistas estas maderas sagradas, parece ser que sólo contenían vagos poemas narrativos. Nada de historia, de noticias. Ninguna ley escrita. ¿Significaba, por lo tanto, que la remota civilización de la isla se había alimentado siempre de pura fantasía? ¿Nos encontrábamos, acaso, ante los gloriosos vestigios de un pueblo de poetas?

No encierran estas tablas, sin embargo el más hondo misterio de la isla. Este reside, como en pétreas fortalezas, en lo que los viajeros de aquellas tierras llaman *las estatuas*. Son de piedra, descomunales, algunas de más de veinte metros de altura, tocadas en su mayoría por unos soberbios gorros rojos, también de piedra. Pueblan literalmente la isla. En el fondo del cráter del Rano-Roraku se encuentran agrupadas ciento cincuenta y tres estatuas monumentales. A sus pies hay un lago de agua dulce y un boscaje sombrío de plantas indígenas, nacidas al resguardo de los vientos. Afuera, en la llanura, otras cuarenta estatuas bordean el camino que conduce al volcán. Hay más de quinientas en la pequeña isla. Todas ellas hieráticas, con las cuencas de los ojos vacías, vuelven la cabeza hacia el Norte, ciegas, alucinadas, como si acentuaran el misterio de su origen con un común propósito que nadie aún ha descifrado.

¿Pueblo de poetas, de escultores? ¿Gente que tuvo por única misión, en su soledad, la de embellecer el suelo inhospitalario en que naciera? La ciencia más avisada se inclina hoy a aceptar esta graciosa hipótesis, después de rechazar una por una, a lo largo de un siglo de estudios, las más diversas interpretaciones. Por donde sospechamos que aun queda al hombre algo que hacer en los demás lugares de la Tierra, si algún día se decide a seguir el ejemplo de la misteriosa isla de Pascua.

SAEZ



CORPUS
CHRISTI
EN
TOLEDO
(ESPAÑA)

"CORPVS CHRISTI" AL SOL

POR

JOSE ANTONIO TORREBLANCA

De la Santa Cena al Corpus se ha obrado la promesa de la muerte, el triunfo pascual y el estallido de la primavera. Ha pasado el nublado de la sangre. De la despedida, con su dulce congoja final y la presencia mortificante del comensal indigno, ha quedado el pan sobre la mesa redonda del mundo.

Este sol de jueves casi veraniego alumbra en el Corpus esa herencia estupenda que nos queda después de todo. Ya se han preñado las espigas, comen los gorriones en los cerezos y toda la Naturaleza, que San Buenaventura llamaba «arrabal del cielo», tiene la cosecha a punto para que vayamos a tomar las migajas en el mantel de la creación.

Por eso el día del Corpus tiene en España una luz que parece abrir solemnemente la clausura del campo y de la calle. Para ir a la procesión se ha librado la gente del color diario de la muchedumbre, que es el color tierra, y ha cobrado un señorío de sedas y paños al sol que ya no se puede ver en todo el año. En la arena regada por la savia de la juncia fresca, en los geranios de los balcones que se inclinan a la querencia del raso de los palios, en el verdín de las piedras viejas y en el galón dorado que estrena el guardia tiene la mañana del Corpus su centelleo de gloria majestuosa y pueril. Desde la esquina medieval, con vientos de noche en el alero, hasta el flequillo de ese niño que lleva un lazo nuevo, todo vibra al sol con la conciencia de un suceso enorme.

La hostia pura tiene una blanca calidad de trigo nuevo y nadie piensa que pudiera ser Cristo en su marco de oro pan trasañejo de la panera. Hasta los golfos saben que el brillo del sol del Corpus en los rayos de la custodia es algo establecido de modo irrevocable, como el mismo sol. Y no hay ratero internacional que, después de haber visto la resurrección de los cálices de España, racheados por el «golpe» gigantesco y bobo de la revolución dude que su oro y plata son tesoros inembargables, propiedad del día del Corpus, cuyo patrimonio está disuelto y batido de aromas tibios en el rayo del sol. Todo el oro y la plata de América han podido pasar de largo por las manos de España, menos los que se quedan entre los dedos del batihoja de Toledo para la gran custodia del Corpus. Y todavía quedará alguna hilacha para el galón del guerrero, para el bicornio del Poder constituído y para el abanico de la hembra guapa, que todos toman su luz a la vera del Corpus. ¡Vayan con Dios, centenes peruleros, onzas pasadas al dólar, señoras esterlinas! Cuando pasa la custodia bajo el sol de España, la luz teje con la yema de los dedos la telilla marfileña de la hostia, y es tan penetrante la hermosura de ese pétalo al trasluz, que al oro mismo, batido y soplado por Arfe, se le cae la corona, el dólar, la marca del becerro de oro, y toma su cruz de servicio, tan jornalero como el metal de la cuchara.

Pone en la mañana del Corpus una grandeza tan fina la belleza natural de España, que de pronto se revela como una clave el nacionalismo desdeñoso y lleno de jaquecas con que la orgullosa pobreza española se cierra a la hosca incomprensión del mundo. En el himno eucarístico oficial que entre los cierzos de El Escorial hizo el padre Restituto del Valle hay ese verso que ni las voces blancas de los seises pueden cantar sin estremecerse: «Dios está aquí». Pero «aquí», en Toledo, en Granada, en Madrigal, tierras de la Patria en Corpus, parece tan perfecta la glorificación tomada por la Eucaristía, que hace falta despabilar la emoción, recomponer la fe, para hacerse cargo de que la hostia no se municipaliza. Que «Aquí» es la hostia misma como Patria universal de los creyentes y pasto de la cristiandad. Hace falta entonces una virtud que no es característica del aldeano, la virtud de la inteligencia, para comprender que cuando se llama a España «Narciso de Europa» se acusa con burlona justicia el gran inconveniente de la hermosa: creer que se le localiza la divinidad. No llegue a tanto afán la alegría española del Corpus.

Lo que a Granada le sucede con la fiesta del Corpus es, literalmente, que se exhala entera. Así como Toledo ha sido el cruce pacífico—más o menos apacible—de Oriente y Occidente, Granada fué ciudad de sacrificio donde uno y otro tuvieron que separarse como la uña de la carne. La carne fué allí el oriental, a quien el asunto le dolió de veras. No por la forzosa unidad de la conquista, que política y militarmente era inevitable con los Reyes Católicos, sino en el áspero forcejeo de la fe y las costumbres, que culminó con la sublevación de los moriscos. Esa especie de pasmo, de triste hermosura que tiene la Granada de todos los días y todas las noches, se transfigura en el Corpus. Salen al sol las castellanas de los «cármenes» y una riqueza fondona y legítima, porque Granada es rica, le brota de todas partes: de la gitanería, que es lo menos legítimo de Granada, y de los palacios todavía como entreabiertos al paso de su fundador, el Fajardo cristiano o el Venegas morisco. Por contraste con Sevilla, que siempre se parece un poco demasiado a sí misma. Granada en la fiesta del Corpus es como una hermosa algo «pava» que de pronto se anima. La espuma alegre del Corpus es allí un rubor.

Granada fué la última ciudad española que recuperó la Eucaristía. Más exactamente, la estrenó, porque la espléndida creación hispanoárabe dejó a la Granada vieja en los puros huesos del recuerdo. La hostia entró en la Alhambra triunfalmente. Hasta bien llegado el siglo XVI, mientras la catedral estuvo en la mezquita de los emires y en el palacio árabe que luego fué convento de San Francisco, la procesión del Corpus se celebraba en la Alhambra, en torno al templo y los palacios reales, por el Secano y la Plaza de los Aljibes. Llevaba gran música y color de la zambra morisca, y si del primer arzobispo, fray Hernando de Talavera, hubiera dependido, nunca se habría quitado aquel alborozo del Corpus primero ni habrían sucedido otras violencias que hicieron historia.

Hay un texto muy curioso del caballero morisco Francisco Núñez Muley en una manifestación que hizo al presidente don Pedro de Deza para protestar de la prohibición imperial de las zambras y otros regocijos públicos usados por los moriscos: «El arzobispo holgaba que las zambras acompañasen al Santísimo Sacramento en las procesiones del día del Corpus Christi y de otras solemnidades, donde concurrían todos los pueblos a porfía unos de otros, qual mejor zambra sacaba; y en la Alpuxarra, andando en la visita, quando decía misa cantada, en lugar de órganos, que no los había, respondían las zambras y le acompañaban de su posada a la iglesia. Acuérdome que quando en la misa se volvía al pueblo, en lugar de *Dominus vobiscum*, decía en arábigo: *Y baraficum*, y luego respondía la zambra».

De esto no queda nada. La zambra gitana, hoy perfectamente industrializada, es otra cosa, y en la fiesta del Corpus queda bien como regocijo civil en sus espeluncas o en sus chumberas, tal vez en los maravillosos jardines del Partal. Lo gitano, tan parecido a lo árabe granadino como puede serlo una «samba» de Harlem a una danza escocesa, no llegará a fundirse con Granada mientras conserve en sus alcázares y callejones con bardas de jazmín ese rumor de aguas en que se espesa un silencio dramático. El «asunto» de Granada tiene la gravedad solemne de un lance entre caballeros, y lo que allí se consumó entre lo hispanocristiano y lo hispanoárabe fué el lance histórico entre dos versiones de la Caballería.

La Tarasca del Corpus es un injerto provenzal que no le da a Granada ningún carácter propio, pero tampoco merma a su grandeza jubilosa. Va delante de una custodia que donó la Reina Isabel a la catedral y que ha ido acumulando primores de Diego de Valladolid, de Téllez y de Serrano Salvaje a lo largo de los siglos XVI y XVII. Por las calles de la ciudad moderna, que tienen siempre el polvo huertano en sus escaparates de provincia muy al día, es un manso huracán de rosas, de juncia, de colores y aromas lo que cae desde cada marjal y cada «carmen» sobre el palio del Señor.

Queda luego la fiesta abierta, que hoy cuida primorosamente un alcalde universitario, de los que no sólo administran, sino que tañen su ciudad, don Antonio Gallego Burín. El festejo del Corpus difícilmente tiene en Granada el resuello aceitoso de los grandes desperezos populares, porque el signo andaluz de Granada, dígase más de una vez, es un grave señorío. Ya habrá en 1911 fiestas de aviación en Armilla, como en 1907 habrá ido a la estación toda la Granada oficial bajo mazas a recibir a los forasteros de los trenes botijos, o en 1900 unos bigardos llamados moros argelinos correrán la pólvora en el hipódromo. Pero siempre le llega a Granada su noche en el palacio de Carlos V, cuando la música sinfónica rebota en los escotes de las mujeres y se va con las tórtolas despiertas a lo alto de las torres y de los cipreses. Granada incorpora al Corpus su día y su noche enteros, su silencio, sus rumores y esa frescura de muerte que traspasa la sangre de quien la siente como Granada es.

Todo lo que en Granada tuvo comienzo y fin parece haber sucedido para que al paso de la hostia el sol de España resbale en las murallas de corteza sangrienta y caiga a proclamar entre el oro y las flores el triunfo de la Eucaristía.



La figura grácil y gentilísima de Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, reina apasionadamente amada por los españoles, acaba de ser objeto de un gran estudio histórico en que el saber y la crítica rivalizan con el arte de las pinceladas, debido al insigne miembro de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia don Agustín González de Amezúa, personalidad extraordinaria en el campo de la erudición hispánica del presente siglo.

Lo mismo los temas mayores de la política y la diplomacia que los más leves y risueños de las costumbres, los trajes, las fiestas, espectáculos, joyas, regalos y cacerías, como la psicología de los personajes y en especial de la protagonista, han sido prolija y amorosamente estudiados por Amezúa en este trabajo, ya indispensable para el conocimiento de aquella delicada mujer, que primero en vida y después en la Historia ha merecido el envidiable homenaje de ser llamada Isabel de la Paz.

Los altos y magníficos volúmenes de la obra, ricamente ornamentada con la iconografía más completa, honran a su autor y a la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, que la ha editado.

Y al restablecer la verdad en muchos puntos, alumbrando zonas oscuras y descubriendo otras inexploradas, «Isabel de Valois» honra sobre todo a España y al pasado español en uno de sus períodos más gloriosos y denigrados.

Reproducimos algunas páginas de Amezúa que revelan el vigor y la belleza de su cuadro.

I

DE LA VIDA DE LA REINA

La estancia en Aranjuez de Doña Isabel y de la Princesa, acompañadas de sus damas respectivas, duró trece días: del 16 al 28 de mayo de aquel año de gracia de 1560. Ingenuamente narrada por la incógnita redactora de su *Diario*, es uno de los más sabrosos episodios de su vida y valiosísimo documento además para reconstruirla y conocerla en este aspecto íntimo que adelanto ahora. No tiene igual ni parecido siquiera en la biografía de otras reinas, ni aun en la misma Doña Isabel: no porque el género de vida que allí hizo y los esparcimientos y solaces de que gozó no volviera a disfrutarlos de nuevo, bien en el mismo Aranjuez, bien en El Pardo o en Valsaín, sino porque de tales otras estancias suyas no se conserva narración tan fiel, circunstanciada e ingenua como de esta singular.

Era Aranjuez una de las residencias preferidas por Don Felipe, obligada en primavera, y a la verdad fundadamente. Todavía no se levantaba en su recinto el palacio que poco después, de 1561 a 1584, construirían, por orden de Felipe II, sus alarifes Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, y por ello, para alojamiento de las personas reales y de su séquito, utilizábase en 1560 una casita o pabellón de caza mandado edificar por Carlos V, donde malamente se cabía; pero, en cambio, la feracidad del terreno, los ardores del sol y la abundancia de las aguas de los dos ríos, Tajo y Jarama, que allí se abrazan, habían hecho ya de aquel sitio, por el testimonio de cuantos lo visitaron, españoles o extranjeros, un verdadero y terrestre paraíso, hasta el punto de que el nombre de Aranjuez pasó a nuestra clásica literatura como antonomásico de frondosidad, verdor y lozanía.

La noche de su llegada (16 de mayo de 1560), la Reina y la Princesa cenaron con

Isabel de la Paz
Y LA ESPAÑA DE SU TIEMPO

Don Felipe, cosa, como veremos, poco usual: él en medio de ellas, y en los otros cabos de la mesa, el Príncipe Don Carlos y Don Juan de Austria. Las damas de una y otra hiciéronlo juntas, y por cierto muy suculentamente, según refiere nuestra incógnita cronista. Al día siguiente, antes de las ocho, ya estaba en pie y vestida Doña Isabel para dar un paseo por los jardines en compañía de su mayordomo mayor, el buen conde de Alba de Liste. Ya en ellos, salió a su encuentro la Princesa Doña Juana, no menos madrugadora, y juntas ambas y madamisela de Borbón proseguían su recorrido, cuando a esto, por el puentecillo que comunicaba las dos calles de álamos, vieron que venía hacia ellas un hombre, caballero sobre un pollino, que llevaba pasteles de pescado o empanadas, que diríamos hoy. A la cuenta, hubo de picarles el hambre, porque tomaron al buen hombre cuantos pasteles quisieron para hacer con ellos su primer y rústico almuerzo, sirviéndose cada una de sus propias manos para beber el agua de un arroyuelo que discurría frontero. Más lejos encontráronse con una carreta, y a la Reina y a Doña Juana les entró el capricho de subir a ella en compañía del conde y de madamisela de Borbón, llegando todos en tan pintoresco atalaje, a través del bosque, a una granja, en cuyos prados pastaba un gran rebaño de vacas. A Doña Isabel y a Doña Juana, muy divertidas, al parecer, se les antojó también beber leche de aquéllas; pero como no hubiera allí ningún pastor ni tampoco tenían a mano vasija alguna, ordeñáronlas ellas mismas, sirviéndose para el caso... del propio sombrero de la Princesa. No contentas con eso, y como si tan desusado recipiente fuera la más limpia taza de plata de su real vajilla, hicieron además sopas en el mismo sombrero con el pan que llevaban... Un comentario sale al paso de este singular episodio: porque, ¿no es cierto que tan bucólica escena diríase arrancada de cualquiera de las estancias de María Antonieta, dos siglos después, en el pequeño Trianón, cuando las influencias rusonianas llevábanla a ella y a las damas de su Corte a buscar en la Naturaleza rústicos goces y artificiosas imitaciones pastoriles? Pues no pararon en esto las andanzas de nuestras divertidas heroínas; porque, a seguida, y sin mirar a su excelsa condición, horras de todo empacho, a falta de mejor cabalgadura, dice nuestra fiel narradora que montaron en unos asnos que pacían por allí y que de esta guisa llegaron a palacio, donde Don Felipe, que estaba almorzando solo, según costumbre, debió de recibirlas, aunque indulgentemente, no sin motivada extrañeza. Verdad es que tal carrera de pollinos no fué la única que hicieron ambas durante su estancia en Aranjuez.

No pierde en gracia y naturalidad otra de las jornadas que Doña Isabel y la Princesa pasaron juntas en aquel lugar deleitoso. Fué el 18 de aquel mismo mes de mayo de 1560. Apenas levantada, salió la Reina en busca de Doña Juana, quien ya la estaba esperando en los jardines. Habían hecho aparejar esta vez las hacaneas, y subió la Reina en una muy pequeña del cardenal de Burgos. Empeñóse, no obstante, doña Isabel en que su cuñada montase a caballo y al estilo francés, esto es, sobre silla con arzones, y no en jamugas, como era la costumbre castellana. Mas poco hábil, sin duda, Doña Juana en el arte equino, o por falta de costumbre, cayóse de la silla, aunque, por fortuna, sin daño para ella. Sin arredrarse en nada por el percance, animosa y decidida, volvió a montar de nuevo, y esta vez tan diestramente, que pudo galopar, tirando además desde la silla con su ballesta a un venado, al cual hirió. El desayuno de ambas fué este día más limpio y común que el del día anterior, y consistió en naranjas dulces, que, al uso castellano, comieron las dos sobre la hierba. Volvieron a palacio para almorzar, donde supo Doña Isabel que el Rey católico había salido de paseo, a caballo, solo, sin acompañamiento alguno.

En la tarde quisieron ver la Isla; mas al pasar la Princesa por un tablón que hacía de puente sobre un arroyuelo, o el madero estaba suelto o ella resbaló al pisarle, porque, perdiendo el equilibrio, cayó al agua. El remojón fué tan completo que tuvo que mudarse totalmente de vestido, y en la tarde un fuerte enfriamiento la hizo guardar cama. La Reina, entretanto, prosiguió su paseo; pero a la noche estuvo en la cámara de Doña Juana, acompañándola cariñosamente.

No siempre van solas a estas excursiones: con frecuencia las acompaña Don Juan de Austria, gran tirador de ballesta, cuya destreza admiran las dos damas, o más asiduamente el Príncipe Don Carlos, cuando le dejan sus habituales fiebres. Gusta sobremanera éste de la compañía de la Reina; pero es tan curioso y amigo de saberlo todo, que no deja de hacer preguntas a sus damas, rasgo de su carácter muy interesante para su extraña psicología.

Los domingos solían oír misa juntas Doña Isabel y Doña Juana en la cámara de ésta. Don Felipe rara vez va con ella, pues suele cumplir el precepto en una ermita vecina a Aranjuez. Solas también, unas veces en el jardín y otras en el terrado, acostumbran a comer las dos; y cuando el Rey católico, rompiendo su práctica habitual, lo hace con ellas, terminado el yantar, las deja invariablemente para dormir una larga siesta, costumbre que conservó toda su vida y confirman en sus *Relaciones* los embajadores venecianos. La Reina y la Princesa aprovechan esta soledad para que en la explanada delante del palacio bailen sus pintorescas danzas cuadrillas de serranas y labradoras de los pueblos circunvecinos, y entre ellas la famosa *de espadas*, en la que son primas y populares las mozas de La Sagra. A veces, para distracción suya, manda Don Felipe también que se corran toros, espectáculo que presencian los tres, llevándose luego el Rey a Doña Isabel para cenar juntos.

Cierta límpida mañana de aquel mes de mayo, un fenómeno solar llenó de asombro y estupor a todos cuantos residían por aquellos días en Aranjuez. Sobre las once de ella acertó a verse alrededor del sol un gran círculo en forma de arco iris y a cada lado de él sendas imágenes rutilantes de extremada blancura, a modo de cruces de Borgoña. Nadie pudo explicarse entonces la causa de aquel prodigio, que no era a la postre sino un simple parhelio, un tanto embellecido por la fantasía de la narradora.

Más nuevos e interesantes para el cabal conocimiento del verdadero carácter de Don Felipe han de parecernos, sin duda, dos episodios de este *Diario*, que sorprenderán a buen seguro también a cuantos no se le imaginan sino encerrado de por vida en su sombría cámara, cubriendo de enmarañadas apostillas los despachos y memoriales que sus secretarios le presentan. ¿Quién se figura, en efecto, al Rey Prudente muy entretenido y ocupado casi un día entero en la campestre faena del herradero de los potros de su real yeguada? Son cerca de trescientos los que pastan en los cercados de Aranjuez, de todas las razas conocidas, los más de bellísima estampa, a los que se ponen como marca las dos letras *P* y *E*, iniciales de los regios consortes, con sendas coronas encima, mientras ellos presencian los divertidos incidentes propios de esta pastoril ocupación. Y grande debe de ser la pasión que Don Felipe siente por los caballos, cuando otra tarde, acompañado también de Doña Isabel, hace que le traigan delante de la casa algunos potros escogidos de su misma yeguada, a los que él mismo con su mano dará de comer. No puede, ciertamente, negarse que cuando se bucea en la Historia con limpio propósito, buscando tan sólo la verdad, ella nos paga con estos hallazgos, futilidades y nonadas en la apariencia, pero que, bien mirados, no dejan de encerrar singular significación y valor.

II

EL REY FELIPE EN EL DRAMA DE SCHILLER

SCHILLER no pudo sustraerse tampoco a aquella tendencia a la abstracción y al simbolismo que, a juicio de los mismos críticos alemanes, ha sido siempre una de las grandes plagas del arte germánico; y así, haciendo caso omiso de la verdad histórica, y sirviéndose de aquellos personajes reales como de puras entelequias y encarnaciones simbólicas de sus teorías filosóficas, convirtiólos en declamatorios prototipos de vicios y virtudes, en cuyos labios se ponen las ideas más falsas y anacrónicas, poseídos de una furia precipitada, de un frenesí vesánico, como sombras abstractas que vagasen fatales y alocadas por la escena, carentes de todo realismo, reñidos con aquella verosimilitud de la que nuestros preceptistas clásicos hacían alma y sustentación en toda obra artística, que la da vida perenne: así se explica el fracaso teatral en que cayó su *Don Carlos* el día mismo de su estreno. Porque, para el debido y sereno enjuiciamiento del *Don Carlos* justo es separar al literato del historiador, cuyas respectivas posiciones ante el famoso drama son, a la verdad, en un todo distintas y aun opuestas. El primero, quiéralo o no, por amante que sea de la tradición española, como lo fué Menéndez Pelayo, se verá arrastrado y preso por aquellas notas personales de Schiller que tanto brillaron en todas sus obras, singularmente en las de su edad juvenil, y que nuestro profundo crítico admirablemente condensó en aquellas rápidas y briosas pinceladas suyas, acabado retrato del gran vate alemán: «... entusiasmo, pasión noble, elevación generosa y magnánima, idealismo puro», y por eso la belleza incomparable de su forma, aquella aspiración desinteresada del poeta hacia un mundo mejor, más justo y bueno, su vuelo poético genial en ansias de una quimera que transfigure y purifique por las solas fuerzas de la verdad y del bien a una humanidad doliente y oprimida, su misma arrebatada creación de aquel ensoñador marqués de Poza, a quien entrega y transfunde su propia alma, con anhelos de un cosmopolitismo generoso que



junte a todos los hombres en un abrazo de universal amor, son valores literarios, ciertamente, de la más subida calidad, que atraen y subyugan a cuantos consideren tan sólo a su *Don Carlos* como una obra exclusiva de arte. Mas cuando el historiador cierra sus oídos a estos engañosos encantos y se enfrenta con el drama para analizarlo fría y objetivamente en todo lo que tiene de evocación y pintura de una época que pasó; cuando a la luz de los libros y documentos que auténticamente la retratan toca tantos y tantos dislates como el drama contiene, dislates de todo orden, cronológicos y biográficos, con el falseamiento de los caracteres, su deformación total, aquel absoluto desconocimiento suyo del medio en que coloca la acción, hasta rayar a veces en lo ridículo y pueril; cuando Schiller, altísimo poeta, no desdeña de servirse de lo folletinesco y patibulario, atribuyendo imaginarios crímenes a sus personajes, inventando episodios que nunca acaecieron, con absoluto menosprecio de la verdad histórica, para lograr así rebuscados efectismos escénicos, obra todo de una pasión fogosa interior, venero fecundísimo y admirable, sin duda, para todo ingenio creador, pero vedado en absoluto para quien intente a la vez hacer historia, cabe preguntar: ¿Es lícito a un poeta, por muy grande que sea, falsificar la historia de este modo y corromper la verdad, en universal difamación de una época, de un pueblo y de un monarca? ¿Qué protesta indignada no hubiese levantado la crítica europea si un Lope, un Calderón o cualquiera de nuestros dramaturgos, tomando por sujetos a Francisco I, a Enrique IV o a Luis XIV, no obstante haber sido públicos y escandalosos amadores, les hubieran sacado a las tablas del teatro, cargados de infamias, tiranías y crímenes? Se dirá que en materia literaria, las únicas leyes que imperan son las estéticas; que los poetas gozan de aquella licencia que la voz autorizada de la antigüedad generosamente les concedió; que al vuelo de la fantasía y de la creación no debe ponérsele frenos, para que así pueda escalar las más altas cimas; pero, con todo eso, también es cierto que, sobre todo artista, por muy genial que sea, pesa una ley moral que le veda causar, conscientemente o por inexcusable ligereza, un daño grave, y ninguno mayor que convertir la pluma en instrumento de calumnia, difamación y escándalo. A nosotros, los españoles, tiene que dolernos muy justamente el desenfadado menosprecio con que Schiller hizo tabla rasa de la verdad histórica, entrando de ligero en uno de los más gloriosos reinados de nuestro Siglo de Oro, que sale de sus manos cubierto de oprobio e ignominia. El daño que con ello hizo al buen nombre y crédito de España en el mundo culto fué inmenso, porque la resonancia que alcanzó su drama, las bellezas literarias que parcialmente contiene, su difusión mundial al traducirse a todas las lenguas cultas, los innúmeros estudios críticos que de él se han hecho, fueron, en suma, como una consagración oficial de todas sus calumniosas especies, como un fallo condenatorio de la Edad Moderna contra la España antigua, suma y compendio, para el poeta alemán, del fanatismo, de la crueldad y de la tiranía.



III

ASI MURIO ISABEL DE LA PAZ

ALLA está, en efecto, la Parca con su fea catadura, tal como la pintaban en las xilografías de sus márgenes los *Libros de horas* de su tiempo, llamando a la Reina para que se aprestase a bailar con ella su trágica *Danza*. Nadie se libra de hacerlo: ni el Papa, ni el Emperador, ni el letrado, ni el villano, ni el magnate; en aquellas viejas estampas se la ve armada de su cortante guadaña o empuñando la pala del sepulturero, rota, andrajosa y descarnada, asiendo de la mano, con sarcástica mueca, a todos los vivos, porque, como dijo el Apóstol: *Statutum est hominibus semel mori: Mandado está que el hombre muera una vez.* Con todo esto, bien está la muerte cuando, con el correr de los años, los goces de la vida apurados, y exhausta, trajeron el hastío, el *tedium vitae*, que hace pasadero y hasta gustoso el finar, como dijo el gran poeta lemosín Ausias March; pero morir ella, Doña Isabel, casi niña aún, en el esplendor de su belleza y de sus gracias, en la cima de su poder, respetada y querida de sus vasallos todos, esposa del monarca más poderoso de la tierra; ella, para cuyos caprichos y deseos el mundo todo parecía breve y angosto, forzada a abandonarlo cuando la vida tanta felicidad y dicha teníanla guardadas, ¡cuán duro y cruel era en verdad! Con todo eso, tan amargo paso tampoco la turba ni acongoja. No es menester que el viejo maestro toledano Alexio Venegas acuda a confortarla en esta hora temerosa con todas las consideraciones ascéticas de su áureo tratado *Agonía del tránsito de la muerte*, para que ella, como verdadera cristiana, la reciba en paciencia y la acepte con conformidad.

Porque si viene la Muerte por ella, allá está ella también serena, entera, impávida, para enfrentarse con su poder, para vencerla, siquiera sea un instante, con la renunciación cristiana de su vida. *Mors et vita duello confixere mirando: La Vida y la Muerte han entablado un estupendo combate,* reza la vieja secuencia medieval; pero si la Muerte triunfa esta vez, porque *statutum est hominibus semel mori*, en este duelo, nuestra Reina dará las últimas muestras del temple de su alma. No la teme, no; mírala cara a cara, imperturbable, y ni por un momento se acobarda. Y así, cuando a media mañana entran en su cámara el cardenal Espinosa, presidente del Consejo Real, y el obispo de Cuenca y confesor de Don Felipe, fray Bernardo de Fresneda, a despedirse de ella y consolarla en el acerbo trance por que pasa, como el primero le recordase entonces que dos meses antes, al tiempo de condolerse con Doña Isabel de la muerte de Don Carlos, le había dicho él que en breve daría a luz un hijo que restaurase la pérdida del Príncipe y fuera el heredero y sucesor de la gran monarquía de su esposo, cuenta López de Hoyos que, tomando la Reina un crucifijo que tenía junto a sí, lo levantó animosa, diciendo estas o parecidas palabras: *«¡Este es, cardenal, el Príncipe que yo había de concebir en mis entrañas; éste es a quien yo esperaba; éste es el Príncipe de España que todos debemos desear, pues todo lo de este siglo es tan inconstante y variable; éste es el verdadero Rey de España, Señor de todo el mundo, refrigerio y consuelo de mi ánima y en quien yo confío me ha de salvar!»* Y tras este admirable apóstrofe, no quitándosele de su memoria el recuerdo de sus queridas damas, que dejaba tras ella, impetró asimismo del prelado ayuda y protección para todas. No son menos valientes las palabras con que Doña Isabel contesta a la breve plática que el obispo de Cuenca la hace, exhortándola a que se desprendiera de su reino, perecedero y transitorio, para ir a gozar del eterno y beatífico de los bienaventurados: *«Yo voy contenta, por cierto—díjole—, y doy muchas gracias a Dios, que me ha tomado la muerte en buen juicio, para que conozca la merced que El me hace en que muera en su santa fe católica.»* Salidos los prelados, después de recibir la Reina su bendición, dispusieron que se hiciese sin demora, y en rogativa de su salud, una procesión solemnísima, la cual partió, en efecto, de la iglesia de Santa María, con los cabildos y cruces de todas las parroquias, cofradías y conventos de la villa, presidida por el mismo cardenal, y a la que se agregó innúmero concurso de caballeros y pueblo madrileño. La nueva de la extrema gravedad de su Reina de la Paz había corrido rápidamente por la Corte, causando en ella vivísima sorpresa e indecible dolor; todos se espantaban de que en tan pocas horas hubiese llegado Doña Isabel a este trance, que parecía no tener ya humana cura.

Teníala Dios guardada para que ella cerrase la cadena de su vida con un broche magnífico, en el que resplandecería por última vez aquel amor tan vivo y constante que siempre había profesado a los suyos, siendo a la vez hermosa protestación de su fe cristiana, que tan honda sintió siempre, y por la que tantas batallas había librado para su defensa, ora con su pluma en sus epístolas familiares, ora con su palabra durante los duelos diplomáticos de Bayona. Cuenta M. Fourquevaux que aquella misma mañana del día de su muerte, y antes de que alborease, vino Don Felipe a verla, y ya al lado de ella, Doña Isabel despidióse de él con sentidísimas palabras, tales como nunca jamás—dice el primero—habían salido de sus labios, rogándole de nuevo encarecidamente que después de su muerte mirase por sus hijas, las Infantas; por la buena amistad con su madre, Catalina, y su hermano Carlos IX, por la paz de Francia y por el porvenir de las damas de su servidumbre, con otras frases—dice el embajador—dignas de admiración, y bastantes para traspasar el corazón de un buen marido como era Don Felipe. Este la prometió que así lo haría, aunque sin creer aún que la enferma se hallase en tan extremo peligro, retirándose luego a su cámara lleno de congoja y de tristeza.

Pocos días antes había llegado a Madrid un gentilhombre francés, M. De Lignerolles, enviado por Catalina como emisario suyo para tratar los asuntos religiosopolíticos, a la sazón muy enconados entre una y otra Corte, y como sobre las cinco de la madrugada se agravase la Reina, anunciando un rápido fin, don Juan Manrique—probablemente por orden del Rey—mandó un aviso a M. De Fourquevaux para que viniera a palacio, como lo hizo en seguida, acompañado de Lignerolles, penetrando ambos en la alcoba de la Reina. Hallábase ésta, como lo estuvo durante todo el curso de su enfermedad postrera, en plena lucidez y con el habla expedita, dándose cuenta perfecta de su estado; y así, tan pronto como vió a Fourquevaux, con quien tantas y tan confiadas pláticas había tenido, dirigiéndose a él, con voz entera y clara, y en su francés idioma, común a ambos, le enderezó estas palabras:

«Señor embajador: Ya vos me veis en camino de dejar muy presto este mundo miserable para ir a otro reino más agradable, donde espero estar cerca de mi Dios en la gloria, que jamás tendrá fin.»

Ya tiene, pues, Doña Isabel arregladas y listas sus cuentas con el mundo; ahora hay que aprovechar los pocos minutos que la restan de la vida para dedicarlos a Dios, con la oferta generosa de su alma. Su confesor, fray Diego de Chaves, ha traído del relicario de la capilla el magnífico *Lignum crucis*, riquísimamente engastado en oro y pedrería, que aplica a los labios, casi fríos ya, de la Reina, la cual, besándolo con grandísimo fervor, decía: *«Señor mío Jesu-Cristo, haced misericordia de mi alma; vuestra soy, mi Dios. Vos me criastes y redimistes; miradme, Señor, con vuestros ojos de misericordia, aunque haya sido descuidada en vuestro servicio y no haya granjeado con vuestros dones tanto como debía para que mereciese vuestro sancto reino.»* Y juntamente con estas plegarias dice López de Hoyos que de sus labios trémulos salían otras jaculatorias fervorosas, ora dirigiendo sus miradas a la Virgen sin mancilla, aquella misma que, pintada en un lienzo por Jorge de la Rúa, tenía a la cabecera de su cama; ora invocando a los santos de su especial devoción: San Francisco, el Angel de su guarda y San Luis, Rey de Francia, para que le sirvieran de intercesores y patronos con la justicia divina en su agonía y tránsito mortal.

Eran las doce y media del día; sus labios trémulos besan fervorosamente el crucifijo que le presenta fray Diego de Chaves; pero, clara aún su inteligencia, todavía tiene fuerzas para contestar a las jaculatorias con que éste la conforta en su agonía; y cuando fray Diego advierte que la vida se la escapa, pídela que rece el *Credo*; mas al llegar casi a las últimas palabras de él, profiriendo el dulce nombre de *Jesús*, cae en un desmayo profundo, y tras él, apenas sin estertor ni hacer visaje alguno, «con la mayor serenidad y sosiego que se puede creer», tan dulcemente que nadie pudo darse cuenta de ello, entregó su alma a Dios. Refiere Fourquevaux que unos momentos antes de morir Doña Isabel abrió sus ojos *«clairs et luisants»*, y mirándole fijamente, parecióle a él que todavía le hacía con ellos un postrimer encargo que ya sus labios no podían proferir.

LOS TECNICOS ESPAÑOLES EN EL IMPERIO AZTECA

Por J. GIL MONTERO



CUANDO llegaron nuestros compatriotas al Imperio de los Aztecas encontraron una gran riqueza en yacimientos de distintos minerales, que eran beneficiados por los indígenas sin grandes esfuerzos ni complicaciones técnicas. La abundancia hacía innecesario todo tecnicismo para extraer más de lo que necesitaban; los ópalos, ónices y otras piedras preciosas apenas eran estimados por ellos. Para el laboreo de las minas los caciques indios establecían un turno de trabajo o *mita*, en el que entraban por sorteo la cuarta parte de los hombres libres de cada pueblo, recibiendo salarios, alimentos y recursos para desplazarse. Trabajaban especialmente la plata, el cobre y el plomo, y, por medio de socavones, extraían petróleo de los yacimientos existentes en lo que hoy constituye el Estado de Veracruz. Pero los españoles aportaron tan considerables perfeccionamientos a los métodos indígenas, que muy pronto surgieron normas y procedimientos eficaces, creándose una técnica minera que prosperó rápidamente y se ofreció como ejemplo a toda Europa.

Hacia los años 1505 ó 1506, según cuenta el P. Las Casas, un vecino de la Vega, en La Española, había obtenido por primera vez azúcar en las Indias, empleando ciertos instrumentos de madera para exprimir el zumo de las cañas; diez años después, el bachiller Velloso lo perfeccionaba en la ciudad de Santo Domingo por medio de los primitivos molinos denominados *trapiches*. Siguiendo la tradición científica de los árabes, fundaron los nuestros en distintos puntos de México y Perú fábricas de loza y de vidrio, un siglo antes de que éstas fueran implantadas en Inglaterra por los venecianos. Los Corteses, los Pizarros y los Balboas fueron seguidos por los misioneros, los juristas y los técnicos; al lado de los hechos de armas, se realizó una labor científica, a la que se daba tanta importancia como a aquéllos en los informes que se enviaban al Rey, creándose poco a poco, al lado de la gran empresa militar, un inmenso campo de estudio y de trabajo, un laboratorio gigantesco, que aportó el fruto de numerosas conquistas científicas del mayor interés a Europa, donde los conocimientos de minería eran rudimentarios y, por desconocerse las propiedades de muchos minerales y escasear los técnicos competentes, había infinidad de yacimientos abandonados.

Pedro de Alvarado, conquistador y adelantado de Guatemala, informaba a Cortés de que, en Chapotulán, había encontrado una sierra de alumbre, otra de acije (caparrosa) y otra de azufre, y añadía: «Este azufre es tan bueno que, sin refinarlo, hice media arroba de pólvora buena.» Nuño de Guzmán, en Pánuco y Jalisco, canalizaba y regularizaba los cursos de agua para fertilizar el suelo, creando una agricultura nueva; organizaba el laboreo y beneficio de los yacimientos de minerales y abría caminos para su mejor explotación y aprovechamiento. Se cultivaba la morera y se producía seda; se extendían y perfeccionaban los cultivos de cacao, vainilla, tabaco y añil, ya conocidos por los indígenas, y se implantaban otros nuevos; se fabricaba mucho y buen jabón, especialmente en Puebla, México y Guadalajara, donde también se trabajaba el carey.

Abundaba enormemente la plata en las jurisdicciones de Fresnillo a Ibarra (Zacatecas), Pachuca, Oaxaca, Guanajuato, San Luis de Potosí y Colima, dando lugar esta superabundancia a bellas leyendas y ficciones literarias, tanto en México como en Perú. En 1544 había ya fundiciones donde se fabricaban grandes campanas y excelentes piezas de artillería. No había población de mediana importancia donde no se trabajara la plata. Blancos, mestizos e indios rivalizaban en ello, fabricando candelabros y otros objetos suntuosos, de bronce dorado, y vajillas de plata, que decoraban con motivos vegetales tomados directamente de la Naturaleza y estilizados luego en la Academia de Bellas Artes y en las escuelas de Dibujo de México y Jalapa.

* * *

La metalurgia de la plata, que efectuaban los indígenas por fundición del mineral, resultaba cara y de muy escaso rendimiento cuando los minerales no eran muy ricos. Pero fué perfeccionada por el minero sevillano Bartolomé Medina, que había desembarcado en México el año 1554. Dos o tres años más tarde llevaba a la práctica su procedimiento de amalgamación en frío, en las minas de Pachuca, que ya eran explotadas por los indios y habían adquirido un desarrollo extraordinario con el concurso de los españoles. El procedimiento de Medina, que todavía se practica hoy en algunos lugares de América del Sur, con el nombre de «amalgamación en el patio», consiste en extender sobre un piso bien pavimentado el mineral de plata y hacerlo pisotear por varias caballerías, incorporándole el mercurio en varias adiciones, seguidas de otros tantos pisoteos, que se prolongan de dos a cinco meses, al cabo de los cuales se lava la amalgama y se separa de ella la plata por evaporación del mercurio. Este procedimiento fué perfeccionado por Juan de Capellín con la adopción del cono o campana de hierro llamada *capellina*, con que se cubrían las tortas de amalgama, para perfeccionar la operación.

Un inconveniente tenía este procedimiento: la falta de mercurio, que había que enviar desde España, hasta que el descubrimiento de nuevos yacimientos de cinabrio, en México y Perú, permitió disponer de él con más abundancia, a la vez que se establecía relación e intercambio de métodos y procedimientos entre peruanos y aztecas, entre sí y con España. De México fué llevado a Perú el procedimiento de Medina, modificado por Rodrigo Torres Navarro, para adaptarlo a las características especiales del mineral peruano; de Perú se llevó a México el procedimiento de amalgamación en caliente inventado por Alvaro Alonso Barba, que con los de copelación, debidos también a éste, hizo prosperar notablemente la minería en el Nuevo Continente. Y de México vino Juan Alonso Bustamante, que era allí mayordomo de algunas minas de cinabrio, trayendo e implantando en Almadén el sistema de los *aludeles*, que aunque en su origen se debía a Lope de Saavedra, médico de las minas de Huancavélica, en el Perú, conserva entre nosotros el nombre de su importador por la notable mejora que con su implantación se advirtió en las minas de Almadén, que atravesaban una grave crisis.

* * *

En el último tercio del siglo XVI se establecieron en Tezcoco, por iniciativa y con apoyo del Virrey D. Francisco de Velasco las primeras fábricas de paños; en el siglo XVII funcionaban en México distintas industrias metalúrgicas y arsenales, que competían, por la bondad de sus trabajos, con los establecimientos europeos; la técnica minera de todo el mundo se nutría principalmente de aportaciones españolas y se multiplicaban los escritos, noticias e informes emanados de la investigación de los nuestros.

En el Real Seminario Patriótico de Vergara, que fué cuna de la química española, se trabajaba activamente, estudiando las propiedades de los minerales americanos y ensayando nuevos modos de mejorar su beneficio. Junto a los hermanos Fausto y Juan José Elhuyar y otros químicos españoles, trabajaban los franceses Proust y Chavaneau. En 1788 fué nombrado don Fausto Elhuyar, director general de Minas de México, donde organizó la mejor explotación de los minerales y fundó y dirigió una Escuela de Minas, dotándola de tan excelente material científico, que el barón de Humboldt afirmaba con admiración que en ninguna ciudad del Nuevo Continente, sin exceptuar los Estados Unidos, había establecimientos científicos tan grandes y sólidos como aquella escuela, en cuyos magníficos laboratorios estudiaron los nuevos problemas de la Química con tanta o más perfección que en España.

Tan intensa y activa labor fué altamente beneficiosa y fructífera. Trabajando en la más amplia convivencia con el indígena, sin prejuicios raciales—tan arraigados en el Norte, al calor del protestantismo—, poniendo en la obra colonizadora lo mejor de su espíritu en todas las ramas del saber, los frutos del esfuerzo español se dejaron sentir en toda Europa, donde empezaron a llegar grandes cantidades de plata, acogiéndose con entusiasmo los nuevos procedimientos metalúrgicos.

No importa que hayan silenciado este esfuerzo, en voluntaria ignorancia, tanto tratadistas tendenciosos o indocumentados, con las excepciones honrosas de Fuchs, Launay, Humboldt y otros, que lo reconocieron en sus libros. La labor inmensa y fecunda que realizaron los nuestros está en pie y es ya unánimemente reconocida dentro y fuera de aquellos queridos territorios incorporados por España a la civilización y a la fe.





Genio y figura del siglo

por M. FRAGA IRIBARNE

PLANTADOS a mitad del siglo XX, en las cercanías del segundo milenio de nuestra Era, con razón los hombres de nuestro tiempo se preguntan cuál es el cariz, la verdadera faz de esta centuria. En el gran dilema humano de *irse* y de *quedar*, en la agonía personal y social de *no pasar* del todo, de dejar detrás de sí historia, y no sólo ruinas, a pocos humanos habrá atormentado más que a nosotros, contemporáneos de Picasso y de Mao-Tse-Tung. Con razón son muchos los que se preguntan a qué se va a parecer nuestra obra, nuestra vida hecha muerte; como lo hace de modo brillante Alfred Fabre-Luce en su gran libro «El siglo se configura», que EPESA acaba de ofrecer al público de habla castellana.

El siglo XVIII ha *quedado* como el «siglo de las luces»; el XIX, como la centuria del «progreso». Mas parece que el siglo XX rompe la línea, y que el segundo milenio no lo será en el sentido del milenarismo romántico a lo Mickiewicz, ni en el más chato y aburguesado de los progresistas liberales. Ni la Jerusalén celestial hecha terrena, ni Humanidad redimida por la técnica y la democracia. Frente a las promesas del fin de siglo, pocas veces han contemplado las generaciones pasadas más horrores, derrumbamientos, incendios, guerras, revoluciones, enfermedades, desgracias individuales y colectivas; hasta la faz demoníaca de la Naturaleza, que parecía domada por la Ciencia moderna, la ha desborado como a un aprendiz de brujo, y entreverado con la estreptomicina y los «frigidaires», nos ha espetado la bomba de hidrógeno, y lo de menos es ya que llegue a estallar: *está ahí*.

VATICINIOS

Las profecías han cambiado de signo. Todo son trenos apocalípticos. Marx nos habla de la gran catástrofe de la lucha de clases; Hítler, de la apocalíptica guerra de razas; Pareto, de la decadencia de las «élites» que ha creado nuestra civilización; Spengler, del hundimiento de Occidente; Toynbee, de las siete pulsaciones de los ciclos culturales, cada vez más débiles, hasta la muerte irremediable. Y la experiencia reciente parece confirmar estos sombríos vaticinios. Al día siguiente de la Guerra mundial número 1, Paul Valéry escribía: «Nosotras, las civilizaciones, sabemos ya que somos mortales.» ¿Qué hubiera dicho hoy en este mundo lleno de ex-cosas?

A su vez, no es menos cierto que, como ya decía Alexis Carrel (y el propio Toynbee lo subraya), ahora, por primera vez, una civilización conoce las causas de su propia decadencia, y no faltan grupos que intentan en serio enfrentarse con ella. Precisamente por ello estas consideraciones no tienen un matiz decididamente pesimista, sino que son, o quieren ser, un revulsivo realista.

CRISIS

Un siglo son, más o menos, tres generaciones. No importa mucho desde cuando se empiezan a contar. Podemos arrancar de 1898 (Guerra hispano-norteamericana), o de 1904 (Conflicto ruso-japonés), o de 1914 (empieza la Guerra mundial número 1), o de 1916 (los carros de combate aparecen crujiendo en los fangales del Somme, revolucionando la técnica moderna). Lo mismo da. Lo que parece claro es que las generaciones de nuestra centuria van a vivir en crisis permanente. Ortega y Gasset ha trazado un buen esquema psicológico de las crisis. Los hombres o los grupos han abandonado sus convicciones y no han prefabricado las que debían sustituirlas. Pero hay más, sin duda, que este elemento subjetivo. El mundo que se nos hunde a cada paso, los palos que se nos caen del sombrajo, no son sólo de orden lógico o moral; son las mismas *estructuras* (frente a nuestros *sistemas*) lo que se hunde. El asombro de los capitalistas que vieron hundirse la estructura económica mundial entre 1929 y 1934 no ha sido suficientemente profundo. Recuérdese que por aquellos años, entre otros fenómenos, se inicia el New Deal (Norteamérica abandona el «laissez faire»); se instaura el nazismo en Alemania (se decide la convulsión social de Europa); se rompe el equilibrio en la III República francesa; se conmueve la América española (crisis argentina, guerra del Chaco, primeros brotes indigenistas); Japón lanza su primer gran impacto en Manchuria (crisis definitiva de la Sociedad de las Naciones); cae Primo de Rivera y adviene la II República española... Poco después, la guerra de Abisinia y nuestra guerra de Liberación. A los pocos meses, la Guerra mundial núm. 2. Hoy, la guerra fría y sórdida, la liquidación de los Imperios coloniales, la India independiente y dividida, la ONU hecha ópera cómica, y la gran China en manos del comunismo.

No es una serie de crisis: es una crisis total. Ni los mapas ni las estadísticas, ni los planes; nada dura un año. Ya nos hemos acostumbrado a ello, y los maestros de escuela, los padres de familia y los arquitectos esperan a que el siglo *tome figura*. Quien mira a la sociedad, lo ve difícil. Porque las masas se han vuelto ciegas e indóciles, y no se ven minorías capaces de dirigirlas. Quien contempla la política, comprueba que el constitucionalismo y el parlamentarismo han agotado todas sus posibilidades, sin que por ahora se les advierta sustituto. Y si nos asomamos al panorama internacional, y como Emery Reeves queremos hacer la *anatomía de la paz*, la cabeza nos da vueltas y preferimos retirarnos. Crisis, repetimos. Y sobre todo, crisis de valores, falta de todo plano de sustentación. Desde el siglo XVIII, Europa sigue la medicina del doctor Sangredo: se sangra todo lo que la molesta; es anticlerical, antitradicional, anarquista. Ahora no tenemos pulso. Se puede ser anticlerical dentro de una sociedad religiosa; antitradicional en una sociedad con tradición; anarquista cuando existe autoridad. Ahora nos falta todo, y reconstruir es difícil.



MEDIDA

Nos falta, sobre todo, la medida, la divina medida, el «metrón» de los griegos, la «mensura» romana. Pensemos en la moneda; a fuerza de tanta inflación, devaluación, estabilización, etcétera, ya no sabemos qué es una peseta o un franco. André Siegfried ha observado a este respecto que es como si nos hubiéramos permitido el mismo lujo con las unidades de longitud o de peso. Un hombre tendría, según las cotizaciones, un kilómetro de estatura o una tonelada de peso. A fines del pasado siglo, una libra o un franco eran unidades tan serias como un litro o un gramo; hoy incluso las divisas que pasan por sólidas han dejado de ser medidas: son instrumentos de especulación, son armas (por algo se dice que, v. gr.: el dólar y el franco suizo son divisas *duras*).

Es sólo un ejemplo. Pero es claro que si fallan hasta las unidades, la medida se hace imposible. Piénsese en otras: el kilómetro cuadrado, las distancias en general; o del otro lado, en las nuevas unidades físicas (la millonésima de segundo, la diezmilésima de milímetro), totalmente fuera de nuestra apreciación. Einstein nos ha derribado nuestro viejo y confortable espacio de tres dimensiones, para que nunca sepamos lo que podrá venirnos por la cuarta.

EQUILIBRIO

Sin medida no hay equilibrio. Ya el *equilibrio* es un concepto mecánico, puramente físico, inferior a la idea metafísica de *orden*. Toda la fe liberal en juegos naturales de frenos y balanzas, en lo político, en lo económico, en lo social, se viene abajo. Desequilibrio quiere decir inflación en un sitio y deflación en otro: ruina de los dos. Desequilibrio es arrojar el trigo al mar en América, mientras seres humanos se mueren de hambre en Asia; o quemar café en las locomotoras brasileñas, mientras nosotros tomamos achicoria. Desequilibrio es atravesar el Atlántico (verdadero «charco» hoy) en veinte horas, y tardar veinte días, o meses, en obtener los visados necesarios.

UN MUNDO

En América se ha hecho muy popular el título del libro de Wendel Wilkie, «One World». Y es cierto. Por primera vez en la Historia del planeta, éste forma una unidad estructural y, sobre todo, de *ritmo*, como subrayó Wagemann. España inició este gran proceso unificador. «Le soulier de Satin», de Claudel, es el gran testimonio poético de esta primacía. La II Guerra mundial ha hecho definitivamente mecánica y automática esta unidad, sembrada de bases navales y aeródromos. Ahora bien; precisamente por esta grandiosa unificación ecuménica es más peligroso el desequilibrio. Un mundo cuya unidad estructural le impone la racionalización funcional, está partido en dos por la gala del telón de acero, y en las conciencias por una serie de telones ideológicos aun más radicales y tenebrosos. Es un lujo difícil de sostener.

A su vez, si en función de la unidad estructural del orbe hemos querido ir racionalizando, unificando, coordinando nuestros sistemas, es lo cierto que, posiblemente, acertados en los principios, aun no hemos dado con las fórmulas adecuadas. Así, la *seguridad colectiva* ha servido, no para suprimir los conflictos, sino para impedir su localización y hacer posible que con el pretexto de Dantzig se pelee de polo a polo. Las *nacionalizaciones*, otro de los grandes mitos de nuestro tiempo, parece que, como los barcos en conserva, navegan siempre al ritmo del más lento. Y hemos descubierto en toda política intervencionista (muchas veces, a pesar de ello, inevitable) una curiosa ley de *improductividad marginal* enormemente alarmante.

MASAS

Y, sin embargo, el proceso no puede detenerse. La moderna sociedad de *masas* impone un mínimo de *planificación*. En un cruce donde atraviesan dos vehículos cada hora, es innecesario el control; si pasan dos cada segundo, hacen falta señales de tráfico. Buenos Aires no podía tener el mismo alcantarillado en su época virreinal, que hoy, convertido en una metrópoli mundial. La población y la industrialización han crecido de tal modo en siglo y medio, que no hay opción. Pero, a su vez, la sociedad de masas no sólo es complicada, sino *deshumanizada*, desalmada; por eso, al ser mecanizada, se hace todavía más peligrosa, y la planificación se convierte fácilmente en totalitarismo más o menos consecuente. Y conste que en este sentido la trayectoria es la misma en Magnetogorsk o en la T. V. A. Y se plantea el gran dilema suscitado por Karl Mannheim: «¿Quién planifica a quién?»; que no es sino el viejo «¿Quién guardará a los propios guardianes?»

AUTORIDAD

No es posible planificar sin la concentración y el empleo de grandes contingentes de *poder*. Por desgracia, cuando más falta hace el poder, más se nos enfuma la *autoridad*. El elemento esencial de ésta, la *legitimidad* (en cuanto vivencia de los gobernados, sin entrar en sus raíces últimas), ha periclitado en la crisis del siglo. Catorce testas coronadas han sido liquidadas en Europa desde 1917; y la verdad es que la legitimidad monárquica aun no ha hallado sustituto. Otras dos grandes vigencias, una de siempre (las aristocracias), y otra específicamente moderna (el liberalismo), se han hundido en los últimos decenios. Y reyes, notables y libertades son reemplazados por los macabros mitos del siglo XX: marxismo, racismo, etc.

PAZ Y GUERRA

Maquiavelo escribía a su gran contemporáneo Guicciardini, el 3 de enero de 1525, lo siguiente: «...siempre en mis recuerdos hubo guerra o se habló de ella; ahora se trata de hacerla; dentro de poco se hará, y cuando termine, se volverá a discutir sobre ella.»

Seguramente es así, y la guerra es inseparable del ser humano. Pero la vieja utopía de la paz perpetua ha venido a tomar cuerpo en nuestros días del modo más notable, provocando las guerras más espantosas en aras de la paz. De Raimundo Lulio y el abate Saint-Pierre hay un gran trecho a la Sociedad de las Naciones, la ONU, y Emery Reeves (o Garry Davis). Pero si la utopía es la misma, el tiempo la ha hecho más peligrosa. Como las de piedra, bronce, hierro y pólvora, se ha abierto la era atómica. Los recientes progresos en el arte de la guerra hacen más peligrosos que nunca los pacifismos, que maniatan al justo entre los malvados.

De hecho, a fuerza de hablar de paz, ya ni sabemos terminar la guerra. Antes se sabía que los tratados no eran eternos, pero que, hechos con prudencia, daban unos años de sosiego. Hoy las masas han arrinconado los procedimientos diplomáticos, y con sus nuevos métodos, la guerra sigue en Alemania y sus fábricas siguen siendo voladas. Se habla como nunca de paz, y nadie la tiene: «Pax, pax et non erat pax». Tal vez hemos llegado a aquella terrible situación del mundo romano, de que nos habla Tácito, en la que los antiguos, decadentes, ya no podían soportar ni la guerra ni la paz.

HOMBRES DEL SIGLO

Si un siglo se caracteriza por el tipo de hombres que produce, el nuestro también aquí nos desconcierta. Barajemos algunas celebridades, cada una por su estilo: Hítler, Picasso, Aga Khan, Joe Louis, Einstein... Nuestra época provoca la aparición de hombres *raros*, posesos, violentos, pasionales, primitivos. Los médicos afirman que las enfermedades de nuestro tiempo, que han derrotado a otras, son las mentales y el cáncer. Marañón ha subrayado otra consecuencia importante del progreso reciente de la Medicina: el desequilibrio de edades en la sociedad contemporánea, donde los viejos (en plena forma) bloquean los ascensos de los jóvenes (que a veces saltan).

El hombre de hoy, por otra parte, ha rebasado el racionalismo, para caer en el gnosticismo. Detrás de Platón, vienen siempre Filón y Plotino. Cunde la superstición, la nueva magia; el astrólogo convive con el ingeniero; al lado del imperio de la ciencia natural, de la técnica, la barbarie de la especialización; y en las sombras, grupos esotéricos, gnósticos, que se mueven en pantanos de *ismos*: simbolismo, surrealismo, vanguardismo, espiritismo. Psicoanálisis. Un día se negó la posibilidad del prejuicio frente a la Ciencia; hoy estamos ante la superstición científica y organizada.

USOS

Durante siglos nuestra civilización se esforzó por elaborar usos y costumbres civilizadas. Colaboraron el cortesano de Italia, el discreto hidalgo de Castilla, el gentilhombre francés, el «gentleman» de Oxford. Surgió la *etiqueta*, que permitía diferenciar rápidamente muchas cosas y descubrir determinadas alteraciones. Hoy los estamos abandonando. En efecto; todos han muerto ya. En el siglo pasado los negros de las Antillas usaban frac y chistera. Hoy hemos vuelto todos al «bikini» y a la «sans-façon» primitivos. La prisa ha transformado nuestras comidas (sede de las más elevadas esencias de la etiqueta); el protocolo se ha aislado en las embajadas, perseguido por la cafetería, el automático y esa maravilla del asiento-cinta continua. Barbusse y Remarque observaron los pocos convencionalismos que quedaban dentro de una trinchera o en la torreta de un submarino. Dos guerras mundiales los han barrido totalmente. Literatura como «La Codorniz» abunda en la crítica fácil de lo convencional. Y, sin embargo, sin un mínimo de cortesía, de *galateo*, no es posible la convivencia social.

MAQUIAVELISMO

No sé si se puede decir que los hombres de nuestro siglo son malos, es decir, peores que los de otras épocas. Tal vez no. Pero, desde luego, son extraordinariamente maquiavélicos. En un sentido profundo, maquiavelismo no es amoralidad: es reconocer la moral, hablar mucho de ella, consagrarla en fórmulas y declaraciones rimbombantes, y luego en la práctica escarnecerla por el propio interés. Y esto es lo típico de nuestro tiempo, observa Fabre-Luce. Se hace la Carta del Atlántico y luego se niegan uno por uno sus principios; se va a la guerra por Polonia, y se la deja despedazada; se establece un gran tribunal en Nuremberg, en aras de la justicia internacional, y se sienta en él Rusia; se niegan créditos a España y se le dan a Tito; se defiende a los judíos en Europa y se maltrata a los negros en América. *Sic vos non vobis...*

EXISTENCIALISMO

Muchas caras tiene este siglo, pero la más visible es la tristeza. El hastío, el cansancio. *Senuerat iam mundus...* Se diría que hemos envejecido. El existencialismo es mucho menos una filosofía que un modo de vida. Un «laissez aller»: que nos dejen en paz. No queremos que la razón nos pese, que el albedrío nos preocupe, que la ley nos abrume. Que la vida nos lleve; al fin lo ha de hacer de todos modos. Existencialismo no es para mí la alegre bacanal de Saint Germain des Prés, ni las elucubraciones de un Heidegger. Es la pesadumbre de una generación que sabe que hay guerras sin gloria ni esperanza, frentes sin retaguardia, movimientos sin doctrina, ciudades condenadas, hombres sin patria y patrias sin hombres. Se comprende el «triste lloro».

FINAL

«El siglo se configura... en forma de caos» (Fabre-Luce). Oímos muchos arbitrios, con nombres impresionantes: Benelux, Fritalux, Unión Europea. Hemos visto probar la bomba atómica en el mar y ensayar el neomalthusianismo en gran escala en el Japón. Nuevas Internacionales se levantan al lado de nuevos y enconados nacionalismos. Gira entretanto una gran ruleta, en la que se juega «la suma de las cosas», «el arbitrio del mundo», como diría Saavedra Fajardo. Podrá venir un siglo ruso, un siglo americano... o un siglo pigmeo, si las destrucciones son tan grandes que *toda* la civilización desaparece. Tal vez no ocurra nada; tal vez las reservas espirituales sean mayores de lo que se cree y contengan el torrente de barbarie. Se podrá, a lo mejor, tender «el puente sobre los bárbaros»; podrá ser dable la *tercera posición*. Algo es cierto. Sólo ocurrirá lo que Dios permita por nuestros pecados y hasta donde El quiera. Y en El ningún esfuerzo, ningún bien hacer se perderá.



Puente romano.—Cangas de Onís (Asturias).



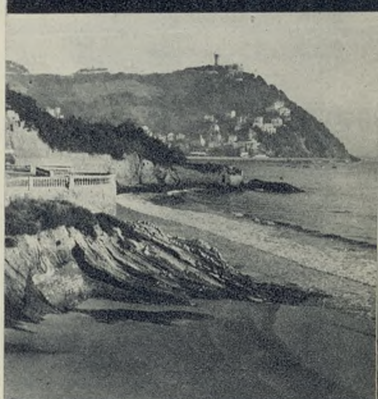
Panorámica de la ciudad de Sevilla



Segovia, a través del acueducto.



El puerto.—Palma de Mallorca.



Monte Igueldo.—San Sebastián.



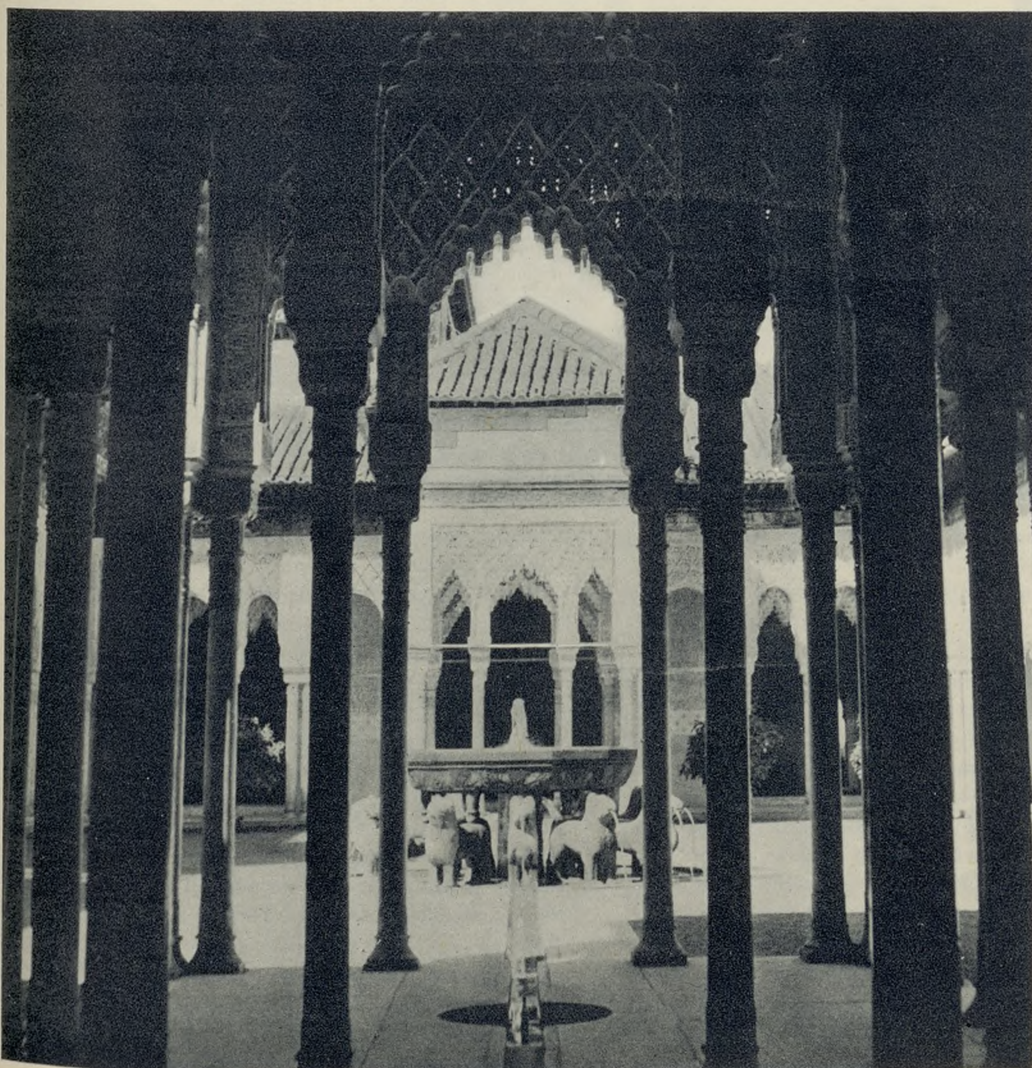
La venta de Arrui (Navarra).



Rondalla manchega.—Valdepeñas.

1.000 "fotos" de ESPAÑA

Por LUIS ALFONSO ORTIZ BILBAO



Patio de los Leones.—La Alhambra (Granada).

CINCO meses... Trece mil kilómetros por barco, avión, ferrocarril y carretera... Y, acaso, mil kilómetros más a pie, día a día y noche a noche, entre museos y catedrales, o a campo traviesa, por las doradas planicies de Extremadura y Castilla, bajo los pinares de la Albufera y Palma de Mallorca, sobre los Picos de Europa y los rojizos montes de Aragón... Unas veces, sintiendo estremecerse el alma con la resonancia de mis pasos en los grandes santuarios de la Historia —Itálica, la Rábida, el Alcázar de Toledo—; otras, dejándola vagar por las regiones del ensueño, como cuando se hundía el sol en las fantásticas rías gallegas o esmaltaba la luna la vega incomparable de Granada.

Así recorrí España. Sin darme un instante de reposo, sin que la fatiga justificase la quietud. Por eso hoy la nostalgia de cuanto vi y la de tanto como no alcancé a ver, por lo menos ignora el remordimiento de haber desperdiciado un solo minuto. Bien sacrificados estuvieron aún sueño y descanso, si a su precio pude recorrer hasta la madrugada Toledo y Avila, Sevilla y Córdoba, Burgos y Santiago y tantas ciudades más del inagotable itinerario de España, que sólo en la alta noche entregan la plenitud de su encanto y la clave de sus múltiples misterios.

Hubo un instante en que, para escoger, tuve a mi derecha Francia y a mi izquierda la porción aun no visitada de la Península: León, Galicia, todo el Norte... La solución integral me era imposible: apenas si disponía de un último mes, y forzoso me era optar por cualquiera de los extremos. ¿Qué mérito puede haber en decir que ni siquiera vacilé? ¡Era tan fácil resolver que no podía mutilar sustancialmente un recorrido que con tanta



Las Platerías.—Santiago de Compostela.



Estatua de Pizarro.—Trujillo.

San Nicolás de la Villa.—Córdoba.



El Palacio del Virrey.—Avila.



felicidad iba cumpliendo! Hoy no tengo la vanidad de poder comenzar toda conversación diciendo: «Cuando estuve en París...»; pero, en cambio, puedo decir sencillamente, con modestia mayor que esa vanidad: «Dios me bendijo permitiéndome conocer toda España.»

¡Conocer toda España! ¡Quién pudiera decirlo verdaderamente! ¡Es tan variada, tan recóndita, tan increíblemente hermosa! Se me escapó, desde luego, Murcia, ¡y Dios sabe cuánto sentí no alcanzar a verla! Pero si se me permite darla por comprendida entre Andalucía y Levante, entonces puedo reiterar, sin miedo a rectificaciones, que ninguna región española se hurtó a mi peregrinar. Peregrinación, sí, porque yo no fuí a España en plan de turista inglés, sólo para ver las bodegas de Jerez de la Frontera, o la Semana Santa en Sevilla, o una zambra gitana en las cuevas del Sacromonte. Claro que vi todo eso y mucho más, y, desde luego, me hice decir la buenaventura por una gitana en la Puerta de la Justicia de la Alhambra; pero al realizar, por fin, mi eterna ilusión de viajar a España, lo que yo quería, como hispanoamericano orgulloso de su estirpe y su solar, era conocer mi propia tierra en silenciosa y reverente peregrinación.

Por eso, al par que conocerla, me empeñé en conservar aún materialmente su recuerdo. Vieja afición mía hasta entonces sin trascendencia, esta vez la fotografía me sirvió para reemplazar, me atrevo a creer que con ventaja, el diario imposible de escribir. El borronear las más breves notas exige tiempo y descanso, y yo gasté sin reserva alguna todo mi tiempo en la contemplación de tanta hermosura y en el trato de las gentes. Parece que los diarios aspiran a conservar, trocada en frases, la emoción de una jornada, pero ¿lo logran siempre?... ¿No ponemos demasiado de nosotros mismos en el paisaje, el monumento, la persona o las ideas que luego comentamos?... Aparte de que, al correr de los días, toda imagen se esfuma y se diluye, aunque sea para perdurar idealizada en las intimidades del corazón. ¡Quién pudiera, sin riesgo de falseamiento, reconstruir las imágenes imaginándolas! Más eficaz y seguro y más rico en consecuencias es el procedimiento contrario: guardar la imagen material—aunque tampoco sea la rigurosamente exacta, por carecer del aliento vital con que en un instante dado nos atrajo mágicamente—, y luego, al contemplarla de nuevo con los ojos, sentir cómo brotan otra vez las viejas emociones, tan frescas como ayer, y un poderoso raudal nuevo, que permanecía ignorado y oculto en las profundidades de nuestro ser.

Porque es imposible agotar de una vez las múltiples emociones con que el alma es capaz de reaccionar ante lo que los ojos ven. Frente al paisaje, la obra de arte o la mujer que nos arroban, sentimos sumergirnos tan repentinamente en su hermosura total, que perdemos la noción de los detalles y, más aún, la propia capacidad de análisis. Es, sin duda, la mejor defensa de la belleza, pues quien analiza, filosofa, y quien filosofa, sacrifica la emoción.

En parte, yo la sacrifiqué de otra manera. Al recorrer España, llevando mi cámara fotográfica, más que como parte esencial de mi equipaje, casi como una indispensable com-



Cascada.—Alhama de Aragón.



Estanque del Retiro.—Madrid.

El Callejón del Agua.—Sevilla.



Playa del Sardinero.—Santander.



pañía humana, evité cuidadosamente el prolongar la emoción con que percibía sus bellezas. Sabía que esos instantes eran fugitivos, sagrados, sin repetición posible. Preferí, sin embargo, ponerme a buscar ángulos, a escoger luces, a componer escenas. Todo en un afán angustioso de retener conmigo lo que de España pudiese retener. Me consolaba con la ilusión de que así no regresaría del todo y de que más tarde, aun a riesgo de exacerbar mis nostalgias, podría detener la mirada, ya no frente a un paisaje ideal, sino frente a los campos, a las calles, a las gentes auténticas, inmortalizados por la magia de un invento en las páginas de un álbum.

Tengo, pues, ahora España en Quito al alcance de mi mano. Y en mi mano está revivir cuando quiero, que lo es siempre, las inolvidables horas que allí pasé. Y si es verdad que sólo la imagen de nuestras madres, cuando ya no podemos verlas personalmente, surge más fiel en el alma precisamente cuando cerramos los ojos, ante los míos desfilan, una por una, en el millar de fotografías que logré traer conmigo, todas las facciones de ese rostro adorado. Y, al contemplarlas, no solamente surgen, bajo la dorada luz quiteña, otras dormidas imágenes, sino hasta las más sutiles y lejanas melodías: el invisible ruiseñor persistente de los cármenes de Granada..., las ovejas que balan junto al Monasterio de Piedra al compás de los cencerros..., el viento que hurga las grietas de Montserrat..., el pesado carro que desciende por los caminos de Guadalupe..., la rondalla manchega congregada en Valdepeñas..., el concierto de campanas madrugadoras con que Valencia saludaba al Corpus...

¡Y cuántas cosas y personas más desfilan nuevamente junto a mí, avivando la realidad de aquellos cinco meses! Al cruzar, como entonces, paso a paso, de San Sebastián a Tarifa, de La Coruña a Valencia y las Baleares, de Cáceres a Barcelona, de Oviedo a Málaga, ¡cuántos encuentros cordiales y dignos de leyenda! El de aquel caballero andaluz que, por haber cruzado con nosotros unas palabras camino de Huelva y haberse informado de que éramos hispanoamericanos, que luego iríamos a Granada, donde vivía, con tres semanas de anticipación nos ofrecía esperarnos en el hotel a las seis de la tarde del día en que debíamos llegar, sólo por darse el placer de servirnos de guía, y que a las seis en punto de aquel día—¿si sería andaluz?—tomaba posesión de nosotros para no dejarnos en toda nuestra permanencia ni permitirnos gastar una sola perra chica... El de aquel albañil sevillano que, al pedirle la dirección del Archivo de Indias, se apartaba de su propio camino para dejarnos en la puerta y que, al ver cómo insinuábamos una propina—habíamos pasado por New York—, con gesto de rey ofendido nos reprochaba casi amenazante: «¿Y qué se ha figurao er señorito? ¡Vaya usté con Dió!»... El de aquel matrimonio burgalés, modelo de finura y señorío, que, luego de traernos y llevarnos por todas partes—la Cartuja de Miraflores, con el inapreciable recuerdo de su rosario de pétalos de rosa engastados en plata; las Huelgas, Covarrubias, Santo Domingo de Silos, el medroso desfiladero de la Yecla—, nos ofrecía en su casa el más delicioso

Arriba: Detalle de la fachada de la iglesia de San Pablo. Valladolid.—Abajo: Portada del Palacio del Marqués de Dos Aguas. Valencia



cocido castellano que pudiéramos soñar, y que, por remate, nos daba a escoger los obsequios que quisiéramos de todo un muestrario llevado de varios almacenes... El de aquel estudiante barcelonés que durante toda una semana tomó a su cargo, con inapreciable oportunidad y delicadeza, el acompañarnos por su ciudad, inclusive comprándose libros para estudiar de noche lo que de día pudiéramos preguntarle... ¡Tantos y tantos recuerdos de gentes de toda clase, grandes y pequeños, jóvenes y viejos, que tan sólo por natural reacción de su alma cristiana y española parecían conjurarse para abrumarnos con bondades y hacernos sentir más y más nuestra partida de España!

Gracias a estas mil fotografías—mil ocho, para ser exacto—he podido también rechazar definitivamente la duda que me acometiera en los primeros días del regreso, cuando me dió por preguntarme sin cesar: «¿Pero es cierto que yo he estado en España?»... Por no sé qué irónica revancha de la vida diaria, a la que nos hurtamos con un viaje, siempre al volver hemos de preguntarnos atónitos: «Pero, en verdad, ¿nos fuimos alguna vez?...»

Sé muy bien que algunas, quizá muchas, de las fotografías que ahora guardo como un tesoro podría haberlas encontrado, con leves variantes, en los libros y hasta en las más humildes guías de turismo. Pero todas ellas, para mí, adolecen de un defecto consustancial e irremediable: no son mías, con la calidad de filiación que las de mi álbum sí tienen; no fueron hechas por mí en España, distintivo supremo y único, que rodea a las realmente mías con una aureola de perfección, también irremediable, con perdón de los señores fotógrafos profesionales.—*(«Fotos» del autor.)*



Torres del Alcázar.—Segovia.



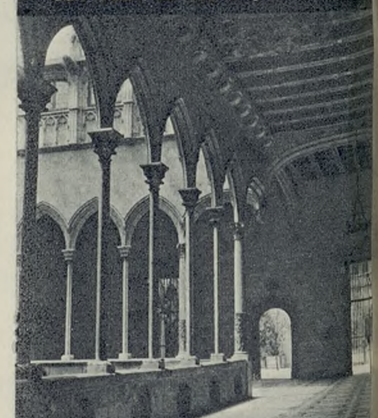
Casa de la Salina.—Salamanca.



Monasterio de Las Huelgas.—Burgos.



San Juan de los Reyes.—Toledo.

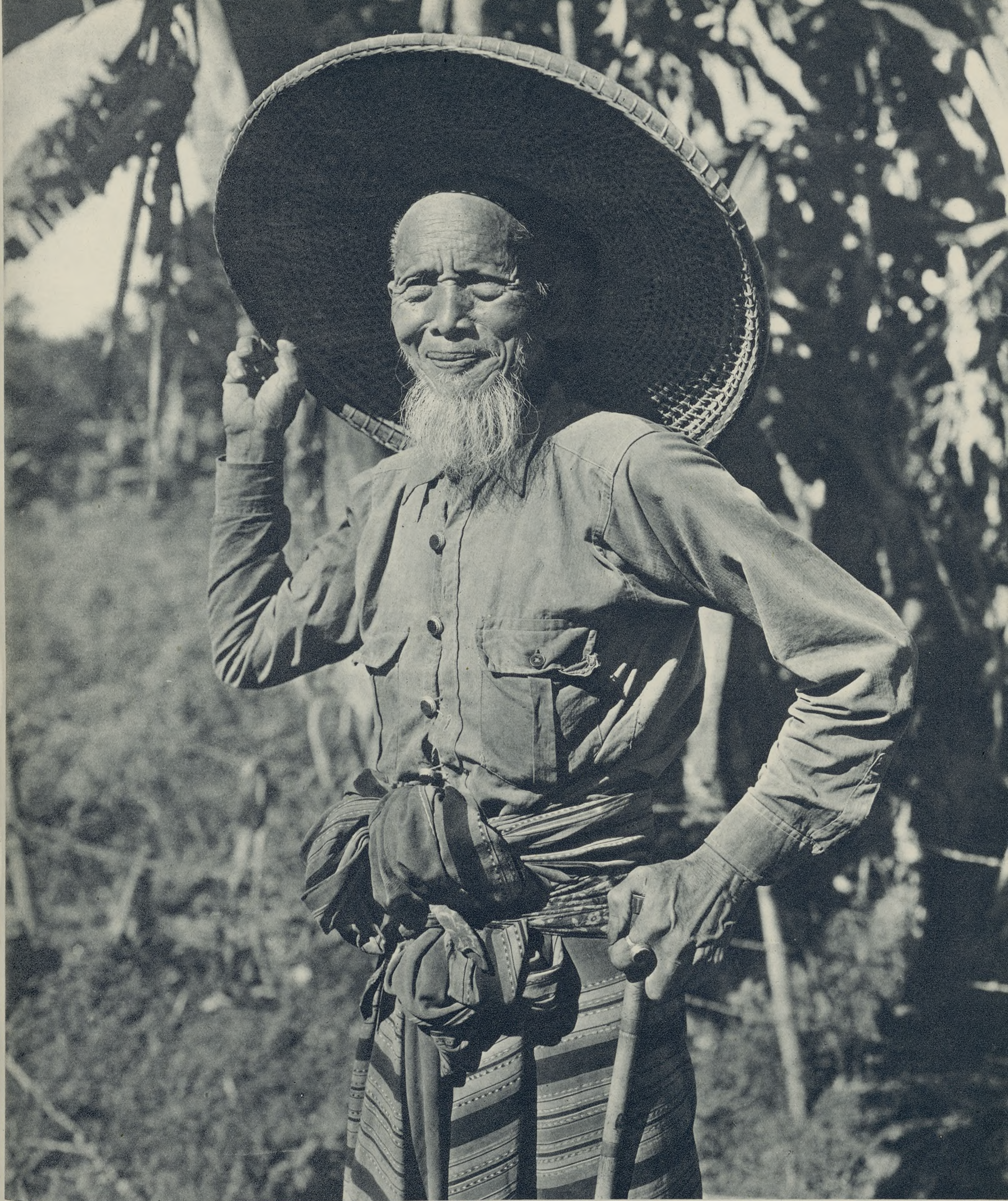


La Generalidad.—Barcelona.



Claustro de la Catedral.—León.





Y MIL FOTOS DE FILIPINAS



↑ Plantación del arroz a toque de guitarra. Tan aficionado es el filipino a la música, que ha podido hacerse típica de aquella tierra esta pintoresca costumbre de plantar el arroz al son de la guitarra. En la «foto» puede verse cómo al monótono acorde del instrumento los plantadores van colocando las plantas a una distancia regular y siempre la misma, lo que, al parecer, les hace más llevadero el trabajo nada agradable de la plantación del arroz. El arroz es uno de los cultivos principales de todas las Islas.

Una magnífica vista de Baguio, la «ciudad de los pinos», situada a unos 2.000 metros sobre el nivel del mar. Es uno de los lugares de veraneo más frecuentados de Filipinas. La región está poblada por los primitivos igorrotes, que conservan las más pintorescas costumbres. Se da el caso de que cultivan el arroz en unos bancales escalonados sistemáticamente en las laderas de las montañas, a donde suben el agua, desde tiempo inmemorial, por unos acueductos de cañas verdaderamente ingeniosos y prácticos. ↓





Vista del volcán Mayón, en la provincia de Legazpi, al sur de la isla de Luzón. Tiene fama de ser el volcán de cono más perfecto del mundo. En torno crece una vegetación exuberante y a sus pies se tiende la turística villa de Legazpi.



En distintas regiones de Filipinas se cultivan en gran escala las piñas, principalmente en las islas de Mindanao y Luzón. En la «foto», un extenso campo sembrado de esta fruta, cuyo dulzor es fama que supera a las famosas de Hawai.

Un aspecto del río Pasig, que divide la ciudad de Manila en dos zonas, norte y sur, y comunica la laguna Bay con la bahía de Manila. Por él pueden acercarse hasta el mismo puente Jones barcos de 1.000 toneladas. Los barcos de vela de la «foto» son los que realizan el tráfico interinsular y abastecen a Manila de hortalizas, cocos, tabaco y otros productos. Otra de las particularidades del río Pasig es el tráfico de las pequeñas canoas, «bancas», cuyos «banqueros» casi nunca disponen de un centavo.

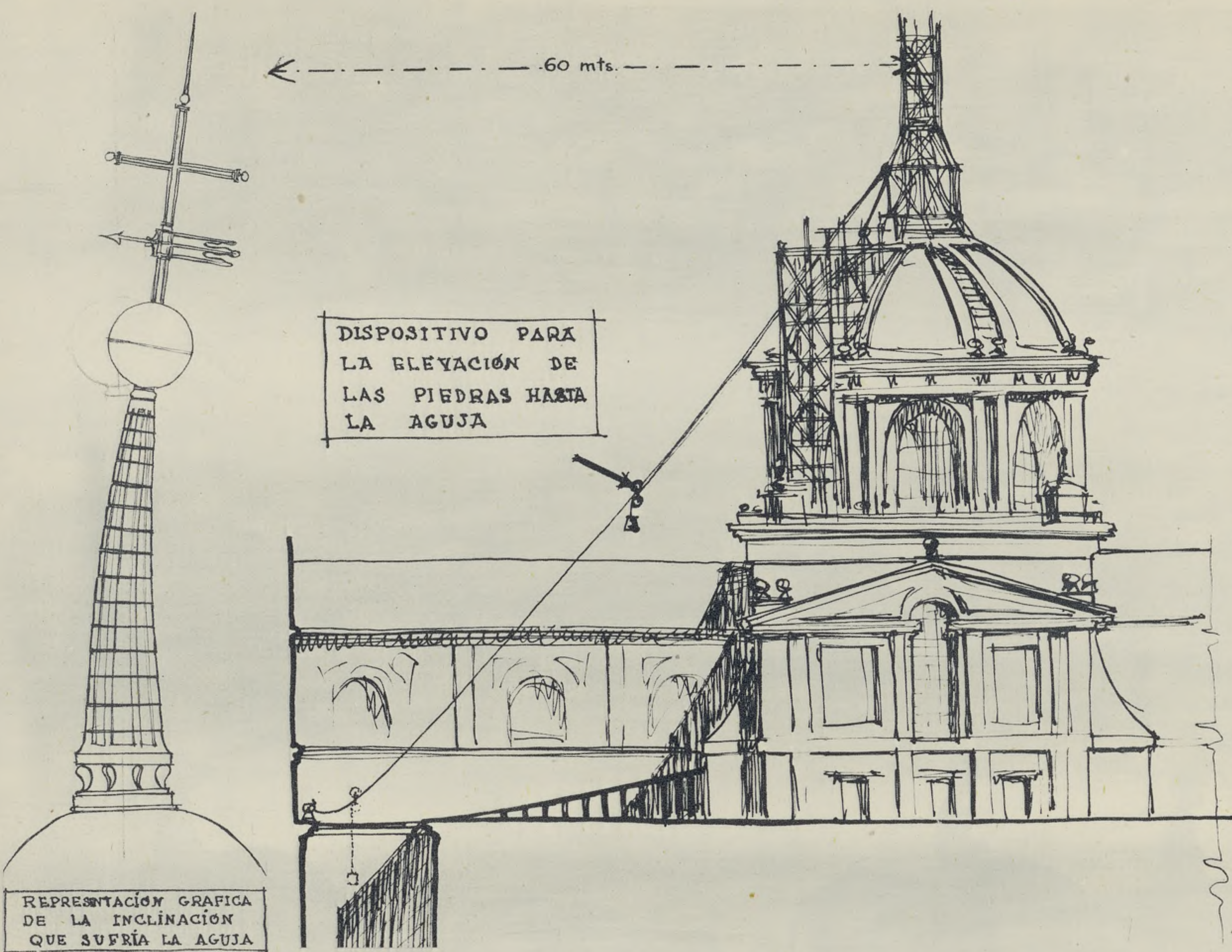
A la caída de la tarde, y después de realizadas las faenas de labranza, los pacientes y pacíficos carabaos, bueyes filipinos importados de Indochina, regresan a sus establos. Es característica curiosa de estos animales que para defenderse del calor se revuelcan en las lagunas, a fin de que el barro quede adherido a su piel y les proporcione una capa defensiva. Tan pacientes son los carabaos, que hay unas garzas que les posan encima para comer los bichos que cría su piel y no las espantan jamás.

Escenas de la vida rural en los pantanos, donde se cultiva el arroz. En la «foto» destaca el «bahay» o vivienda de campesinos en estas zonas arroceras. El «bahay» está siempre a la sombra de un gran árbol que lo proteja del fuerte calor del verano.



Costumbres típicas de la vida rural. Los carretones tirados por el carabao, también utilizados para asistir a la fiesta de un pueblo vecino. En los carros van las mozas (dalagas) y los mozos (vagontaos), dispuestos a bailar las «cariñosas», danzas del sur









EL MONASTERIO DE EL ESCORIAL SE QUITA SIGLOS DE ENCIMA

Por VICTOR DE LA SERNA (HIJO)



MEJOR QUE LAS CIFRAS da una idea de las dimensiones reales de la bola que remata el Monasterio escurialense esta «foto» curiosísima, obtenida desde uno de los tableros que ceñían la aguja de piedra.

La basílica del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial acaba de ser salvada recientemente de un gravísimo peligro gracias a la habilidad de un equipo de técnicos y obreros españoles. Tres toneladas de bronce y algunas más de piedra granítica han amenazado con destrozar, cayendo desde una altura de cincuenta metros, el primer templo español. Solamente ahora que el peligro ha desaparecido se pueden revelar su magnitud y los detalles de esta delicada obra de ingeniería arquitectónica, llevada a cabo con feliz éxito por los equipos que dirige el profesor Anselmo Arenillas, catedrático de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid y arquitecto conservador del Real Monasterio, afecto a los servicios de Defensa del Patrimonio Artístico, del Ministerio español de Educación Nacional.

VEINTE MIL KILOS EN EL AIRE

El Monasterio, que construyera el rey Felipe II para panteón real, está coronado por un gran cimborrio o cúpula, que se desarrolla por encima de los ochenta metros, hasta alcanzar la altura total de unos cien. Sobre la cúpula se alza una linterna de unos diez metros de alto, y sobre ella se levanta una aguja de piedra, coronada, a su vez, por una bola de bronce que remata una cruz. Vista desde el suelo, la bola aparenta ser de pequeño tamaño y de ligero peso. Solamente el equilibrio de proporciones del gran edificio puede disimular las dimensiones y el peso auténticos de la esfera colocada en su cúspide, que mide dos metros dieciséis centímetros de diámetro y está construída en magnífico bronce, fundido de campanas, con un peso de ¡tres toneladas! Unicamente la audacia y el genio de Juan de Herrera podían hacer el prodigio de colocar a esa altura tan fabuloso remate y que éste, a los ojos del espectador aparezca como airosa y grácil coronación del monumento.

Sin embargo, lo que no pudo evitar el arquitecto montañés es que la acción de las aguas, de la nieve y de los tremendos vientos carpetanos, que durante seis meses del año castigan toda la sierra de Guadarrama, en cuya falda se alza el Monasterio, debilitasen, a lo largo de casi cuatro siglos, la fortaleza de la gran aguja de piedra. Efectivamente, desde hace algunos años se había observado una ligera inclinación de la referida aguja, que se desviaba de su vertical, inclinación que no podía ser apreciada con verdadera precisión, dada la absoluta imposibilidad de acceso a tan gran altura. Fué el arquitecto Arenillas quien, en el curso de los trabajos normales de restauración del monumento, observó la peligrosidad de la desviación y quien estableció la magnitud del peligro que se cernía sobre el Monasterio, calculando la catástrofe que suponía la caída de un peso de unos veinte mil kilos—tres toneladas de bronce, y el resto, de granito, de la aguja—desde tan gran altura. Se estima que, además de perderse la enorme pieza de remate, hubiesen quedado destrozadas las bóvedas de la basílica, y ésta, dañada en proporciones colosales.

Simplemente unos prismáticos y una cámara fotográfica con teleobjetivo fueron los instrumentos que utilizó el arquitecto para dictaminar la alarmante gravedad del caso. Inmediatamente comunicó el resultado de su investigación al Ministerio de Educación Nacional, y fué el propio ministro, Ibáñez Martín, quien ordenó la urgente e inmediata puesta en marcha de las obras para consolidar la amenazante aguja.

EL GIGANTE, ENTABLILLADO

El primer problema que se planteó el profesor madrileño—por otra parte, un gran experto en materia de restauraciones artísticas, con multitud de obras realizadas en la conservación de los antiguos monumentos castellanos—fué el del acceso a los cien metros de altura y la construcción de un dispositivo que permitiese trabajar allí con comodidad y seguridades. Otro objetivo fué lograr una franca economía en el costo total del trabajo. Ambos problemas se solucionaron con la instalación de un gigantesco andamio, construído—con arreglo a un complicado proyecto—en fuerte madera de pino del Guadarrama, cuyos tres mil tablones podrían recuperarse posteriormente para otros trabajos.

El gran esqueleto de madera fué apoyado sobre las partes más resistentes de la cúpula en forma tentacular y fuertemente atirantado con innumerables cables de acero, que lo sujetaban a distintas alturas, atados en las torres laterales del Monasterio.

Los numerosos madrileños que pasan su verano en El Escorial quedaron sorprendidos este año pasado cuando pudieron ver, a su llegada en el mes de julio, la gran cúpula herreriana cubierta por una red de andamiajes. El gigante estaba entablillado como un hombre herido, y sobre su estructura se movían, activos y arriesgados, sus enfermeros. Al mando del arquitecto, un equipo de obreros especialistas comenzó el delicado trabajo de cirugía arquitectónica. Este había de durar varios meses, al cabo de los cuales, el completo éxito de la obra asegura para el futuro la estabilidad de la maravillosa flecha escurialense.

LA AMENAZADORA REALIDAD

Los cálculos «a distancia» de Arenillas tuvieron una alarmante confirmación. Cuando se llegó a la cúspide de la torre se pudo comprobar—con un espanto fácilmente imaginable—que la enorme bola se había desplazado de la vertical de su eje ¡casi un metro! Tres toneladas de bronce estaban amenazando caer, con la fuerza de una bomba «rompemanzanas», sobre la gran basílica. Sólo un milagro de equilibrio había salvado hasta entonces al Monasterio de la ruina.

El primer trabajo de los obreros fué separar la bola de su sostén de piedra. Para ello fué abierta en dos como una naranja y despegada de la aguja. Fuertemente sujetas por cables, las dos partes de la bola quedaron en el aire. Y aquí sobrevino un momento de verdadero espanto para cuantos intervinieron en la operación: libre del tremendo peso de la esfera metálica, la gran aguja de piedra retrocedió espectacularmente y recuperó su verticalidad casi absoluta. Los enormes bloques de granito con que está construída gimieron como si fuesen a estallar, y los obreros vieron aterrados cómo se separaba de ellos una estructura de piedra que, vista de cerca, tiene las proporciones de un verdadero edificio. La solidez y la resistencia del andamio aguantaron perfectamente la gran sacudida, y todos los males se redujeron a un susto del que todavía alguno de los obreros no se ha repuesto.

A partir de entonces, los trabajos se llevaron con gran celeridad. A pesar de las seguridades que ofrecía el andamio, todo el personal tuvo que luchar al principio contra el vértigo que provocaba la gran altura; pero, afortunadamente, todos ellos superaron este inconveniente, y apenas un pequeño accidente, sin consecuencias graves, se produjo en el curso de toda la obra.

LA VERDAD SOBRE EL «LADRILLO DE ORO»

Las piedras de la aguja descompuestas y agrietadas por la acción de los elementos fueron sustituídas por otras nuevas, que se colocaron sobre una sólida base de hormigón, armado con hierro redondo. La dificultad de ascender hasta la aguja los nuevos bloques de granito fué salvada por una ingeniosa instalación que permitía izarlos hasta los cien metros de altura, colgados de un cable de acero movido por un motor.

Durante el tiempo que duraron las obras se hicieron algunos curiosos descubrimientos, cuya referencia habrá que incorporar en el futuro a la historia del Monasterio. Fué sorprendente, por ejemplo, comprobar la robustez de la bola, construída con una espléndida aleación y de un grueso más que respetable. Muchos obreros y algún visitante audaz se fotografiaron en el interior de la gran esfera, en el que cabían fácilmente seis hombres.

La obra descubrió también que el famoso «ladrillo de oro» que la leyenda afirma que hizo colocar allí Felipe II para desmentir a quienes aseguraban su ruina económica, no es ladrillo—en su forma, naturalmente—ni de oro. Y que hay cuatro más en la aguja.

En efecto, en presencia de algunas autoridades eclesiásticas y civiles—valientemente arriesgadas a la ascensión ,por el andamio—, el arquitecto desmontó con cierta ceremonia el famoso «ladrillo», que no es ni más ni menos que una placa de bronce dorada, en la que están grabadas algunas oraciones impetrando la protección divina contra las tormentas. Las oraciones están dispuestas en acróstico de tal forma, que, repetidas desde el centro, forman una perfecta cruz. Otras cuatro planchas semejantes existen en los restantes contrafuertes de la linterna. El hecho de que sólo el llamado «ladrillo de oro» haya hecho fortuna en la imaginación de las gentes se debe a que estaba orientado a Poniente y era el único que recibía luz suficiente para brillar.

ORO SOBRE EL GRANITO

En los primeros días del otoño pasado fué concluída la magnífica obra. Hay algo que no ha podido ser restituído a la aguja inmediatamente: la pátina de la piedra. Pero esta última parte de la restauración la llevará a cabo el tiempo. A cambio de ello se le ha devuelto al cimborrio del Monasterio—aparte la seguridad—un detalle que esta vez sí le robó el tiempo: el dorado de la bola. Protegido por una especie de biombo de lonas, un grupo de maestros doradores recubrió la gran esfera con panes de oro, posteriormente protegidos con una capa especial de esmalte. El arquitecto calcula que el lujoso revoco durará el número suficiente de años para compensar del gasto—no muy elevado, por otra parte—que ha supuesto. Al parecer, el primitivo dorado de la bola del cimborrio—y de las que coronan las restantes torres del edificio—duró desde la terminación del Monasterio, en 1584, hasta mediados del siglo XVIII.

Antes de desmontar el andamio—que en lo sucesivo estará sustituído por una escalerilla invisible desde el suelo—, se procedió a depositar en el interior de la bola una placa que registrase la intervención de los hombres del siglo XX en la conservación de esta gran joya de la arquitectura universal. La inscripción de la placa fué redactada por el escritor Víctor de la Serna, cronista oficial de la provincia de Madrid, y dice así:

EN EL AÑO DEL SEÑOR DE 1949
Reinando en la Iglesia Universal la Santidad del Papa PIO XII.
Siendo Arzobispo de Toledo el Primado de España, Cardenal PLA Y DENIEL; Obispo de Madrid-Alcalá, el Patriarca de las Indias, Dr. EIJO GARAY, y Prior de San Lorenzo el Real, de El Escorial, el P. LUCIANO RUBIO, O. S. A.,
FRANCISCO FRANCO
Jefe del Reino de España,
mandó restaurar esta aguja, remate del insigne monumento, gloria de la cultura hispánica y prez de la Católica Monarquía, elevado a mayor honra de Dios y vocación del mártir San Lorenzo, su diácono, por la Majestad del Señor Rey Don Felipe II, de imperecedera memoria.

Don JOSE IBAÑEZ MARTIN, Ministro de Educación Nacional, proveyó los fondos necesarios para esta obra. La proyectó y ejecutó el Arquitecto del Patrimonio Artístico Nacional y Conservador de este Real Monasterio, don ANSELMO DE ARENILLAS Y ALVAREZ, siendo su Aparejador don PEDRO HURTADO OJALVO.

En testimonio de lo cual se deposita esta plancha de cobre en la bola de bronce que remata la aguja reconstruída. Lo firma el Cronista Oficial de la Provincia de Madrid, que en este Real Sitio está.

De este modo la Técnica moderna, puesta al servicio del Arte y de la Historia, ha concluído uno de los más difíciles y brillantes trabajos de conservación arquitectónica, en los que España ocupa uno de los primeros puestos europeos.

(FOTOS DEL AUTOR)

↑ CORRIENDO PARA EVITAR EL PELIGRO.—Todavía no han llegado a la cúspide los obreros que salvaron la basílica del peligro que sobre ella se cernía.—Y desde abajo, el teleobjetivo de la cámara ha registrado con exactitud la peligrosa inclinación de la aguja, que en el grabado se demuestra por la línea trazada sobre la vertical.—La flecha señala el tamaño de un hombre para imaginar el de la cúpula.

← UNA PERSPECTIVA INEDITA DEL BELLISIMO patio de los Evangelistas, en esta fotografía, obtenida desde la cúpula. Es ésta la primera vez que el prodigioso «square» herreriano ha sido fotografiado de arriba abajo con una precisión que el rápido y vertiginoso paso de un avión no hubiese permitido.

TRES MIL TABLONES PARA ENDEREZAR UNAS PIEDRAS.—Este es el gigantesco andamio que hubo de ser instalado sobre la cúpula del Monasterio para enderezar la aguja terminal.—Durante meses varias docenas de obreros especialistas lo utilizaron con las máximas garantías de eficiencia y seguridad. ↓





EL NUEVO PLAN FERROVIARIO ESPAÑOL

EN esta misma revista, y en su número 17, correspondiente al mes de agosto del pasado año, se publicó un trabajo en que se glosaba el Plan de reconstrucción y mejora que España trata de realizar en su Red Nacional de los Ferrocarriles. Dicha reforma, según aquellos datos oficiales, ascendía a la importante cifra de 5.255 millones de pesetas.

En este Plan se comprendían todos los trabajos necesarios para poner la red ferroviaria española de vía ancha—que abarca más de 12.800 km.—en las condiciones de eficacia y modernidad necesarias para que pueda prestar el servicio que de ella espera toda la economía del país.

De la amplitud del citado Plan puede juzgarse con saber que no se descuida ningún aspecto de la mejora del ferrocarril: refuerzo de puentes; renovación y mejora de vías; y ampliación de las mismas, estaciones e instalaciones; mejora de alumbrado, de señalización, de comunicaciones; electrificación de 1.100 km. de línea; reparación de locomotoras, coches y vagones; aumento del parque de los mismos; instalación de freno continuo en una gran cantidad de vagones; ampliación de talleres, etc. Todo ello está previsto y estudiado minuciosamente y, lo que es más importante, comenzó a ponerse en práctica tan pronto fué aprobado por el Estado, registrándose ya algunos resultados, como, por ejemplo, el de la mejor situación de las vías, que repercute, naturalmente, en la velocidad y seguridad de la circulación.

Para llevar adelante este trabajo, de tan considerable volumen, del que apenas puede dar una idea la breve enumeración que dejamos hecha, la Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles viene recibiendo por parte del Estado el apoyo más decisivo y entusiasta. El propio Jefe del Estado no ha escatimado públicamente el reconocimiento de la misión tan importante que está desempeñando la Red Nacional en el terreno del transporte. El Gobierno, por su parte, presta todo el aliento necesario a la obra. Los sectores financieros y económicos, igualmente, cubren con creces las emisiones que la Red Nacional viene haciendo escalonadamente para las atenciones de este Plan, que puede considerarse como la puesta al día de la red ferroviaria española.

Ante todo, hemos de destacar especialmente las colaboraciones extranjeras que está recibiendo la red ferroviaria española de vía ancha. Ella tiene una gran importancia para la realización del citado Plan y para que la reforma pueda llevarse a cabo con la rapidez necesaria y prevista. Pero, al propio tiempo, es un claro síntoma de la consideración que merece en el extranjero la actividad de la Red Nacional y su seriedad como empresa pública de la nación.

Naturalmente, la mayor parte del Plan, ya en marcha, será realizado por la industria española, muy importante hoy, aunque no trabaja en su plena capacidad de rendimiento por la falta de materias primas y por la disminución de su ritmo impuesta en algunos momentos por las rectricciones de energía eléctrica que ha tenido España, derivadas de la sequía padecida durante varios años seguidos. También se ha buscado la manera de ayudar a esta industria al formalizar los contratos de suministro con las industrias extranjeras, según puede verse a continuación.

Y como son las cifras lo que mejor entra por los ojos, vamos a relacionar aquí, dando por ello las gracias a la Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles, unos cuantos datos relativos a los suministros concertados con el exterior, que demuestran cómo la industria extranjera se da perfectamente cuenta de la solvencia de la red ferroviaria española, respaldada por el propio Estado, así como conoce la importancia de la industria ferroviaria hispana.

He aquí algunos datos que ponen de relieve cuanto venimos diciendo sobre este importante asunto.

Las Acieries Belges, de Bélgica, suministrarán 14.000 toneladas de carriles, con sus accesorios, por un valor superior a 134 millones de francos belgas.

La North British Locomotive, de Inglaterra, suministrará 25 locomotoras de vapor y materiales para construir en España otras 175, con un total de casi dos millones y medio de libras esterlinas.

La casa Fiat, de Italia, se ha comprometido al suministro de 40 automotores y 20 remolques, para servicios rápidos y de cercanías.

La Agrupación Francesa de Fabricantes de Vehículos Ferroviarios nos enviará cien coches y materiales para construir en España otros cien, por un valor total de 1.150 millones de francos. También diversos talleres franceses enviarán a España elementos de tracción reforzados para 14.000 vehículos y 13.600 cuerpos de ejes, importando todo 890 millones de francos.

Refiriéndonos a la electrificación, la casa Alsthom, de París, ha contratado el suministro de 20 locomotoras eléctricas, con sus piezas de repuesto, y cinco subestaciones transformadoras, así como materiales para construir en España otra cantidad semejante de locomotoras y subestaciones, con un valor de 2.525 millones de francos franceses. Por su parte, la casa belga Ateliers de Constructions Electriques, de Charleroi, también suministrará subestaciones transformadoras, por un valor de 90 millones de francos belgas.

En lo que hace a material de tracción, la English Electric, de Londres, suministrará 20 locomotoras eléctricas y materiales para construir en España 60 más, por un valor de 2.800.000 libras esterlinas, en números redondos.

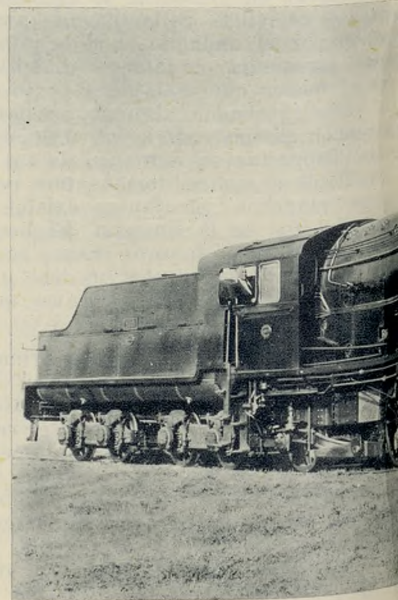
Además, y por lo que se refiere al pago, la mayor parte de los contratos celebrados conceden a la Red Nacional importantes aplazamientos escalonados, que, en el caso concreto de la Alsthom, llega a situar el último pago a los ocho años del primero.

Hemos dado datos concretos sobre suministros ya convenidos con proveedores extranjeros; pero están en curso las negociaciones de otros contratos relativos a carriles, cruzamientos, máquinas-herramientas, vagones, etc., que cuando estén terminados harán elevar los suministros extranjeros a una cifra de enorme consideración.

Esta labor de reconstrucción y mejora de la RENFE, aunque iniciada hace relativamente poco tiempo, comienza ya a dar pruebas palpables de su efectividad. Así, desde hace algunos meses está en funcionamiento la electrificación de 22 km., llevada a cabo con un esfuerzo casi heroico, en la divisoria de la línea de Galicia, entre Brañuelas y Torre, y que es parte integrante de un sector a electrificar que llegará hasta León y se unirá luego con el Puerto de Pajares, ya electrificado. Y decimos casi heroico porque se trata de un trozo lleno de túneles, de vía única, exclusiva comunicación, por hoy, entre la capital de España y la región gallega. Todo este trabajo de electrificación y renovación total de la vía se hizo sin interrumpir un tráfico densísimo de circulaciones, ya que por dicho puerto han de pasar todos los trenes que trasladan al centro del país los carbones de la cuenca de Ponferrada, situada al otro lado de la divisoria eléctrificada.

Pero este asunto de la electrificación es tema que merece ser tratado aparte y se sale de la finalidad del presente trabajo, dedicado únicamente a poner de relieve las ayudas que las industrias extranjeras prestan gustosamente a España, y concretamente a su Red Nacional de Ferrocarriles, en la que ven un cliente importantísimo y serio.

J. F.





Estación del Norte de España, totalmente electrificada.



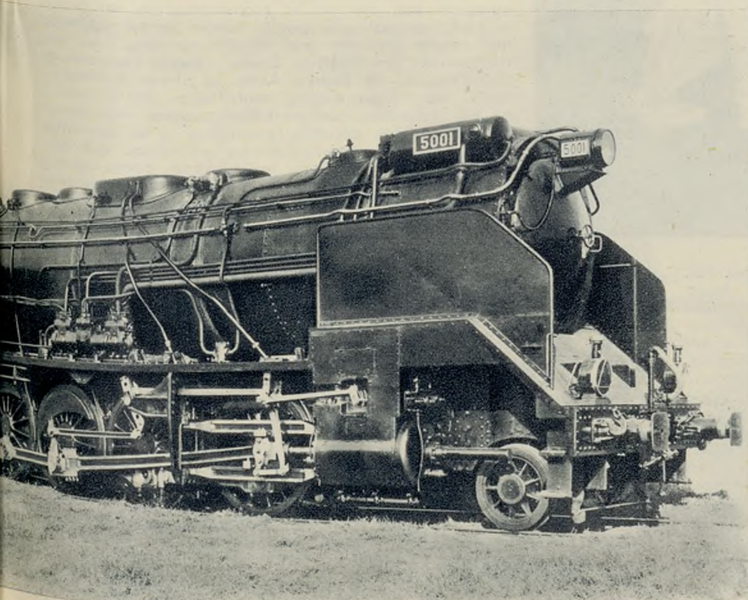


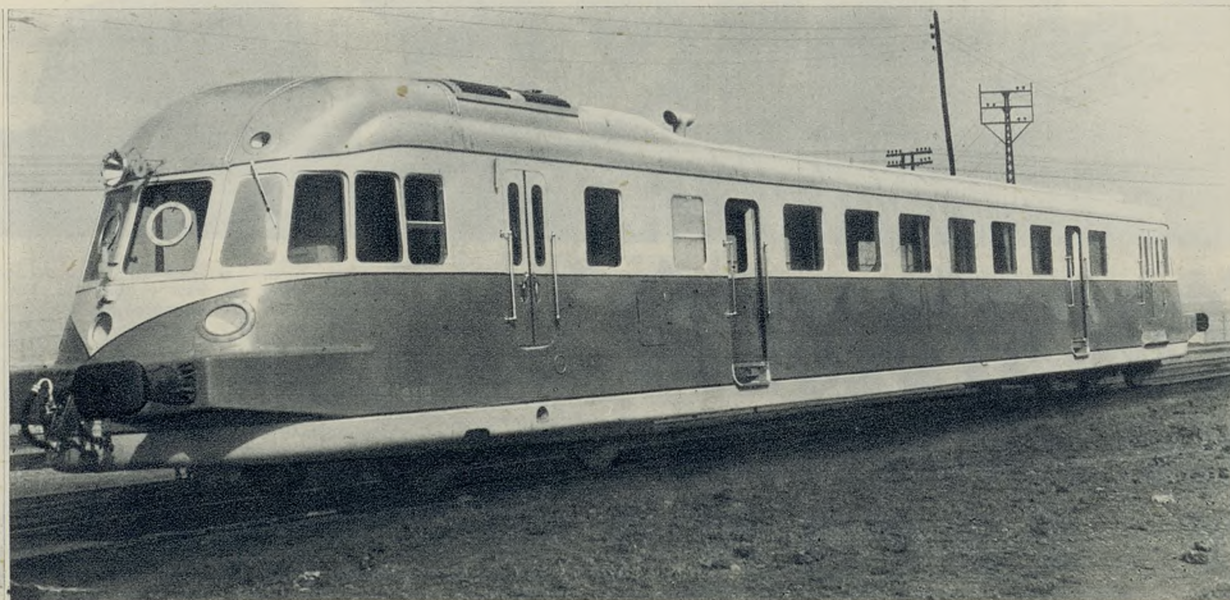
Aspecto parcial del taller de coches de la factoría ferroviaria de Sestao (Vizcaya).

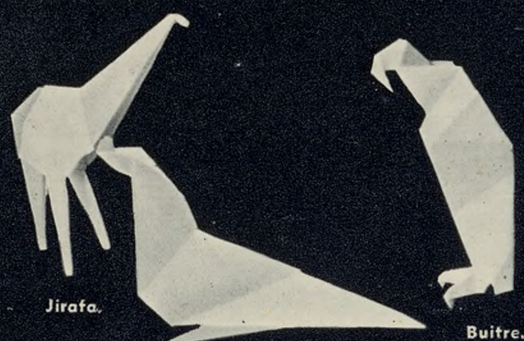


Tren de viajeros en la línea electrificada Madrid-Avila.

A la izquierda: La locomotora «Santa Fe», totalmente construída en España.—A la derecha: Automotor de servicio en las líneas españolas.







Jirafa.

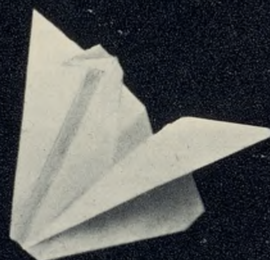
Foca.

Buitre.

Buho.



Escarabajo.



Cisne.



Beduino en burro.



Rinoceronte.

Tigre.



Pingüino.



Caballo.

Ñandú.



Ratón.



Perro «basset».



Golondrina.

Antílope.

Flamenco.



Cisne.



Serpiente.



Elefante.



Pavo real.



Gaviota.



Papagayo.

Tijereta.

Loro.

Tucán.

Cabra.

Oso.

"COCOTOLOGÍA" EN ARGENTINA Y ESPAÑA

Por ENRIQUE CEREZO CARRASCO

HASTA hace muy poco tiempo, el hacer pajaritas de papel fué un sencillo entretenimiento de críos y guayates. Pero desde que Froebel descubrió en ese quehacer un filón para sus experimentos pedagógicos, en el mundo se ha promovido una corriente de afición. A ese remover de los dedos en torno a un papel, hasta conseguir, a fuerza de doblar y desdoblar, una figura, lo llamó Unamuno la «cocotología». Raro nombre, y más rara actividad para ser llevada a cabo por hombres serios y barbados, que allá lejos, en lo íntimo de su vida, dan forma a pájaros de rígidas alas y frágiles picos. Suelen huir de la publicidad, mientras su prestigio y su nombre no les respalda su extravagancia, y por ello todavía no ha existido un solo aficionado—que yo sepa—que en la tarjeta haga constar su condición de cocotólogo, so pena de exponerse a verse encuadrado en las páginas del «Club de los Negocios Raros», y a nadie le gusta sentar plaza de personaje de Chesterton, con la desventaja de que el resultado de los dobleces del papel no es, hasta la fecha, ningún medio de ganarse la vida.

Sólo lo sería desde un punto de vista circense, porque allí, en la pista, las «cocotas», mimetizadas por la luz refulgente, configurarían y disimularían su inofensivo aspecto, en ciernes y sospechas de calañas de animales. Quizá el blanco de la pista conjugue bien con su albo vestido, y así lo entendieron aquellos artistas japoneses que un día hicieron las delicias del público con ilusionismos cocotológicos.

Pero esto sólo ha sido una salida fugaz al mundo de la popularidad. Secretamente, como si se tratase de un análisis clínico o bacteriológico, se comenzó a trabajar sobre ello tanto en España como en Argentina. Ahora ya, los libros publicados van dando a conocer el esfuerzo de la paciencia de unos cuantos artistas.

Su característica esencial estriba en la creación, en el impulso a conformar nuevos modelos. Tiene, pues, el aire universal de su arte, que no me atrevo a creer que Hegel calificaría de clásico, pero sí, a lo menos, como hijito—algo enclenque todavía—, como retoño de la escultura.

Su desarrollo, breve, pero rápido, ha originado ya sus discusiones y todo. Hasta aquello que don Miguel de Unamuno presentía, cuando su don Fulgencio seguía pensando en escribir un tratado más extenso sobre la cocotología, «con su bibliografía, por supuesto; sus notas y notas a las notas», se ha hecho realidad. Se ha empezado a polemizar con su naturaleza; en España predomina la tesis del arte, y en Argentina, con el doctor Solórzano, la de ciencia. Para demostrarlo, ha escrito su «Tratado de papiroflexia superior», donde aplica un aparato de medición, llamado el deltoidómetro—si mal no recuerdo—, y unas leyes progresivas de flexión. Todo un rollo, como diría cualquier castizo estudiante español.

Después, los autores han dudado sobre el nombre. Ya Unamuno tuvo sus reparos sobre ello. Pensó en bautizarla primeramente con el de «Papyrornithiologia», pero indudablemente debió de asustarse y pensar que el arte naciente no tenía la culpa de poseer un padre tan ducho en griego y tan poco previsor, pues no es menos cierto que, con tal apodo, el pobre sólo hubiese tenido éxito en Alemania, donde no es obstáculo pronunciar palabras interminables. Por ello se decidió por la otra, más asequible a nuestro oído y que procede del francés «cocotte», pajarita de papel, en su sentido traslaticio, al igual que mozas de vida alegre, tan frágiles unas como otras. En castellano, sin esta explicación, pierde su sentido, en cuanto cocote es sólo similar a cogote.

También hubo de desdeñarse el título de papirología, por su olor a pirámide y a momia faraónica. En España predomina papiroflexia, que es más descriptivo y se entra como agua por los ojos. En Argentina, la de papirozoo, aunque no cuaja, pues es muy reducida, ya que deja fuera de la definición aquellas creaciones que tan caras nos son por los recuerdos infantiles que en nosotros despiertan. ¿Y quién no sabe hacer el bonete del cura, la silla o la mitra? Otra definición, que también nos viene de Argentina, es excesivamente técnica: la deltoidología, procedente de la figura que, esencialmente, es base y partida para la mayoría de las creaciones, muy similar al cometa y a la letra griega delta, y de ahí su nombre.

E igual sucede con los monigotes obtenidos: cocotas, deltoiditas, papirolas. Llamémosles pajarillas o pajaritas, que así es en castellano, y que suena a alegre cascabel a arte risueño para querubines cachinosos, y por eso se dice, cuando a uno se le alborota el cuerpo, «que se le alegran las pajarillas». Papirolas, no, porque, en definitiva, papirolada o pampirolada, o es necedad o es sopa hecha con pan y ajos, y si bien es cierto que la pajarita es sosa, no es necia ni ignorante; es pajarilla, a secas. Pero, en fin, ustedes pueden usar la que gusten.

Más violenta es la división entre los puros amantes del sólo doblaje, del único uso de los dedos, y de los que admiten las tijeras como auxiliares. Entre estos últimos, el doctor Solórzano, en Buenos Aires, y el doctor Montero, en Valladolid. En cambio, Eduardo Blanco Amor, en su prólogo al libro de Giordano Lareo, grita aconsejando: «Lo fundamental de la papirología consiste en no cortar ni pegar. La cocotología es un problema cuyo planteamiento es un papel; su desarrollo, una serie de plegados inexorables, en constancia, ritmo y medida, cuya incógnita es la figura. Todo lo que no sea esto, es fraude vil. ¡Ojo, catecúmenos de la papirología! ¡A no cortar y a no pegar!» Y después de esta admonición, los catecúmenos, profundamente avergonzados, esconden las tijeras y hacen acto de fe y protesta de su único afán por utilizar las manos.

En cambio, los antecedentes históricos brillan por su ausencia. Confesemos ruborosamente que no tenemos noticias lejanas, ni siquiera barruntos, de que los hombres del neolítico, los sátrapas orientales, Vespasiano, Juliano el Apóstata o Napoleón, hiciesen pajaritas. Si las hicieron, cualquiera sabe qué manos de chiquillo sonriente y juguetón acabaron con sus días. Ahí está la clave de la grandiosidad de tal oficio: hacer y crear para verlo pronto roto por quien y para quien se hizo.

Y aquí se hunde todo intento de buscar noticias históricas. Quizá esa papirola de caballero moruno que sobre corcel cabalga en el Museo de Nüremberg sea lo único que nos impida andar a la cordobana en materia de historia, antecedentes y prolegómenos.

Pero, una vez lanzado, no se ha parado en barras. Unamuno, con su humor acre y áspero, ya señaló que si los animales poseían estructura geométrica, difícil le iba a ser a Darwin, si renaciese, volver a empezar con eso de la transformación, en cuanto si cada animal sólo puede surgir de un cuadrado, mal puede proceder una especie de otra. Años más tarde—allá por 1936—, Carlos Alberto Leumann, en «La Prensa», de Buenos Aires, se atreve a remachar sobre las consecuencias metafísicas de la ciencia de las pajaritas, que invitan a ensayar una aproximación de los estudios zoológicos a la geometría.

Mas dejando aparte sesudos problemas, que oscilan entre la filosofía y la chirigota, como cabriola de paradoja o brillo fugaz de greguería, recordemos su estructura locacional, como dirían los economistas. Recientemente, en Madrid, un diario organizó un concurso de cocotología, al que acudieron diversos aficionados, que pusieron de manifiesto su ingenio y su paciencia. Y a raíz de su terminación, el mismo periódico publicó un suelto que anunciaba la constitución en Buenos Aires de una Sociedad Universal Propulsora de la Papirología y Papiroflexia.

No hay más detalles sobre esta nueva asociación, pero es de suponer que pronto publicará su revista, con problemas doctrinales, nuevas creaciones, investigaciones históricas y anuncios—muchos anuncios—de fabricantes de papel, y tendrá sus Congresos anuales en diferentes ciudades del mundo aprovechando las fiestas más típicas de cada una ..., como hacen todos los congresistas, que así van por atún y a ver al duque.

Pero, en fin, lo que nadie puede poner en duda es su raigambre hispana. Nació en España, donde Unamuno hizo oficio de padrino, y se ha desarrollado potentemente en Argentina, de donde salen hoy los mejores libros sobre la materia. Y así, otra vez más, aparece un nexo entre dos naciones que hasta en lo pequeño, frágil y liviano se parecen, aunque, por esta vez, sea tan menudo y tan quebradizo como el papel.

(FOTOGRAFIAS DEL AUTOR)

PRENSA ESPAÑOLA EN LOS EE. UU.

Por JUAN LOSADA

La prensa española o redactada en español que se publica en los Estados Unidos marca un índice revelador de la importancia que tiene nuestra lengua en el país. Cincuenta publicaciones, con una tirada de 700.000 ejemplares, aparecen diaria, semanal o mensualmente en castellano. En casi todos los Estados de la Unión se publica algún periódico, muy humilde, pero con mucho nervio, que airea en pleno dominio anglosajón la lengua cervantina que les dejaron sus primeros pobladores. Es auténticamente enternecedor comprobar que en una pequeña aldea perdida en el inmenso Sur estadounidense, en Nuevo Méjico, se edita un periódico como *La Opinión de Río Arriba*, de Tierra Amarilla, que lanza al mundo diariamente 250 ejemplares. Es maravilloso saber que allí donde queda un vestigio de lo español, un diminuto órgano periodístico anima el rescoldo hispánico y conserva para los bisnietos de los conquistadores la esencia del idioma que ellos llevaron a una tierra entonces ignota.

Actualmente la prensa española es la más poderosa de los Estados Unidos, exceptuando, claro está, la indígena. Hagamos una relación, a base de datos auténticos, entresacados de los anuarios periodísticos oficiales norteamericanos, y veremos en cuáles Estados lo español supervive con más poderío. Como es lógico, esas regiones son las que quedan por debajo de la línea San Francisco-Denver-Oklahoma-Atlanta, es decir, las tierras que fueron descubiertas y en parte colonizadas por los españoles. En Nueva York, en Chicago, en el Norte, también aparecen publicaciones en castellano, pero ello es debido a que en dichas populosas ciudades las colonias hispanoamericanas son bastante importantes. En Nueva York, metrópoli del mundo, viven cerca del millón de personas cuyo lenguaje es el nuestro, de las que más de la mitad proceden de Puerto Rico. En Nueva York se publican los diarios *La Prensa*, que dirige Julio Garzón, con una tirada de 25.000, y el *Diario de Nueva York*, de Arturo Lares, que desde hace un año en que fué fundado entabla una notable competencia con el primeramente citado, aunque bien es verdad que apenas se nota, porque de ocho páginas publican cuatro cada uno repletas de publicidad. Revistas aparecen: *Cine Mundial*, con 100.000; *Cinelandia*, con 40.000, y *Norte*, revista continental, que es una de las de mayor difusión de América, con 250.000 ejemplares, y que, igual que las otras dos, se vende preferentemente en Hispanoamérica. De 10.000 a 35.000 se publican las siguientes revistas: *América Clínica, América Industrial, El Automóvil Americano, El Crisol, El Farmacéutico, La Hacienda, El Hospital, Ingeniería Internacional, Textiles, El Indicador Industrial* y *El Indicador Mercantil*.

En Chicago ven la luz *El León*, con 20.000; *El Adelantado del Bienestar Cultural* y *La Voz de México*.

En Nuevo Méjico casi podríamos decir que cada pueblo tiene su órgano español. En Albuquerque sale *El Independiente*; en Española, una aldea de unos 1.000 habitantes, *News Española* y el diario *La Voz de Río Grande*; en Las Vegas, *San Miguel Star*; en Santa Fe, *El Nuevo Mexicano*, con 6.000, y la revista *El Palacio*; en Socorro, *El Defensor del Pueblo*, con 800; en Tierra Amarilla, *La Opinión de Río Arriba*, con 250, y en Taos, un artístico poblado indio con 900 personas de censo, *El Crepúsculo*, que no sabemos a quiénes venderá su edición semanal de 2.000 números.

En Texas se editan el diario *El Heraldo*, con 5.000, de la ciudad de Brownsviller; *El Progreso*, en Corpus Christi; *El Continental*, diario, con 12.000, y las revistas *Católica y Evangélica*, en El Paso; *El Times*, en Laredo; *La Prensa*, con una edición de 20.000, en San Antonio; *El Lucero*, en San Benito, y *Equipo Industrial*, en Houston. En Arizona sólo existe un periódico, el *Tucsonense*, de Tucson, con 2.500 números, y en Luisiana otro, *La Voz Latina*, de Nueva Orleáns. En Tampa, Florida, aparece *La Gaceta*, *La Prensa*, con 7.000, y la revista *Ibor City*. Y 1.000 números es la edición cotidiana de *Clarión*, de Walsinburg, en Colorado.

California es, con Nuevo Méjico, el Estado en el que más honda huella han dejado los españoles. Pueblos enteros que se hallan junto a las misiones fundadas por nuestros franciscanos siguen expresándose en el idioma materno que le legaron sus mayores y después sus sucesores, los mejicanos. Por eso no es de extrañar que la prensa española encuentre en California un acogedor ambiente. En Los Angeles, la bellísima ciudad fundada por fray Junípero Serra, tiene su redacción un periódico excelente, que capitanea Alfredo González; se titula *La Opinión* y llega casi a los 20.000, con varias ediciones diarias. *El Heraldo* es, en efecto, el heraldo de la imprenta hispanomejicana en California, puesto que es el órgano de la gran colonia del país hermano. También se publica la revista *La Esperanza* y *Petróleo Mundial*. En Calexico, pueblo pequeñito, pero con un rotativo muy grande, por lo menos por lo que se refiere al nombre, pues allí se hace *La Voz del Mundo*.

Y ésta es la relación completa de cuantas publicaciones se editan en lengua española en los Estados Unidos. Insistimos en que es digno de hacerse resaltar el tesón y la audacia que tienen que desplegar en un ambiente adverso unos cuantos hombres de sangre ibérica para sacar periódicos de tan corto tiraje y tan largo aliento.



ESTOS LIBROS HEMOS LEÍDO

DOS ESPAÑOLES

La publicación de sendos libros que atañen a dos españoles ilustres une sus nombres y reclama su evocación. Don Eduardo de Hinojosa y don Angel Amor Ruibal son poco conocidos, no sólo en la América hispana, sino en España misma. El primero fué un investigador de la Historia, un historiador; el segundo, un filósofo y un teólogo. Ninguno de los dos tiene la celebridad a que sus obras respectivas les hace acreedores. Pero Hinojosa fué y es más famoso que Amor Ruibal, porque, aunque hombre denodadamente consagrado al estudio, ocupó cargos públicos y perteneció a varias Academias. Sin embargo, es notoria la desproporción que existe entre sus méritos y su fama. La fama, pregonera de tantas patrañas, generosa embustera, es a veces avara, increíblemente mezquina con hombres muy dignos de su caricia y sus halagos. Pues bien, esta mezquindad, que alcanza a don Eduardo de Hinojosa, se hace sordidez extremada en el caso de don Angel Amor Ruibal.

Hinojosa era granadino. Nació en 1852 y murió en 1919. Su figura conmueve por el esfuerzo sobrehumano que realiza hasta alcanzar el perfil que hoy tiene ante nosotros. Fué, en gran parte, un autodidacto, y, sin embargo, introdujo en España el método histórico-jurídico y fundó la Escuela de historiadores del Derecho, hoy viva y lozana. La Historia del Derecho y la figura peculiar del historiador del Derecho, son en España creaciones de Hinojosa. Las luchas de su vida ejemplar están descritas por uno de sus mejores discípulos, joven maestro de la historiografía jurídica, en el prólogo puesto al primer volumen de las obras del fundador (1). Hay una emoción serena en estas páginas de don Alfonso García Gallo, que constituyen, por su pulcritud y riqueza de datos, un verdadero libro fundamental sobre la noble figura científica y humana de Eduardo de Hinojosa.



Amor Ruibal era gallego. Nació en 1869 y murió en 1930. Fué hombre de extensísimos saberes y su figura es además venerable por la humildad con que se consagró al trabajo intelectual y a los deberes todos de su vida sacerdotal, pasada en fecundo silencio en Santiago de Compostela. La efusiva biografía que acaba de dedicarle otro culto sacerdote gallego, don Avelino Gómez Ledo, contribuirá al conocimiento de una de las inteligencias españolas más fría e injustamente silenciadas (2). Con anterioridad al libro de Gómez Ledo, anecdótico y expositivo, apenas podía leerse otra cosa sobre Amor Ruibal que unas cálidas palabras del profesor Montero Díaz. Buena parte de las recientes Historias de la Filosofía omiten su nombre, a lo cual habrá contribuído, como a la actitud general con él observada, de un lado su enciclopedismo—era canonista, filólogo, filósofo y teólogo consultado por la Santa Sede—y de otro su despreocupación formal—no se olvide la fuerza del preciosismo—y también expositiva.

Los problemas fundamentales de la Filosofía y del Dogma, obra capital de Amor Ruibal, bastaría, sin embargo, para fijar la atención en este español que algún día, esperémoslo, será cumplidamente estudiado. — *J. L. Vázquez Dodero.*

(1) OBRAS DE EDUARDO DE HINOJOSA. Tomo I. Estudios de Investigación. Con un estudio preliminar de Alfonso García Gallo, sobre «Hinojosa y su Obra».

(2) A. GÓMEZ LEDO: AMOR RUIBAL O LA SABIDURIA CON SENCILLEZ. Madrid, 1949.

EL PREMIO NADAL

Está visto que el género novelesco no desaparece, como se ha profetizado reiteradamente desde hace algunos lustros. Hoy tiene el mundo plétora de novelistas y en España se ha sumado a los supervivientes de otras generaciones un censo que aumenta cada año. José Suárez Carreño acaba de incorporarse a él con Las últimas horas, *que ha obtenido en 1949 un popular y codiciado galardón literario español: el Premio Nadal (1).*

Las últimas horas *son las del Madrid de hoy entre gentes pudientes y gentes del hampa, aunque las primeras también puedan considerarse hampescas si se atiende a su fisonomía moral. El paisaje social está pintado de paso, de suerte que hay cuadros que reflejan uno y otro ambiente, tan parecidos por cierto en el fondo—aunque tan dispares en sus manifestaciones y fórmulas, en su tenor material y en su vitola—, que cuando el autor reúne, en el último tercio del libro, a la Pelos y a Manolo con Carmen y Angel Aguado, en el colmado de donde los dos últimos saldrán para la muerte, el lector percibe cierta homogeneidad espiritual que se impone por encima de las formas de vida en sus medios respectivos.*



Pero Suárez Carreño no busca tanto retratar la sociedad en dos de sus estratos como ahondar en varias psicologías que describe con prolijidad concentrada. No es a lo largo de las vicisitudes de unas vidas donde el autor ejercita sus observaciones, sino en horas, en las últimas horas de algún día, ya que las imágenes que completan la historia de los personajes son fugaces comparadas con el análisis minucioso y no siempre interesante de sus momentáneas reacciones.

Porque hay a veces exceso de menudos pormenores, pintura innecesaria de detalles minúsculos que podrán ser valiosos al psiquiatra, pero que escasamente lo son para el artista. El poder que muestra el autor de Las últimas horas *para contemplar y reflejar con fuerza está en ocasiones malversado, y este error, que proviene seguramente de una idea estética previa, hace que las vigorosas facultades de Suárez Carreño no hayan logrado sino parte de lo que pueden. El superrealismo valoró excesivamente las fuerzas inconscientes del hombre, los hechos psíquicos arracionales; y, por las trazas, Suárez Carreño conseguirá mayores frutos renovando, por ejemplo, con acento personal, el realismo de la picaresca española que cultivando la tendencia que le acerca deliberada o indeliberadamente a un Joyce.*

Probablemente, ésta es la razón de que Manolo y la Pelos, el Reniega, el Condenas, Nicolás, el Eduardo y toda la patulea de ilustre abolengo literario tenga en general mayor relieve y vida más genuinamente humana que la otra golfería, la que

(1) JOSÉ SUÁREZ CARREÑO: LAS ULTIMAS HORAS. Premio Eugenio Nadal, 1949. Ediciones Destino, S. L. Barcelona.

vive dentro de la ley y pasea en automóvil. Verdad que los golfos arrabaleros y ladrones no suelen expresarse en términos tan relamidos como estos: "Estaba, simplemente, andando." "Hemos corrido Madrid entero, lo que se dice toda esta enorme ciudad que es mi pueblo." "Un asno es el solo lujo y la única comodidad que tienen los pobres." Otras veces hay, por el contrario, descuidos y repeticiones—el "como", v. gr., al hurgar en los estados de ánimo—que afean el estilo.

Pero los aciertos de observación y expresión nos inclinan a mirar con piedad las lacerias físicas y morales de esas almas, a las que quisiéramos tender nuestra mano. Las atroces miserias psíquicas y somáticas de Angel Aguado nos inspiran en cambio repugnancia. Nos gustaría llevarle en seguida a un buen médico.

Al describir unas y otras lacras la pluma de Suárez Carreño acredita personalidad y timbre propio de cierta aridez, que nace de la impasibilidad con que contempla y del mismo procedimiento literario, ajeno a las emociones comunes.—J. L. V. D.

CRISTIANISMO Y CULTURA

En la gran empresa de recristianizar el mundo haciéndole beber en las fuentes de donde manó nuestra civilización, pocas cosas podrían imaginarse de tan honda y bella eficacia como la vulgarización del pensamiento cristiano En este sentido, la Biblioteca de Autores Cristianos (B. A. C.), que se publica en España bajo los auspicios de la Pontificia Universidad de Salamanca, es un propósito feliz, ya realizado en parte, que merecerá el aplauso no sólo de los fieles, sino de todos los hombres cultos.

La B. A. C. es un hecho importante de la cultura española actual. Seguramente lo es también, de algún modo, de la europea, porque pocas colecciones se publicarán en Europa tan ricas y universales, dentro de la sencillez de su presentación, como esta de inmortales textos vertidos al español o españoles.

Algo más de medio centenar de libros componen ya la biblioteca. Obras católicas agrupadas por materias en secciones varias, bajo cuyas rúbricas tendrán cabida todas las manifestaciones del pensamiento religioso ortodoxo: Teología y Cánones, Filosofía, Historia y Hagiografía; Santos Padres; Sagradas Escrituras, Pensamiento social y político cristiano, Literatura y Arte... Están ya al alcance de todos los lectores de habla española amplias parcelas de San Agustín, San Bernardo, Santo Tomás, San Buenaventura, Santo Domingo de Guzmán, y a su lado, completos, San Francisco de Asís o San Juan de la Cruz.

Sería curioso comprobar el número de lectores de estimables conocimientos que no hubieran entrado nunca en trato con tan grandes autores de no habérselo facilitado una edición a la vez popular y erudita. ¿Quién lee hoy a Raimundo Lulio, o los autos y dramas teológicos, o los tópicamente ensalzados místicos y ascéticos españoles? Y si es general el desvío hacia esta literatura de valor eminente, sugestiva como arte para cualquier lector de modestas humanidades, nada digamos del que inspiran, como plato más fuerte de la cultura, los teólogos y filósofos, los moralistas y juristas.

La B. A. C. ha hecho entrar en comunicación con todos ellos a un amplísimo sector de lectores que desconocía una gran parte de esta producción. Ha provocado movimientos de sorpresa, de admiración, de estupor a veces, y una corriente de atracción viva hacia temas y autores que innumerables profesionales consideraban herméticos, distantes, parcial o totalmente inaccesibles. Claro que las facilidades brindadas al lector no allanan lo arduo e intrincado de algunas disciplinas. Pero no se trata de alterar la naturaleza de las cosas, sino de mostrar su esplendor. Y en este punto la B. A. C. ha descorrido el velo que ocultaba ante muchos ojos tesoros que no debieran haber estado ocultos. Libros añosos, seculares, milenarios, se han hecho como nuevos merced a este esfuerzo; y lo que se creía envejecido o muerto ha aparecido ante la multitud sorprendentemente vivo y pujante. Y al hacer que la gente vuelva la cabeza hacia el árbol de la ciencia cristiana, se ha hecho, se está haciendo, una obra de cultura digna del mayor elogio.

Los textos de la Biblioteca de Autores Cristianos son, en su caso, bilingües y las ediciones están preparadas por especialistas con el oportuno aparato crítico. Si en ocasiones puede censurarse algo, es lo que tengan de excesivamente amplias las doctas introducciones, muchas de ellas verdaderos estudios de valor sustantivo.

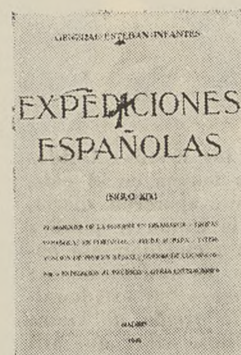
Una de las notas que caracterizan a la B. A. C. es el estímulo que de ella reciben los estudios bíblicos y el conocimiento de la Sagrada Escritura. Ha publicado una Biblia Vulgata y dos de diferentes traductores directos. El Nuevo Testamento ha sido objeto, además, de otras dos ediciones desglosadas de las traducciones citadas.

Todo este enjambre de grandes obras del espíritu cristiano no caerá sin fruto sobre el campo de la cultura hispanoamericana.

J. L. V. D.

Expediciones españolas del siglo XIX

Notoria es la escasa afición de los españoles a la Historia. En las edades míticas e iletradas de nuestro pasado, la poesía se encargaba, por lo menos, de guardar del olvido los nombres y las hazañas que más vivamente habían impresionado la fantasía nacional. Pero la letra de molde acabó, paradójicamente, con esta poética manera de saber su historia, o lo que vale tanto, de saberse a sí mismos, que los españoles tuvimos. El siglo XIX *se salva y pervive, también poéticamente, gracias a los «Episodios Nacionales» de D. Benito Pérez Galdós: «aunque, dada la ligereza e impaciencia de los lectores españoles, pocos serán los que hayan terminado su lectura», tal como lo afirma el General Esteban Infantes en las palabras iniciales de su reciente y erudito libro* (1). *Se estudian en éste la expedición del Marqués de la Romana a Dinamarca; las intervenciones militares de España en Portugal, acaecidas en 1801, 1834 y 1847; la ayuda prestada al Papa (Pío IX) en 1849; la inacabada empresa de Prim en Méjico; la guerra de la Cochinchina; la gloriosa expedición al Pacífico de Méndez Núñez y otras gestas menores, a menudo incruentas, como la que condujo a la ocupación de las Islas Chafarinas, y que resultó, sin embargo, la más provechosa y eficaz de cuantas emprendimos a lo largo del siglo Acerca de ella nos cuenta el Conde de Romanones, en el agudo prefacio con que se abre el libro del General Esteban Infantes, el empeño que Francia ponía, siendo él Presidente del Consejo de Ministros, en que las Chafarinas pasaran más tarde a su poder. «Cuando Lyautey vió que tenía el pleito perdido, ya en el terreno íntimo, me dijo un día: Tenía usted razón en resistirme. Las Chafarinas son las llaves del Estrecho.» El autor de «Expediciones españolas» acierta plenamente en lo que llama el Conde de Romanones «la concreción de hechos que al leerlos parecen olvidados», y hace de cada empresa militar un estudio minucioso, documentado y técnico, pero huyendo de toda aridez y prestando vida y propia animación a todo. En el capítulo que dedica a la expedición del Marqués de la Romana nos relata cómo haciéndose preciso enviar a éste un emisario con instrucciones secretas a fin de concertar la evasión de Dinamarca de las tropas españolas, recayó la elección en la persona que, por menos sospechosa, parecía la más apta para llevar a buen término la difícil y delicada misión: «Se trataba de un sacerdote católico escocés, decidido y culto, llamado James Robertson, quien impuso la condición de no llevar sobre sí documento alguno. Todas las instrucciones habían de ser verbales, aunque tuviera que aprendérselas de memoria, transigiendo solamente en admitir unos versos del «Poema del Cid», sobre los cuales había conversado mucho tiempo atrás, en Toledo, el Marqués de la Romana con el Embajador británico en España, John Oakran Frere. Estos versos le servirían de santo y seña.» Yo me complazco en imaginar, después de leer su libro, que si el General Esteban Infantes hubiera quedado un día aislado e incomunicado en su campaña de Rusia, el mejor y más propicio santo y seña para llegar hasta su confianza hubiera sido un verso de Aldana o Garcilaso, gozado y aprendido, mucho tiempo atrás, en Toledo.*—L. P.



(1) GENERAL E. INFANTES: *Expediciones españolas*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid. 347 páginas.

LIBROS RECIBIDOS

HISPANOAMERICANOS

Félix Chapini: *Tres hombres para nuestra época*. 242 páginas. Editorial Mosca Hermanos. Montevideo (Uruguay).

Arturo Berenguer Carisomo: *Cervantes y el mar*. (Conferencia pronunciada en la Escuela Naval Militar.) Río Santiago, 1949.

Alberto A. Iglesias: *Tierra de hombres*. 224 páginas. Buenos Aires, 1948.

Eugenio Rentas Lucas: *Mañana en el alba*. (Poesías.) Editorial Yaurel. Puerto Rico, 1949.

Fray Conrado Juániz, O. F. M. («Minucio»): *Relatos y fantasías. Minucias*. Lima.

Gonzalo Zaldumbide. *En Cuenca*. (Introducción por el P. Espinosa Polit, S. I.) Quito, 1948.

Gonzalo Zaldumbide (Miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras): *Cuatro grandes clásicos americanos*. 290 páginas. Buenos Aires.

Fray Conrado Juániz, O. F. M.: *Sarayacu*. (Tragedia ejemplar.) 144 páginas. Lima.

Manuel Mújica Láinez: *Aquí vivieron*. 317 páginas. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1949.

Gladys Thein: *La mitad de la vida*. (Novela.) Editorial Tegualda. Santiago de Chile, 1949.

Jaime López Raygada: *32 reportajes y una crónica*. Empresa Editora Peruana, S. A. Lima, 1947.

Salvador Gutiérrez Contreras: *Geografía física, histórica, económica y política del Municipio de Compostela. Nayarit*. 1947.

Julio Enrique Avila: *El himno sin patria* (2.ª edición). (Ensayo sobre el espíritu de la música y su acción social.) Universidad Autónoma de El Salvador.

Jesús Arellano: *La señal de la luz*. (Premio Margot Valdés Peza.) México, 1950.

Miguel Víctor Martínez: *Los fantasmas de Santa Teresa*. (Evocaciones en Rocha.) (Premiado por el Ministerio de Instrucción Pública.) Casa A. Barreiros y Ramos, S. A. Montevideo, 1947.

Segundo Luis Moreno: *Música y danzas autóctonas del Ecuador*. Edit. Fray Jadoco Ricke. Quito (Ecuador), 1949.

Leopoldo Velasco: *Romances solariegos*. Córdoba (Argentina), 1944.

Rosario Castellanos: *Trayectoria del polvo*. (Poemas.) Colección «El Cristal Fugitivo». México, D. F., 1948.

ESPAÑOLES

Francisco Javier Martín Abril: *Cancionero*. (Poesías.) Precio, 25 pesetas. 118 páginas. Editorial S.EVE.R. Valladolid.

Charles J. McFadden: *La filosofía del comunismo*. Precio, 65 pesetas. 422 páginas. Editorial S.EVE.R. Valladolid.

Angeles Rubio-Argüelles (Condesa de Bereanga): *Un ministro de Carlos III*. 198 páginas. Publicaciones del Instituto de Cultura de Málaga.

José María Trías de Bes y José María Yanguas Messía: *La unidad de Europa*. (Discursos leídos en la junta pública inaugural del curso académico de 1949-50. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.) Madrid.

El Palacio Nacional. (Vol. II.) Introducción y notas de Luis M. Feduchi.

Congreso Internacional de Filosofía: Actas. (Con motivo del Centenario de los filósofos Francisco Suárez y Jaime Balmes.) Instituto «Luis Vives», de Filosofía. (3 volúmenes.) Madrid, 1949.

LAS MUJERES DE NUESTRA AMERICA

POR

FELIPE SASSONE

LAS mujeres de nuestra América, las que rezan en español a Dios uno y trino, y son devotas de María, solían venir poco a su España. En el Perú, el afrancesamiento de los virreyes dieciochescos pesaba en el recuerdo, y las damas y damiselas, muy fin de siglo XIX, acudían a París. Así las de otras Repúblicas, y más las brasileñas y argentinas y venezolanas, que tienen a mano el Atlántico. Yo era muy mocito, mucho, mis dieciséis años apenas, cuando las vi en la que empezaba a ser la «Cara Lutecia», de Rubén Darío, allá por la Exposición Universal del novecientos. Cleo de Merode, con las orejas tapadas por las alas de cuervo de sus dos aladares, les enseñaba a peinarse a la



griega. Sólo gozaban de una España de exportación cuando la galleguita Carolina Otero les cantaba coplas andaluzas (?) y *la Tortojada* aquella fácil tonadilla brava:

> *Cómo me gusta tu cuerpo*
> *paradito en la calle,*
> *con un trabuco en la mano:*
> *¡Por aquí no pasa nadie!*

El trabuco y las castañuelas les gustaban a las americanas—todas las mujeres del mundo son un poco bailarinas y un poco contrabandistas—; pero no se decidían a saltar el Pirineo. Pensaban que en España olía a aceite y preferían los huevos fritos au *beurre noir*. Luego, cuando Nueva York, opulenta, se comió a París, la moda se las llevó a la ciudad de los rascacielos. Aun estaba allí, hasta hace muy poco, rezagada en las pantallas de los cines, aquella pícara Mae West de los enormes sombreros plumados y floridos y de las formas de ánfora. Era la misma mujer que habían visto en algún *affiche* de Champagna, a horcajadas sobre una botella gigante, al aire las negras pantorrillas sedosas, con que bailaban en el Moulin Rouge y en el Olimpia los viejos cancanes imperiales de Offembach. Pero un día estalló en España la que tan justamente llamamos guerra de liberación, y los heroísmos de los Pérez, los González, los Ramírez, los López y los Rodríguez revalidaron las virtudes de la hispana progenie. La mujer admiró siempre al valiente, y entre nuestras americanitas se puso de moda España. Lo está todavía. Ahora, el aire de Madrid se llena de música y de miel: andares lánguidos, de danza tropical, y dulzura y blandura de caña y de algodón en los acentos de un español nuevo. Me vence la tentación de cantarle un elogio al tropel de americanitas filohispanas.

Busco una evocación suave. Cuando llevaba mucho tiempo lejos de mi tierra, aquí en Madrid, unos meses antes de la Revolución Nacional-Sindicalista, me encontré con una compañera de letras, la venezolana Olga Briceño, que había escrito tres libros sobre Bolívar y me pedía prólogo para el último. Olga era una morenita color de canela—debe de serlo todavía en su tierra de Caracas, donde la supongo—y mirándola me acordé de mi mocedad: pensé en alguna *cholita* peruana o en una china argentina, para pintarlas como arquetipos. Era revivir mis tiempos de aprendiz de hombre, cuando antes de leer la *Graziela*, de Lamartine, ya me sabía la novela *María*, del colombiano Jorge Isaacs, que luego don Gaspar Núñez de Arce rimó en las liras del *Idilio*. Entonces, muchas veces, al salir de un cañaveral de azúcar en las haciendas de mi Lima natal, caballero en el potro criollo nieto de los corceles árabes y de las jacas andaluzas, de formas torneadas y femeninas, piafante y coqueto, con sus arreos de cuero trenzados con filigranas de plata, habíase acercado a la cabalgadura una *chola* que salía de uno de los *tambos* del camino a ofrecerme cortar la mañana con un trago del aguardiente de Locumba o de Ica, que, nueva Samaritana, traía apercibido en la damajuana apoyada en la curva de la cadera. Otras veces fué en la pampa argentina, al salir por la *tranquera*, al lento trote del *pingo matungo*, en el arzón el lazo y las *boleadoras*, cuando al pie del *rancho* surgió una *china* a regalarme con el aroma campesino y caliente de un *mate cimarrón*. Volvía, pues, a encontrar en Europa a la americanita de mis *pagos*. Pero vestida por un modisto parisiense y pronunciando el francés mejor que el español. ¡Qué lástima y qué pecado!

Ahora pienso que no es posible reducir a un solo tipo la mujer americana. Los hombres de España poliforme y los de toda Europa mezclaron allá sus amores, y la mujer americana asimiló culturas y civilizaciones. Hay muchos tipos, y el primero me sonríe con una sonrisa misteriosa y ambigua. ¿Está empezando a reír? ¿Está acabando de reír? ¡Quién puede saberlo! Es aquella morenita, corteza de pan caliente, que fué *La Gioconda*, de Leonardo de Vinci. Luego hay dos tipos que se funden en uno: aquella Venus robusta, leche y miel, que se pasea por los lienzos de Rubens, y aquella matrona opulenta con ámbares del Tiziano. Cuando nacieron en América eran ya demasiado modernas, y las dos se convirtieron, primero, en aquella gorda *Naná*, de Emilio Zola, toda dorada por los reflejos de los cabellos rubios y el halo del vello imperceptible, piel de melocotón, y de repente, ya con el pelo ennegrecido, a fines del siglo XIX, se quedaron presas en la armadura del corsé, con sus formas de jarrón o de guitarra. Un día aquella mujer adelgazó; fué la *fausse maigre*, menuda la armazón de los huesos bien rodeados de carne suave y prieta, con los miembros largos, y entonces los alemanes del nuevo mal estilo le pusieron dos flores de loto en las sienes. Antes y después había sido, y volvía a ser, un poco ave: gallinita inglesa; si primaveral, menudita y regordeta, y faisana majestuosa en el otoño. También tuvo un aire marino de nereida, de sirena, de ondina. Así han venido ahora, y no son como los turistas del Norte, lo más feo de cada casa, sino lo más bonito de cada país; de repente, una de estas americanas es como aquella judía cosmopolita, bruna y satánica, según imaginó a Salomé Gustavo Moreau, y otras veces es aquella judía española y musulmana a la vez, sefardí y árabe, el tipo de las mocitas bailarinas que hablan de amor con los pies y la cintura y los brazos, y usan faldas de volantes y peinas de colores. El muestrario es variadísimo: el ébano africano y el barro indio se vuelven madera clara de jacarandá, y rosa de té, y hasta se convierten en alabastro, vivo y transparente, como iluminado por dentro, o en mármol rosa, serpenteado por el vago verdeazul de las venas... Ojos de todos los tonos: carbones húmedos, esmeraldas limpias; ojos de crisopacio y de topacio oscuro; verdes cristales de uvas maduras; ojos de violeta azul, y de gata, y de estrella: ventanas por donde se asoma el alma; ojos que cambian de color como los olivos bajo el viento, y se ensombrecen y se aclaran como en el flujo y reflujo las mareas... Canela y azúcar de Cuba; palmeras y cacaos del Brasil; damascos de Chile, con su piel de terciopelo y sus cabellos dulces de miel calientes; jazmín limeño, blanco de luna en el jardín de Santa Rosa, y aquella mejicanita mongólica, de ojos oblicuos, ondulante como una hawaiana, y la bonaerense, criolla cosmopolita, *mademoiselle* y manola a la vez, de quien dijo Rubén, el inolvidable:

> *Talle de vals es de Viena;*
> *ojo morisco es de España;*
> *crespa y espesa pestaña*
> *es de latina sirena...*

Voces que recorren toda la gama y tienen todos los timbres: las chilenas aprietan la e y se comen las consonantes, mejor a lo extremeño que a lo andaluz; las cubanas y las venezolanas se tragan la voz, como si la estrangularan, para que ronronee en la garganta como el zureo de las palomas; la mejicana silba las eses con una fascinación de serpiente; la peruana tiene voz de tiple

ligera; la argentina, voz de contralto italiana: una es de cristal, música de surtidor, fresca de agua; la otra es de bronce, corta de extensión y rica de sonoridades profundas; una es como oro de sol disipando la bruma de una pena; la otra, como sombra húmeda y tibia, vaho que empañara de melancolía los cristales del alma; una es como una promesa; la otra, como una evocación; la voz de Dalila y de Carmen la Cigarrera; los extremos de la guitarra: la prima que niega, coqueta y aguda, y la querella grave y temblorosa del bordón. Y todas, todas, voces de España, en cuyo fondo, alegre y triste, jubiloso y trágico, suelen hacer guiños los duendes de la *soleá* gitana y del fandanguillo levantino.

Dije antes que rezan a Dios uno y trino, y eran devotas de María; porque entre las mujeres de nuestra América no hay ateas. Sólo la sufragista, flor exótica, más espina que flor, quiere entender de política; esa sufragista no pudo venir de España. Las hispanoamericanas legítimas tienen los pies chiquititos porque no son andarinas, y aunque algunas hablen—por contagio, que no les prende en el espíritu, y por locuacidad incontenible, que sólo en el amor se les extingue—de su libertad y de *vivir su vida*, todas, para soñar y para amar, vuelven a sus rejas y a sus celosías. Tienen todas un fondo místico que las lleva a rezar y un anhelo romántico de canción triste. Superiores a sus hombres en lo moral, en lo sentimental y hasta en lo intelectual, nada saben del énfasis ni de la soberbia. Hicieron temblar las manos de los virreyes, que dejaron caer a sus pies la tabaquera de concha y el corazón, mientras balbucían madrigales, y después se enamoraron de Bolívar el libertador. Quieren la paz, pero adoran al valiente, y saben, sin saberlo, que han nacido como quería el filósofo y poeta alemán: «para solaz y descanso del guerrero». Pero para ir con ellas hay que olvidar el látigo, porque no lo merecen. Estas mujeres de Hispanoamérica son mujeres españolas, porque todo lo que España toca es para siempre de España. Nunca convertirán en puño la mano, siempre abierta para la dádiva, para la súplica, para la caricia y para el saludo español, y son por el tipo, por el habla y la gracia, la mujer española de todo el mundo, que España lanzó al mundo como un regalo.

II CONCURSO DE REPORTAJES DE "MVNDO HISPANICO"

MVNDO HISPANICO organiza, de acuerdo con las Bases que se detallan a continuación, un Segundo Concurso conjunto de Reportajes Literarios y Fotográficos, reservado exclusivamente a los escritores y periodistas hispanoamericanos y filipinos. A este Segundo Concurso no podrán acudir los periodistas y escritores españoles:

BASES

1.º Los reportajes, fundamentalmente periodísticos, habrán de referirse a temas del tiempo de hoy o bien describir aspectos, costumbres o paisajes de la vida en los países hispanoamericanos: hombres, comarcas o ciudades; industrias, comercio, agricultura, etc.

2.º Cada reportaje habrá de tener una extensión que oscile entre cuatro y ocho folios (de ocho a quince cuartillas) mecanografiados a doble espacio, por una sola cara.

3.º Los reportajes literarios que se remitan a este concurso han de venir ineludiblemente acompañados del correspondiente reportaje fotográfico, constituído por seis o más fotografías que recojan, de modo brillante y expresivo, los aspectos más importantes que se describan en el reportaje literario.

4.º Las fotografías no podrán tener una medida inferior a 13×18 centímetros. (En el caso de que estas fotografías fuesen tomadas en alguno de los sistemas de color—anscocolor, kodachrome, agfacolor, etc.—, habrán de remitirse las placas o clisés originales, con medida de 4×6 centímetros, o mayor.)

5.º No es necesario que los trabajos fotográficos hayan sido realizados por el autor del reportaje literario, o viceversa. Por el contrario, se admiten a concurso todos los conjuntos de reportaje literario y reportaje fotográfico realizados en colaboración por dos o más personas.

6.º Tanto los reportajes literarios como las fotografías, habrán de ser inéditos, y si el envío al concurso lo realizara el autor del texto, deberá incluir la oportuna aceptación de estas bases por parte del fotógrafo o fotógrafos.

7.º Se concederá un primer premio de 6.000 pesetas—o su equivalencia en el país respectivo, al cambio oficial español—al mejor trabajo que acuda al concurso, y un segundo premio de 4.000 pesetas al que le siga en mérito. Para conceder este premio, el Jurado tendrá en cuenta tanto el valor literario del texto como la calidad artística y expresiva de las fotografías.

8.º Los trabajos que acudan a este concurso han de estar firmados por sus autores—con indicación de su dirección postal—y deberán remitirse a la Redacción de MVNDO HISPANICO, en Madrid, calle de Alcalá Galiano, número 4. El envío ha de hacerse por correo aéreo. El plazo de admisión finalizará el día 31 de noviembre de 1950. Pasado este plazo, sólo se admitirán aquellos trabajos que hayan sido depositados en Correos—para el envío aéreo—antes de la citada fecha, detalle que se comprobará por el matasello.

9.º El reportaje premiado pasará a propiedad de MVNDO HISPANICO, para su reproducción en la fecha que considere oportuna. Asimismo, MVNDO HISPANICO se reserva el derecho de reproducir, entre los reportajes literario-gráficos que acudan al concurso, aquellos que considere merecedores de publicación. En estos casos, abonará a sus autores una cantidad que oscilará de 500 a 1.000 pesetas, según el valor periodístico y fotográfico del reportaje.

10. El fallo del Jurado, que será inapelable, se publicará en la revista MVNDO HISPANICO, en el número correspondiente al mes de enero de 1951.

NUESTROS COLABORADORES



No sabemos cómo clasificar rápidamente a Manuel Fraga Iribarne: si como catedrático de Derecho Político de la Universidad de Madrid, si como letrado de las Cortes Españolas, si como secretario de Embajada; de modo que lo mejor es asombrarse por la varia y feliz carrera de este gallego de veintiocho años de edad. F. I. es, además de todo, subdirector del Seminario de Problemas Hispanoamericanos, de Madrid, y pertenece a la Real Academia Gallega, a la Asociación Internacional «Francisco de Vitoria» y a la Société Internationale d'Histoire du Droit. Ha publicado: «Apuntes de Teoría de la Sociedad y de la Política», «Luis de Molina y el Derecho de la Guerra», etc., etc.



Exuberante, bohemio y postromántico, este peruano español, o español peruano, Felipe Sassone, ha vivido intensa y brillantemente en todos los campos literarios y artísticos: crítico de toros —«El Nene»—, en Lima (donde nació, 1884); autor de libros y comedias, en Europa; conferenciante y director de compañías teatrales, en América, y, de nuevo en España, actor y cantante, periodista, empresario y poeta. Sus obras—novelas, poesía y, sobre todo, teatro—servidas por una prosa clásica y castiza, llegan al centenar: «Almas de fuego», «La espuma de Afrodita», «La muñeca de amor», «La señorita está loca», «¡Calla, corazón!», «Volver a vivir», «Todo un amor», etc., etc.



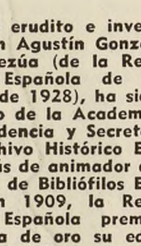
Enrique Cerezo Carrasco, si licenciado en Derecho por Valencia, es doctor en esas ecuaciones digitales que convierten un trozo de papel en una rana o en un elefante. Nacido en Madrid (1922) y nieto de un célebre periodista—aquel que firmaba «Don Benigno» en cosas de toros—, E. C. C. es periodista ocasional: hoy y para los lectores de MVNDO HISPANICO. Al margen de su profesión, E. C. C. mata el tiempo en este entretenimiento de la papirología, la papiroflexia o la cocotología, que de tantos modos, al parecer, puede llamarse lo de hacer pajaritas de papel. Su notable destreza cocotológica le ha dado un triunfo rotundo en el concurso del diario madrileño «Pueblo».



Las finanzas y la pintura —o la profesión y la devoción—tiran, una de cada lado, de Agustín de la Herrán, nacido en Comillas, Santander, 1898. Por la primera, A. de la H., licenciado en Derecho y abogado del Estado, es asesor jefe del Banco de Bilbao y presidente de los Consejos de Administración de importantes empresas españolas. Y por la segunda—que es algo más que un violín de Ingres—, es conocedor experto y crítico extenso de pinturas y pintores. Sus dos vertientes han dado estas obras: «Ideas nuevas: Economía española» (1938), «Goya. 1746-1946», «Isabel de Borbón, por Velázquez» y «Pinturas negras y apocalípticas de Goya», de reciente aparición.



Este ilustre erudito e investigador, don Agustín González de Amezúa (de la Real Academia Española de la Lengua desde 1928), ha sido bibliotecario de la Academia de Jurisprudencia y Secretario del Archivo Histórico Español, a más de animador de la Sociedad de Bibliófilos Españoles. En 1909, la Real Academia Española premió con medalla de oro su edición crítica de «El casamiento engañoso» y «El coloquio de los perros», de Cervantes. Entre las principales obras de este académico figuran: «Un dato para El Médico de su honra», «Don Pedro José Pidal», «La batalla de Lucena y el verdadero retrato de Boabdil», «La novela cortesana» e «Introducción al Epistolario de Lope de Vega».



Aún hay hombres que no saben ocultar su entusiasmo ante las cosas sorprendentes: paisajes, monumentos o tipos. Entre estos hombres, a los que una gran cultura y un corazón amoroso obligan a la sinceridad, se encuentra Luis Alfonso Ortiz Bilbao, una de las primeras figuras políticas e intelectuales de El Ecuador. Nacido en Quito hace cuarenta y seis años, L. A. O. B., actualmente diputado al Congreso Nacional de su país, es secretario general del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica y comendador de la Orden de Alfonso X el Sabio. No hace mucho, O. B. hizo un largo recorrido por España. Su nomadismo peninsular queda certificado por su pluma y por sus 1.000 fotografías.



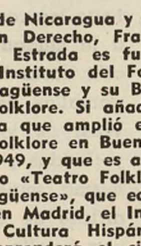
De sangre le viene al galgo, y de sangre le viene a Víctor de la Serna (hijo) su gran clase de periodista y de escritor: por hijo y por nieto. Nacido en Santander en 1921 y licenciado en Derecho, esta parte de la tercera generación—la eximia Concha Espina, la abuela; Víctor de la Serna, el padre, y el hijo, éste en el que estamos—, vuela con autonomía desde 1939, en que entró en «Informaciones», de Madrid, para desempeñar alternativamente todas las especialidades del periodismo, desde confeccionador a corresponsal en Berlín y Lisboa, a más de cronista viajero por toda Europa, Africa del Norte y América del Sur. Fué redactor-jefe de «La Tarde» y hoy lo es de «El Alcázar», también de Madrid.



De Talca, en Chile, que tiene fama vitivinícola, a Andalucía, en España, que tiene la suya y además un Archivo de Indias en Sevilla, Sergio de los Reyes Ibarra emprendió el viaje al día siguiente de recibir el título de profesor de Historia. En Santiago de Chile comenzó su afición periodística, que le llevó a «La Palabra» y a «Clío»—de Santiago—y a fundador (1947) de «Trinchera», en Talca. De igual forma que había hecho su bachillerato en un colegio español de Curicó—otra ciudad chilena—o su licenciatura en la Universidad de Santiago, Sergio de los Reyes Ibarra ha ganado recientemente en la de Madrid el título de doctor en Ciencias Históricas. (Nació en el año 1925.)

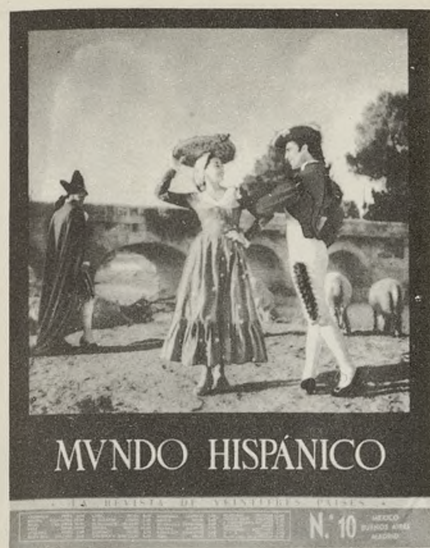


Granadino de Nicaragua y licenciado en Derecho, Francisco Pérez Estrada es fundador del Instituto del Folklore Nicaragüense y su Boletín del Folklore. Si añadimos a prisa que amplió estudios de folklore en Buenos Aires en 1949, y que es autor del libro «Teatro Folklórico Nicaragüense», que edita ahora, en Madrid, el Instituto de Cultura Hispánica, se comprenderá el cincuenta por ciento de la personalidad de P. E. El otro cincuenta corresponde a actividades poéticas, sociales y periodísticas, y así, P. E. ha sido redactor en Managua de «El Diario Nicaragüense», «Novedades», «Flecha» y «Nuevos Horizontes», y se encuentra en España para realizar estudios de Derecho Social.



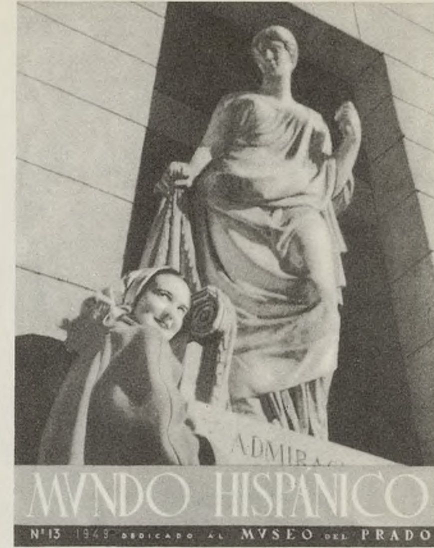


Este hombre, suave y tímido, que llegó a España para pasar tres meses y que lleva en España dos años, se llama Raúl Calderón Soria y nació en La Paz (Bolivia), en 1921. Hablando siempre en voz baja y entusiasmándose siempre ante cualquier perspectiva artística—piedra, «cine», pintura, folklore—, R. C. S. se hizo arquitecto en Santiago de Chile, y, «pintor por oficio», según él, realizó exposiciones varias en América. Jefe de dibujantes del periódico «La Razón», de La Paz, y primer premio de carteles en un concurso internacional, R. C. S.—ahora en España—ha hecho un curso en la Academia de Bellas Artes, de Madrid, y en Madrid ha abierto ahora una exposición de sus obras.

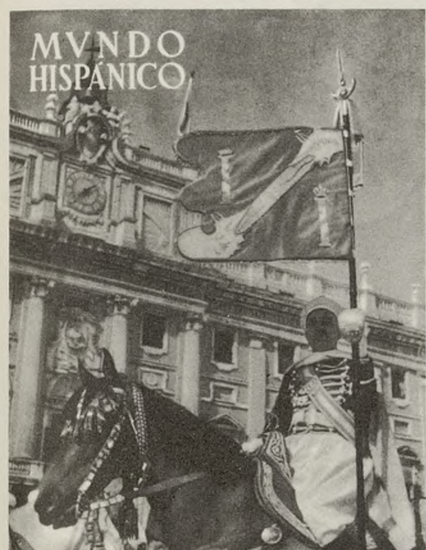




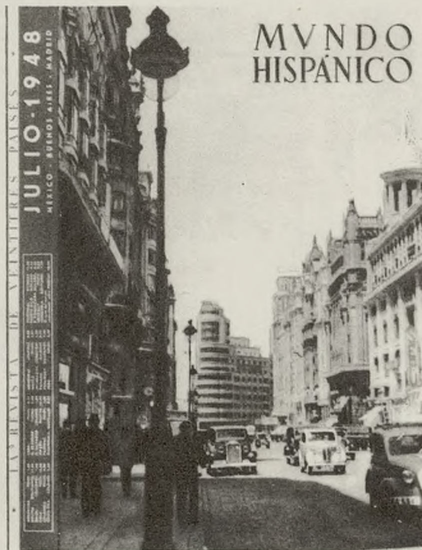




Estas portadas acercaron realmente a 23 países. De una orilla a otra del Atlántico,

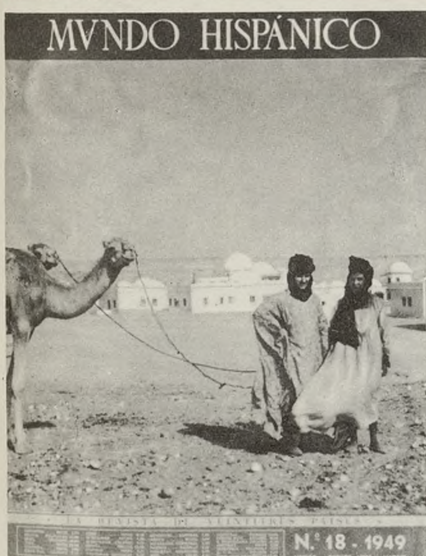


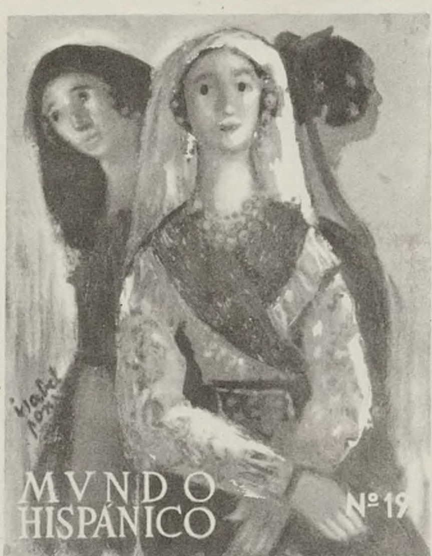


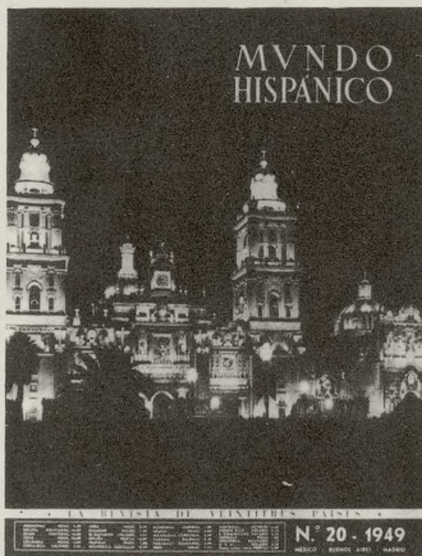




MVNDO HISPANICO *se siente orgullosa de su aportación a la doble tarea*









de descubrir España a los hispanoamericanos e Hispanoamérica a los españoles.











KLM
LINEAS AEREAS HOLANDESAS